

**Cuando la Gente
Es
GRANDE
y
DIOS
Es
Pequeño**

Venciendo la presión de grupo,
la codependencia y el temor al hombre

EDWARD T. WELCH

1

TANQUES DE AMOR CON UN AGUJERO

“Por algún tiempo, no tenía autoestima”, comenzó diciendo William. “El único momento en el que me sentía bien era cuando tenía puestos unos tenis de \$100 dólares y una sudadera de \$60 dólares. Si no los tenía puestos, no quería ir a la escuela”.

¿Quién hubiera pensado que debajo de la imagen “ruda y en onda” de William estaba un ego que podía ser aplastado sencillamente por zapatos baratos y sudaderas simples? ¡Qué lástima que no lo sabían algunos de sus enemigos! Podrían haber evitado algunos moretones, cortesía de los puños de William. Ni idea tenían que William era un “Sansón” moderno: su fuerza estaba en los zapatos. Si le robabas sus zapatos, conquistabas al hombre.

Por supuesto, los zapatos no eran el problema exactamente. El problema era la reputación de William. Era lo que las demás personas *pensaran* de sus zapatos – y por lo tanto, de él. Llámale como quieras – reputación, presión de grupo, el “qué dirán”, o la codependencia – la vida de William estaba controlada por los demás. En esto, no era diferente a la mayoría de la gente.

Mi propio despertar hacia este problema ocurrió cuando estaba en el último año de la preparatoria. Siempre había sido tímido e introspectivo, controlado por lo que mis coetáneos pensarán (o pudieran pensar) pero nunca lo consideré seriamente sino hasta el día de la entrega de premios.

Tenía la posibilidad de ganar un premio, y estaba muerto de miedo por si me lo ganaba. El auditorio estaba repleto con dos mil estudiantes de preparatoria. Me gustaba sentarme en las últimas filas y desde allí me parecía que la plataforma estaba a una o a dos millas de distancia. Todo lo que podía pensar era lo que pensarían de mí mis compañeros cuando caminara al frente. ¿Acaso caminaría gracioso? ¿Me tropezaría al subir las escaleras? ¿Alguna persona pensaría que yo era un pesado? (oraba para que no lo pensara una muchacha que me gustaba). ¿Qué pensarían aquellos que también fueran nominados o pensaban que lo merecían? ¿Qué pensarían de mí si yo ganaba en vez de ellos? ¿Qué diría en mi breve discurso de aceptación del premio?

Oraba: *¡Dios mío, por favor no permitas que me lo gane!*

Después de haber anunciado algunos premios menores, el vicepresidente se dirigió al podium para presentar al ganador. Comenzó un breve esbozo biográfico algo críptico. No sonaba exactamente como si fuera yo, pero era tan general que se podía aplicar. Comencé a sudar, pero permanecía inmóvil por temor de que alguien pudiera pensar que me estuviera interesando.

Finalmente llegó el anuncio: “Y el ganador del premio al mejor estudiante este año es ... ¡Rick Wilson!”

¡Rick Wilson! ¡No lo podía creer! ¡Nadie pensó que siquiera fuera candidato!

Pueden imaginar mi reacción. ¿Alivio? De ninguna manera. Me sentí un fracaso total. ¿Qué pensaría la gente ahora de mí? Sabían que yo era candidato para el premio, y otra persona fue elegida. Qué fracaso era yo.

Inmediatamente mi mente comenzó a disparar justificaciones. *Hubiera ganado si no hubiera trabajado todo el año. Ciertamente tengo potencial, sencillamente no quería ganar. Me toma tiempo, pero cuando llegue a la Universidad les voy a demostrar quien soy.* Sentía vergüenza de regresar a clase.

¡Qué pena! ¿No es así?

Más tarde ese día repasé los eventos en mi mente. “¡Qué desastre!” – me dije. “Vivo como un niño asustado. Estoy demasiado controlado por lo que piensan o pueden pensar otras personas”. Pero eso fue todo, no supe hacia donde ir a partir de ese punto. No tenía suficientes recursos bíblicos para encontrar alguna solución para lo que descubrí acerca de mí mismo. Hasta donde podía ver, no había salida alguna. Esta era mi vida. Retraimiento, ser controlado por las opiniones de otros, o como fuera que se llamara, sólo podía ser controlado, pero no curado. Quizá algún éxito futuro ayudaría. O (y pensé que esto era bastante inteligente) podía agregar detalles a alguna de las justificaciones que habían cruzado mi mente ese día. Podía ser bueno en algo pero nunca estar totalmente dedicado a alguna tarea particular. Luego cuando no tuviera éxito y mi autoestima estuviera por los suelos, racionalizaría diciendo que pude haber sido el mejor si hubiera trabajado con más ahínco. Por lo menos, yo podría pensar que estaba bien, si esto me ayudaba algo.

No tenía respuestas, pero los eventos de ese día ciertamente trajeron estos asuntos al proscenio de mi mente. Por lo menos, fue un despertar hacia este asunto.

En la universidad traté de combatir contra esta bestia utilizando algunos cuasi éxitos en lo académico y lo atlético, y utilicé la estrategia “pude-haberlo-hecho-mejor-si-hubiera-querido”, pero este *asunto* siempre estaba presente. Era cristiano, pero eso no me ayudó a estar firme en la batalla. Todavía lo sentía. Cada rechazo, cada fracaso percibido, cada persona por la que quería ser notada que no lo hacía, me recordaba que todavía era yo aquel muchacho sentado en las últimas filas del auditorio de la preparatoria.

“Bastante bien” en Cristo

Hubo algunos cambios durante mis días en el seminario. Llegaron durante mi primer año cuando tuve la oportunidad de dirigir un estudio bíblico sobre el libro de Romanos. Anteriormente había considerado el tema encontrado en Romanos sobre la Justificación por la fe, pero en esta ocasión me pareció muy importante porque hice una conexión entre mi dependencia en las opiniones de otros y la justificación por la fe. Mi razonamiento, que ciertamente no es original, era que no tenía que alcanzar la medida de la opinión de otros porque la opinión de Dios acerca de mí estaba basada en la obra consumada de Cristo. En otras palabras, aunque soy pecador, Dios me amó y me declara justo delante de él, *por lo tanto ¿qué importancia tiene lo que la gente piensa de mí?*

Esta parecía ser la libertad que necesitaba. Sentí como si de nuevo me convertía. No tenía que estar preocupado por la opinión de los demás. Simplemente tenía que estar consciente de la opinión que Dios tuviera de mí. Yo era su hijo amado. Un santo. Bastante bien en Cristo. ¡Fabuloso!

Al paso de los años siguientes todavía me preocupaban demasiado las opiniones de otros, pero rápidamente me recordaba que no tenía que alcanzar la medida que los demás estaban pensando.

“¿A quién le interesa lo que piensan?” - trataba de persuadirme. “¿Qué importa si no piensan que soy fabuloso? Yo ya alcancé la medida por lo que hizo Jesús”. Me di cuenta de que si Jesús pensaba que yo era fabuloso, entonces eso sería suficiente.

Pensaba que mi tratamiento estaba funcionando. Sólo hubieron algunos momentos en los que tenía mis dudas. Algunas veces pensaba, “¿Realmente estoy parado en Cristo o estoy parado en mi éxito percibido y en la opinión favorable de los demás?” Después de todo, los

demás usualmente me alentaban bastante. Quizá me sentía bien conmigo mismo porque los demás se sentían bien con respecto a mí. O quizá me sentía bien conmigo mismo porque había tenido logros respetables en el atletismo, y había tenido calificaciones decentes, por supuesto, comparándome con *otras personas*. Quizá me enorgullecía mi aspiración ministerial, que comparaba con las metas menos espirituales de *otras personas*. Quizá había encontrado una identidad en el ser “bueno”, o al menos “mejor” que la mayoría de la gente que conocía. Pero ¿no son acaso “buena gente” todos los que quieren complacer a los demás? En resumen, tal vez todavía estaba siendo gobernado por las opiniones de los demás, pero puesto que me sentía bien, no tenía mucha motivación para investigar más a fondo. Ciertamente no iba a conversar de esto con otra persona - eso hubiera sido muy penoso.

Fue entonces que me casé.

Un gran Despertar

El matrimonio ha sido un privilegio y una bendición para mí. También ha sido el contexto para un descubrimiento sorpresivo. Me di cuenta que estar “bastante bien” en Cristo, no era suficiente para mí. Cuando recién me casé, sabía que Jesús me amaba, pero también quería que mi nueva esposa estuviera absolutamente enamorada de mí para siempre. *Necesitaba* que me amara. Al final de cuentas, podía manejar pequeñas cantidades de rechazo de otras personas, pero me sentía paralizado si no tenía el amor que necesitaba de parte de ella. Necesitaba amor *incondicional*. Si ella no pensaba que yo era un esposo estupendo, entonces estaría aplastado (y, como pueden imaginar, un poquito molesto).

Esto me llevó a un segundo despertar. De pronto me di cuenta que me había convertido en un tanque de amor móvil, una persona que estaba vacía en el interior y que buscaba a alguien para llenarse. Ciertamente, mi esposa había sido dotada con la capacidad de amar, pero nadie podría haberme llenado. Pienso que yo era un tanque de amor con un agujero.

Probé con todas las respuestas bíblicas antiguas que me habían funcionado antes de mi matrimonio, pero no fueron de ayuda. No llegaban lo suficientemente lejos. De hecho, llegaron a ser casi irrelevantes. Me recordaban los tiempos cuando, después de haber sido rechazado amablemente por alguno muchacha, mis padres me animaban diciendo: “te amamos, pase lo que pase”. Siempre apreciaba su intento, pero como saben todos los padres e hijos, eso no ayudaba. Por supuesto, era bueno que mis padres me amaran, y hubiera sido peor si ellos no me amaran, pero yo quería que también *alguien más* me amara.

Desde aquellos días he hablado con cientos de personas que han llegado a este mismo punto: están bastante seguros de que Dios les ama, pero también quieren o “necesitan” amor de otras personas – o al menos necesitan *algo* de otras personas. Como resultado, están en servidumbre, controlados por otros y sintiéndose vacíos. Son controlados por cualquier persona o cosa que ellos creen que les puede dar lo que ellos piensan necesitar.

Esto es cierto: lo que tú necesites o a quien tú necesites, te controlará.

Enfrentado el “Temor al Hombre”

Mucha gente con la que he hablado también tuvo un despertar cuando vieron el poder controlador ejercido por otras personas. Ellos despertaron a una epidemia del alma llamada, en lenguaje bíblico, “el temor al hombre”. Aunque eran adoradores consagrados del Dios verdadero, por debajo de la superficie, le temían a otras personas. Esto no quiere decir que estaban aterrados o con miedo de otras personas (aunque a veces sí). En el sentido bíblico la palabra “temor” tiene un significado amplio. Incluye tener miedo de alguien, pero el significado se extiende hasta tener admiración por alguien, ser controlado o dominado por la gente, adorar a otras personas, poner nuestra confianza en la gente, o necesitar a la gente.

Una nota adicional: Tal y como la palabra “temor” es definida ampliamente en el sentido bíblico, ocurre lo mismo con la palabra “hombre”. En la Escritura incluye a los hombres, las mujeres y los niños. Cuando yo uso la expresión “temor al hombre” en este libro, no me estoy limitando al género masculino. Estoy asumiendo, basado en la Biblia, que toda persona en nuestras vidas potencialmente puede controlarnos.

Como sea que quieras decirlo, el temor al hombre puede ser resumido de esta manera: Reemplazamos a Dios con la gente. En lugar de tener un “temor del Señor” bíblico, tenemos temor a los demás.

Por supuesto, el “temor al hombre” puede ser nombrado de muchas maneras. Cuando somos adolescentes le llamamos “presión de grupo”. Cuando somos mayores, se le llama “complacer a la gente”. Recientemente, ha sido llamado “codependencia”. Con estas etiquetas en mente, podemos descubrir el temor al hombre por todas partes.

- ¿Has batallado con la presión de grupo? La “presión de grupo” es simplemente un eufemismo del “temor al hombre”. Si la experimentaste cuando eras joven, créeme, todavía está allí. Puede estar sumergida y revelarse en maneras más apropiadas para un adulto, o puede estar camuflajada en tu impresionante currículum vitae (tus éxitos percibidos).
- ¿Tienes demasiados compromisos? ¿Encuentras difícil decir “no” aun cuando la sabiduría te indica que deberías? Eres alguien que vive para “complacer a los demás”, lo cual es otro eufemismo del “temor al hombre”.
- ¿”Necesitas” algo de tu cónyuge? ¿”Necesitas” que tu cónyuge te escuche? ¿te respete? Piensa cuidadosamente. Ciertamente Dios se complace cuando hay buena comunicación y honra mutua entre los cónyuges. Pero para mucha gente, el deseo de estas cosas tiene sus raíces en algo más allá del diseño de Dios para sus imágenes. A menos que entiendas los parámetros bíblicos del compromiso matrimonial, tu cónyuge llegará a ser a quien tu temas. Tú cónyuge te controlará. Tu cónyuge tomará calladamente el lugar de Dios en tu vida.
- ¿Es la autoestima una preocupación crítica para ti? Esta, al menos en los Estados Unidos, es la manera más popular en que se expresa el temor a otras personas. Si la autoestima es un tema recurrente para ti, hay mucha probabilidad de que tu vida gira alrededor de lo que otros piensen de ti. Reverencias o temes a sus opiniones. Los necesitas para reforzar tu sentido de bienestar e identidad. Los necesitas para que te llenen.
- ¿Has temido alguna vez el ser expuesto públicamente como un impostor? Esto le ocurre a muchos hombres de negocios y gente aparentemente exitosa. Este sentimiento por ser expuesto es una expresión de su temor al hombre. Significa que las opiniones de otras personas son capaces de controlarte, especialmente su posible opinión de que eres un fracaso.
- ¿Estás siempre inseguro en las decisiones debido a lo que los demás puedan pensar? ¿Tienes miedo de cometer errores que te hagan ver mal a la vista de los demás?
- ¿Te sientes vacío o sin propósito? ¿Experimentas un “hambre de amor”? De nuevo aquí si necesitas a otros para llenarte, eres controlado por ellos.
- ¿Te sientes apenado con facilidad? Si es así, la gente y sus opiniones percibidas probablemente te definen. O, usando el lenguaje bíblico, estás exaltando las opiniones de los demás al punto de ser gobernado por ellas.
- ¿Mientes? ¿Especialmente las pequeñas mentiras blancas? ¿Qué me dices de las “actuaciones”, aunque técnicamente no estés mintiendo con tu boca? La mentira y otras formas de vida en la oscuridad, usualmente son maneras de hacernos ver mejores delante de los demás. También sirven para cubrir nuestra vergüenza delante de ellos.
- ¿Tienes celos de otras personas? Estás siendo controlado por ellos y sus posesiones.
- ¿Te enoja o deprime a menudo la gente? ¿Te están volviendo loco? Si es así, probablemente son el centro de control de tu vida.
- ¿Evitas el contacto con la gente? Si es así, aun cuando no digas que *necesitas* a otras personas, de todas maneras estás controlado por ellas. ¿No está dominado un ermitaño por el temor al hombre?
- ¿Acaso no están la mayoría de las dietas dedicadas a impresionar a los demás? (aún cuando están bajo la categoría de “salud”). El deseo de la “alabanza de los hombres” es una de las maneras como exaltamos a la gente por encima de Dios.
- ¿Han fallado el blanco todas estas descripciones? Cuando te comparas con otras personas, ¿te sientes bien con respecto a ti mismo? Tal vez la forma más peligrosa del temor al hombre es la que se relaciona con el “éxito”. Tales personas piensan que “ya la hicieron”. Tienen más

que otras personas. Se sienten bien con ellos mismos. Pero sus vidas aun están definidas por los demás en vez de que por Dios.

Un Problema Universal

No pienses que este es un problema sólo de los tímidos y cobardes. ¿No está acaso la persona enojada o la persona que trata de intimidar también controlada por otros? Cualquier tipo de “machismo” califica para el título. ¿Qué me dices del ejecutivo que está trabajando para ser más productivo que su asociado con tal de avanzar en el escalafón? El eterno fanfarroneo en la sala de juntas es una versión agresiva del temor al hombre. ¿Y piensas que las estrellas atléticas están por encima de estar buscando la buena opinión de los aficionados y de los reporteros deportivos? Declarar agresivamente que no necesitas a nadie es igualmente evidencia del temor al hombre como lo son otros ejemplos más tímidos que hemos visto. El temor al hombre viene en estos paquetes y en muchos otros.

¿Ya te ves incluido? Si no, considera sólo una palabra: evangelismo. ¿Alguna vez has estado demasiado tímido como para compartir tu fe en Cristo debido a que otros podrían pensar que eres un tonto irracional?

¡Te pesqué!

El temor al hombre forma de tal manera parte del ser humano que deberíamos checar el pulso de aquel que lo niega.

En los Estados Unidos estamos al final de una revolución que incluyó cantidades de libros sobre la codependencia. Por varios años todo libro que tenía la palabra “codependencia” en el título tenía la garantía de ser un éxito en las ventas. Melodie Beattie, por ejemplo, ganó millones con su libro *Codependent No More*. Obviamente le dio a un tópico que era importante para mucha gente, sin embargo se trata del temor al hombre en su vestimenta secular. Melody Beattie hablaba acerca del problema en términos de ser controlado o dependiente de otras personas, y su prescripción fue que debías amarte más a ti mismo.

La Búsqueda de una Respuesta Bíblica

Ese enfoque sonó un poco superficial para el mundo evangélico, así que muchos cristianos respondieron diciendo que un mejor tratamiento para la codependencia es saber que *Dios* te ama más de lo que piensas. Dios puede llenarte con amor, así no tendrás que ser llenado por otras personas.

Ciertamente esto es mejor que la exhortación de amarte más a ti mismo, pero aun esta respuesta está incompleta (y esto puede sonar controvertido). El amor de Dios puede ser una respuesta profunda para casi cualquier problema humano, pero algunas veces puede ser usado de tal manera que se convierte en una versión tergiversada de una verdad profundamente rica. Por ejemplo, algunas veces, debido a nuestros errores al interpretar la Escritura, esta respuesta no toma en cuenta el llamado que Dios nos hace a considerar a los demás como superiores a uno mismo (Fil. 2:3), o hace caso omiso de la necesidad del arrepentimiento. Algunas veces, permite que nosotros y nuestras necesidades sean el centro del universo, y Dios se convierte en el mandadero psíquico que tiene la tarea de elevar nuestra autoestima.

Necesitamos investigar aun más la Escritura para poder entender verdaderamente la experiencia universal del “temor al hombre”. El propósito de este libro es dar ese siguiente paso. Durante el recorrido nos encontraremos con personas tales como Abraham y Pedro, quienes resbalaron al abismo del temor al hombre y arrastraron a otros con ellos. Consideraremos las maneras sutiles en las que el temor emerge en nuestras vidas. Veremos que los escritores de la codependencia estaban en lo cierto – es una epidemia nacional. Luego, encontraremos la solución dada por Dios.

Aquí están algunos de los temas que exploraremos.

- Para entender realmente las raíces del temor al hombre, debemos comenzar haciendo las preguntas correctas. Por ejemplo, en lugar de “¿Cómo puedo sentirme mejor conmigo mismo y no ser controlado por lo que piensan los demás?” una mejor pregunta sería “¿Por qué estoy tan preocupado por la autoestima?” o “¿Por qué tengo que tener a alguien (aun a Jesús) que piense que soy fantástico?” Estos son algunos de los tópicos que consideraremos desde muchos ángulos en este libro, pero incluido en la respuesta está el hecho de que necesitamos

pensar *con menor frecuencia* en nosotros mismos. Hablaremos después del por qué y el cómo.

- El tratamiento más radical para el temor al hombre es el temor al Señor. Para ti, Dios debe ser más grande que la gente. Este antídoto tarda años en ser entendido; de hecho, tomará todas nuestras vidas. Pero mi esperanza es que el proceso puede ser acelerado y cultivado a través del estudio de este libro.
- Con respecto a los demás, nuestro problema es que los *necesitamos* (para nosotros mismos) más de lo que los *amamos* (para la gloria de Dios). La tarea que Dios establece para nosotros es que los necesitemos *menos* y los amemos *más*. En vez de buscar maneras para manipular a los demás, debemos preguntarle a Dios cuál es nuestro deber hacia ellos. Esta perspectiva no llega a nosotros con naturalidad, y muchos de nosotros necesitamos considerar esta verdad desde varios ángulos antes de poder verla. Pero la convicción de este libro es que esta verdad es otra de las paradojas divinas encontradas en la Escritura – el camino del servicio es el camino a la libertad.

PARTE UNO

CÓMO Y POR QUÉ LE TEMEMOS A LOS DEMÁS

La parte Uno de este libro explorará la perspectiva bíblica del temor al hombre para ayudarte a hacer tres cosas:

- Paso 1: Reconocer que el temor al hombre es un tema preponderante tanto en la Biblia como en tu vida.
- Paso 2: Identificar en dónde tu temor al hombre ha sido intensificado por las personas en tu pasado
- Paso 3: Identificar en dónde tu temor al hombre ha sido intensificado por las suposiciones del mundo.

2 “LA GENTE ME VERÁ”

*El temor del hombre pondrá lazo;
Mas el que confía en Jehová será exaltado. (Prov. 29:25)*

Si es cierto que el temor al hombre es un problema universal como parece serlo, entonces podría esperarse que la Escritura estuviera llena de descripciones abundantes y enseñanza profunda acerca de ello. Y es eso exactamente lo que encontramos. Una de las preguntas dominantes en la Biblia es ¿A quién temerás (necesitarás, o seguirás)? ¿Temerás a Dios o a las personas? La Escritura nos da tres razones básicas por las que tememos a los demás, y consideraremos cada una a su tiempo.

1. Tememos a la gente porque puede exponernos y humillarnos.
2. Tememos a la gente porque puede rechazarnos, ridiculizarnos, o despreciarnos.
3. Tememos a la gente porque puede atacarnos, oprimirnos o amenazarnos.

Estas tres razones tienen una cosa en común: Ven a la gente más “grande” (es decir, más poderosa e importante) que Dios, y, por ese miedo que se crea en nosotros, le damos a los demás el poder y el derecho de decirnos qué sentir, pensar o hacer.

Paso 1: Reconocer que el temor al hombre es un tema preponderante tanto en la Biblia como en tu vida.

El temor que viene de la vergüenza.

Una de las razones por las que tememos a la gente es que ellos pueden exponernos o humillarnos. Esto es evidente desde el principio de la humanidad. Inmediatamente después del pecado de Adán y Eva, sus ojos fueron abiertos, y se dieron cuenta que estaban desnudos (Gen. 3:7). Este es el estreno del temor a las demás personas. La consciencia de la vergüenza. Sentirse expuesto, vulnerable y en una necesidad desesperada de ser cubierto o protegido. Sentirse bajo la mirada del Santo Dios y las demás personas. Dios puede ver nuestra desgracia, y los demás se convierten en una amenaza porque también la pueden ver. Sus opiniones percibidas pueden ahora dominar nuestras vidas. La historia de la Escritura se convirtió una en la que la gente frenéticamente buscaba donde esconderse y protegerse de la mirada de Dios y de los demás.

La vergüenza del Pecado

Fue evidente primeramente al notar la *mirada* de la otra persona. Después vino la aún más penetrante mirada de Dios. Ambos estaban tan contrariados que Adán y Eva se escondieron, y todavía seguimos escondiéndonos. Ciertamente Adán y Eva sabían que estaban desnudos antes de pecar, y existen todas las razones para creer que, en su estado de inocencia, se miraban el uno al otro admirados de su apariencia física. Pero esta mirada era diferente. Se podía ver una desnudez más profunda, o al menos, el que era observado se sentía más expuesto. Los ojos de la otra persona se volvieron luces cortantes que podían ver el cuerpo y el alma, que podían ver la fealdad del pecado. La sensación de sentirse expuesto, anteriormente desconocida, ahora era lo *único* que sentían. Eran *vistos* por el otro, y lo que ahora se observaba era vergonzoso. Sus almas, que en otro tiempo fueron admiradas en su inocencia y belleza, ahora eran grotescas.

Intentaron solucionarlo cubriéndose, pero aun las pieles de animales fueron incapaces de aliviar esta vergüenza más profunda. Lo que un día fue una bendición (conocer y ser conocido) ahora era una maldición. Lo que antes fue un contacto visual amoroso, ahora se tornó en algo ofensivo y entrometido.

Al momento en que Adán pecó la vergüenza (es decir, “¿qué pensarán de mí? y “Qué pensará Dios de mí?”) Se convirtió en una piedra principal de la experiencia humana.

Desde Génesis y en adelante, la desnudez o la vergüenza de ser expuesto ante otros, llegó a ser una de las grandes maldiciones en la cultura hebrea. Era una maldición profunda porque simbolizaba la desnudez espiritual y la vergüenza que necesitaba ser cubierta. Simbolizaba que sin la cubierta puesta por Dios, nos encontramos desnudos delante de él. Noé maldijo a la descendencia de Cam porque Cam vio la desnudez de su padre, quizá burlándose o ridiculizando a su padre. Cuando Job estaba en medio de su mayor miseria, habló de su temor y clamó diciendo: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá”. No estaba simplemente resignándose a la idea de la muerte; sino que perspicazmente el sintió que su vergüenza estaba expuesta y que estaba bajo la maldición. El profeta Amós usó la misma imagen cuando predijo el horrible juicio que vendría sobre Israel, diciendo: “El esforzado de entre los valientes huirá desnudo aquel día, dice Jehová.” (Amós 2:14-16).

Vergüenza por haber sido víctima u objeto del pecado de otro

Una segunda forma de vergüenza emergió a través de toda la historia espiritual de la humanidad. La vergüenza original simplemente era el resultado de nuestro pecado. Era el resultado de estar inmundo y desnudo ante el Dios Santo, y usualmente era experimentada en nuestras relaciones con los demás. Pero sobrepuesta sobre nuestra vergüenza por el pecado pronto apareció otra forma de vergüenza que intensificó la vergüenza original. Fue el resultado de ser el objeto del pecado de otros, de ser víctimas, o ser deshonrados por otros.

Esta segunda forma de vergüenza puede ser “obtenida” al estar en contacto con algo inmundo. Por ejemplo cuando Dina fue violada por Siquem, ella fue “amancillada” (Gen. 34:5). Esto no significa que Dina era responsable por lo que le había pasado. El punto es que aun cuando ella no había pecado, había un sentido en el que su pureza se vio afectada.

Si un hombre cometía adulterio con la mujer de otro, el esposo inocente era avergonzado o deshonrado, literalmente, “desnudado” por el pecado de otro (ver Lev. 20:11, 17, 19, 20, 21). Los hijos rebeldes traían vergüenza y desgracia a sus padres (Prov. 19:26). Aun el templo era profanado cuando un hombre inmundo entraba en él (Salmo 79).

Algo similar ocurría cuando un Israelita tocaba el cadáver de una animal que había sido declarado inmundo. Aquellos que lo tocaban, aun accidentalmente, tenían que lavar sus ropas y eran considerados inmundos hasta el anochecer (Lev. 11:24).

Por lo tanto, existen dos maneras en las que podemos llegar a estar desnudos. La primera es la desnudez impuesta por uno mismo debida a nuestra naturaleza pecaminosa y nuestro pecado personal. La segunda es la desnudez impuesta por otros que experimentamos debido al pecado de otras personas. Desafortunadamente, la vergüenza producto de la victimización se siente igual a la vergüenza que sentimos por nuestro propio pecado, aunque la causa sea diferente. Las víctimas sienten pena, humillación y desgracia por el pecado que otros cometen contra ellos. Se sienten impuros, desnudos y sin acceso a alguna cobertura. Se sienten como si estuvieran bajo la mirada omnisciente de los demás, y por lo tanto, le temen a la gente. Pero, teológicamente, existe una gran diferencia entre estas dos maneras.

- La vergüenza producto del pecado es algo que traemos sobre nosotros; la vergüenza producto de la victimización es algo hecho contra nosotros.
- Todos hemos experimentado la vergüenza producida por el pecado, pero no todos hemos tenido intensificada esta *vergüenza por la victimización*.

El mejor ejemplo conocido de la *vergüenza por victimización* es la vergüenza producida por haber sido víctima del pecado sexual de otro. Las mujeres que han sido violadas sexualmente pueden sentirse abrumadas por lo que perciben como la mirada de Dios y los demás.

Una mujer me dijo: “Siento como si tuviera un anuncio de neón en mi frente que dice: fui violada por mi tío”. Como ella hay miles de otras mujeres.

Otra víctima me dijo: “Tengo temor de abrir mi boca cuando estoy alrededor de otras personas. Si abro mi boca saldrá lodo”.

Estas expresiones dolorosas son claramente la consecuencia de la *vergüenza por victimización*, pero debemos recordar que tales experiencias no excluyen la vergüenza de pecado, la cual es una condición universal. La *vergüenza por victimización* usualmente *intensifica* la

vergüenza por pecado existente con anterioridad. He conocido a muy pocas personas que estaban luchando sólo con *vergüenza por victimización*. En vez de esto, tales víctimas necesitan la dirección bíblica para lidiar con sus propios pecados, como también con la experiencia de haber sido objeto del pecado de otro. Algunas veces tienen pecados que deben confesar; algunas veces deben aprender a creer la promesa del perdón de los pecados. De cualquier forma, sería cruel descuidar la *vergüenza por pecado* porque ante Dios, todos debemos lidiar con ella, y hasta cierto punto nuestra consciencia lo sabe. Por lo tanto, en la discusión sobre la vergüenza que sigue a continuación, voy a combinar ambas categorías (*vergüenza por pecado* y *vergüenza por victimización*). Las voy a separar más adelante, pero por ahora, consideremos los siguientes ejemplos de vergüenza por el pecado que, en algunos casos, es intensificada por la victimización.

La vergüenza en el mundo de hoy

¿En dónde encuentras vergüenza en la cultura secular actual? Mira nuestros libreros. La vergüenza está tan presente en la literatura moderna que raya en la moda del momento y quizá está en peligro de ser expuesta en demasía. *La Máscara de la vergüenza* de Leon Wurmser, *Vergüenza y Orgullo* de Donald Nathanson, y *Sin donde Esconderse* de Michael Nichols son ejemplos de las discusiones más técnicas sobre la vergüenza.

Tal vez no hayas escuchado acerca de estos libros, pero seguramente estás familiarizado con una forma menos técnica de la vergüenza: la autoestima. La vergüenza, y su sentimiento de desgracia ante Dios y los demás, surgen en nuestra cultura como una baja autoestima, con sus sentimientos de falta de dignidad. Tanto la vergüenza como la baja autoestima tienen sus raíces en el pecado de Adán. Ambas son gobernadas por las opiniones percibidas de los demás, y ambas involucran el “no sentirnos bien con nosotros mismos”. La única diferencia es que nuestra palabra “vergüenza” todavía retiene la idea de que estamos avergonzados delante de Dios y delante de otras personas, en tanto que la “autoestima” es vista estrictamente como un problema entre nosotros y las demás personas, o un problema sólo dentro nosotros mismos. La baja autoestima es una versión popular de la vergüenza o desnudez bíblicas. Es una vergüenza secularizada.

Cuando te das cuenta que la “vergüenza” es casi intercambiable con la “baja autoestima”, es difícil encontrar un libro que no discuta sobre este tema. Desde el libro de Gloria Steinem “*Revolución desde adentro: un libro de autoestima*” hasta cada libro de texto de primaria en los Estados Unidos, la sociedad parece haber llegado a la conclusión de que la baja autoestima es la raíz de todo problema. Cuando asistí a la primera junta de padres de familia de la escuela de mi hijo, se nos informó que el propósito principal de la escuela era apuntalar la autoestima – y los padres dieron una gran ovación. Todos creían que se estaba atacando el problema medular de la niñez.

Yo no aplaudí. Al contrario, mi esposa y yo tuvimos que decidir si nuestra hija continuaría en esa escuela. ¿No empeora el problema la enseñanza de la autoestima y su énfasis en el yo? Ciertamente esa ha sido mi experiencia. Cuando intenté elevar mi autoestima, sólo me llevó a una autoconsciencia dolorosa y a aumentar mi individualismo. La enseñanza de la autoestima parece ser sospechosa, aun desde la perspectiva secular. ¿No les estamos haciendo un mal a los niños al adularlos con aprobación no merecida? El autorespeto que las escuelas están tratando de proveer a sus alumnos sólo viene cuando la persona desarrolla una habilidad creciente para confrontar las tareas difíciles, arriesgarse al fracaso y vencer los obstáculos. No puedes simplemente conferir autoestima a otra persona. Paradójicamente, ¡La causa de la baja autoestima es la suposición de que las demás personas pueden controlar la perspectiva que tenemos de nosotros mismos!

Pero aun con todas las maneras descabelladas en las que los libros populares tratan de inflar nuestra autoestima, existe un mensaje bíblico en todo esto. El interés masivo en la autoestima y la dignidad personal existe porque está tratando de ayudarnos con un problema real. El problema es que realmente no estamos bien. No existe razón alguna por la cual debemos sentirnos bien con nosotros mismos. En verdad somos deficientes. El endeble puntal sobre el

que descansa la enseñanza de la autoestima eventualmente colapsa cuando la gente se da cuenta de que su problema es mucho más profundo. El problema es, en parte, nuestra desnudez delante de Dios.

También existen otras maneras en las que la vergüenza escala hasta la superficie:

- Aun con toda la pornografía y el nudismo que es parte de la cultura occidental, todavía se mantiene el tabú con respecto a la desnudez. ¿Por qué? Porque es un símbolo de nuestra necesidad de ser cubiertos espiritual y profundamente.
- Podemos estar cantando con todo nuestro corazón cuando estamos solos, conduciendo al trabajo, con el radio a todo volumen. Pero si alguien nos ve, nos sentimos apenados. No importa si la persona es un completo desconocido y nunca más la veremos. El o ella nos vio y brevemente nos recordó del profundo temor a ser expuestos.
- Tenemos reglas no escritas, aunque claras, acerca de cuánto tiempo mirar a alguien. Lo cortés es tener “contacto visual” breve, pero dejar la vista fija no se considera correcto y puede provocar incomodidad, e inclusive hostilidad. Las mujeres se quejan de que los hombres las tratan como objetos al mirarlas fijamente; ellas sienten como si estuvieran siendo desvestidas.
- Aun las alucinaciones nos cuentan la historia de estar “bajo la mirada”. Por todo el mundo, una alucinación común es la de ver unos ojos fijos sobre el que alucina. Son ojos que te siguen, penetrantes y peligrosos.
- ¿Has notado cuán a menudo la iglesia evangélica enfatiza la honestidad y la apertura? Se necesita una repetición continua porque no nos gusta estar al descubierto. Aún como cristianos preferimos tener paredes de autoprotección.

Escondiéndose y Espiando

En los Estados Unidos, una metáfora común que la gente usa para describirse a sí mismos es una variante de cubrirse la cara por vergüenza: “Somos personas dentro de cuatro paredes. Las paredes tienen cuatro pies de grosor. Nadie puede entrar o salir”. Estas cubiertas desesperadas nos aíslan, pero también nos protegen de la mirada de los demás. En la práctica, estas paredes pueden ser edificadas con miles de materiales diferentes: dinero, fama, logros atléticos, trabajo y activismo. Sin embargo, nada que el hombre haga puede cubrir verdaderamente la vergüenza.

Una característica curiosa de la mayoría de estas paredes es la manera como nos permiten ver a las demás personas. La anchas paredes aparentemente tienen pequeñas rajaduras o ventanas que nos permiten ver hacia afuera. Nos queremos esconder, pero también queremos espiar. El espionaje nos puede revelar la vulnerabilidad de los demás de tal manera que podemos creer que no son diferentes a nosotros (o aun no son tan buenos como nosotros). La desgracia desea compañía. Por otro lado, nos puede revelar a alguien que es fuerte y puede ser nuestro héroe. Con un héroe, nos podemos sentir menos aislados porque podemos entrar a una relación segura de fantasía.

La fantasía es un pasatiempo popular detrás de estas paredes. Por ejemplo, Paula manejaba su mundo a través de fantasías, pero nunca te hubieras enterado. Ella era una mujer soltera cristiana de éxito. Tenía un magnífico empleo de mucha responsabilidad y abundante reforzamiento de la compañía. Era activa en la iglesia y a todos les caía bien. Pero en las noches, ella vivía con su esposo heroico de fantasía y con sus hijos de fantasía. Una razón por la que desarrolló su mundo fantasioso fue porque éste le daba lo que ella deseaba. Otra razón fue porque le proveía relaciones sin el riesgo de ser conocida.

Las luchas de Bill seguían una pauta similar. “Quiero satisfacer mis necesidades, pero no quiero ser expuesto. No quiero que nadie realmente me conozca”. Así que para crear un mundo que pareciera “seguro” se entregó a la pornografía y la masturbación.

Lo confieso, la fantasía también ha sido parte de mi propio mundo. Por ejemplo: Soy relativamente coordinado de la cintura para arriba, pero mis pies son torpes. Coincidentemente, mi esposa Sharon coordina muy bien todo su cuerpo, y le gusta bailar. Pienso que Dios lo hizo así para hacerme humilde.

¿Saben que pasó la última vez que llegamos a casa de una fiesta en la que intenté bailar con mi esposa? Mi mente comenzó a rumiar; comencé a tener la fantasía de que yo era un gran bailarín. Mi fantasía era que caminaba a la pista de baile como una persona común y corriente,

pero de pronto me convertía en John Travolta. La gente estaba maravillada, mi esposa pensaba que yo era grandioso. . .¿Me explico?

Dependiendo de cómo lo mires fue divertido o triste. El punto es que esta fantasía relativamente inofensiva está llena de temor al hombre, de vergüenza y orgullo. Es temor al hombre porque soy consumido por lo que los demás pueden pensar de mi torpeza. Es vergüenza, especialmente la versión más secularizada, porque no me siento muy bien conmigo mismo. Me siento expuesto ante los demás, creyendo que sólo un inútil sería tan malo en la pista de baile. Es orgullo porque quiero ser visto como alguien excepcional, al menos en alguna cosa.

Esa es la paradoja de la autoestima: La baja autoestima usualmente significa que pienso demasiado alto de mí mismo. Estoy demasiado involucrado en mí mismo, siento que merezco más de lo que tengo. La razón por la que me siento mal conmigo mismo es que aspiro a algo más. Deseo, por lo menos, unos minutos de grandeza. Soy un plebeyo que desea ser rey. Cuando estás bajo el control de la baja autoestima, es doloroso, y ciertamente no se siente como si fuera orgullo. Pero creo que este es el lado oscuro y silencioso del orgullo – orgullo frustrado.

Nuestros corazones ciertamente están ocupados mientras nos escondemos y espiamos.

¿Te has preguntado porque son populares ciertos programas de televisión o revistas? ¿No nos ofrecen una breve oportunidad de espiar a otros desde atrás de nuestras paredes de vergüenza? Nos permiten ver la desgracia de otros, y eso hace que la nuestra sea “normal”. O nos permiten identificarnos con nuestros héroes para así poder sentirnos mejor brevemente con nosotros mismos.

Somos una especie de “Tom, el mirón” modernos. Mientras que “Tom, el mirón” está viendo a alguien a través de la cerradura, al mismo tiempo está siendo observado por otro mirón, quien está siendo observado por otro, quien está siendo observado por otro más.

La medianoche

A principios de la década de 1800, el filósofo danés Soren Kierkegaard observó que la vida de la gente consistía en esconderse y espiar. En vez de usar paredes, la gente usa máscaras.

“¿Sabes que llega la medianoche cuando todos se quitan la máscara? ¿Piensas que la vida siempre permitirá que se burlen de ella? ¿Piensas que puedes esconderte antes de que llegue la medianoche para evitar esto? ¿No te aterra esto? He visto hombres en la vida real que han engañado por tanto tiempo a los demás, que al final su verdadera naturaleza no puede ser revelada; he visto hombres que jugaron “busca – busca” por tanto tiempo que al final, en su locura, revelaron sus pensamientos secretos a los demás que hasta entonces habían ocultado orgullosamente.”¹

El tiene razón. Todos los días es un Halloween. Uno de nuestros rituales matutinos regulares es ponernos nuestras máscaras, de la misma manera como nos cepillamos los dientes y desayunamos. Pero para nosotros ponerse el disfraz es todo, excepto una festividad. Debajo de las máscaras están las personas que están aterradas por la posibilidad de ser revelados. Y, ciertamente, un día las máscaras y otras cubiertas serán removidas. Habrá una revelación eterna. Pero no debemos temer tanto a ser vistos por los demás. Después de todo, los demás no difieren de nosotros. Kierkegaard apunta hacia un temor más profundo: los ojos de Dios. Si la mirada del hombre despierta temor en nosotros, cuanto más la mirada de Dios. Si nos sentimos al descubierto delante de otras personas, nos sentiremos devastados delante de Dios.

Inclusive aun sólo pensar en tales cosas es demasiado abrumador. Nuestros corazones tiemblan ante tal pensamiento, y hacemos cualquier cosa que podamos para evitarlo. Una manera de evitar los ojos de Dios es vivir como si el temor a los demás fuera nuestro problema más profundo – *ellos* son grandes, no Dios. Esto, por supuesto, no es cierto. El temor a la gente a menudo es una versión más consciente del miedo a Dios. Es decir, somos más conscientes de nuestro temor a los demás que de nuestro miedo a Dios. El temor a los demás es un fenómeno real. En verdad tenemos temor de los pensamientos, opiniones y acciones de los demás. Pero debajo de eso escondemos, lo mejor que podemos, un miedo a Dios más desesperante. Por ejemplo, notemos la versión bíblica de las máscaras de Kierkegaard.

¹ Tomado de “Either / Or” en Kierkegaard Anthology, ed. Robert Bretall (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1946), 99.

“Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos.” (Lucas 23:28-30)

Cuando Cristo regrese, aquellos que estén desnudos preferirán ser cubiertos con las montañas de Jerusalén antes que ser expuestos a la mirada santa de Dios.

La Respuesta de Dios

Por supuesto, Dios tiene una respuesta para este temor, y la consideremos brevemente con mayor detalle. El evangelio es la historia de Dios cubriendo la desnudez de sus enemigos, trayéndolos a la fiesta de bodas, y luego casándose con ellos en vez de aplastarlos. El rey David, conociendo estas buenas noticias dijo, “Oh Señor, tu me has examinado y conocido” (Salmo 139:1). La mirada de Dios (una maldición para los que están desnudos) fue una bendición para él. Es una protección para aquellos cuya culpa ha sido perdonada y cuyos pecados han sido cubiertos.

Pero el temor a Dios puede estar todavía presente, y con buena razón. Para aquellos quienes han sido cubiertos con la justicia de Jesús, este temor puede no ser el temor de ser aplastados. En vez de esto, puede imitar el temor de David (Sal.119:120) o Isaías (Is. 6) quienes sabiendo que era pecadores, temblaron ante el Dios Altísimo. Puede ser un temor asociado con pecado no confesado. Puede ser un temor asociado con una falta de confianza en las promesas de Dios. O puede ser un temor por sentirse “inmundo” por haber sido objeto del pecado de otro. Mientras seamos pecadores, la vergüenza será una experiencia común. Todos sabemos algo de la vida detrás de las paredes y las máscaras.

La respuesta parece ser sencilla: Recuerda que en la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, a través de la fe, él te ha cubierto con vestiduras de justicia. Ha removido tu vergüenza. Esta puede ser la única enseñanza liberadora que necesita la persona temerosa. Sin embargo, mi experiencia personal y como consejero sugiere que hay muchas veces cuando la solución requiere más que el recordatorio de que Jesús murió por nosotros. Por ejemplo, ¿No es cierto que Paula, Bill y yo necesitamos algo más? Con esto no estoy diciendo que el evangelio de Jesús no sea suficiente. Lo que quiero decir es que hay enseñanzas implícitas en el evangelio que necesitan atención. Por ejemplo, ¿De qué necesitamos arrepentirnos? ¿Amo a los demás en el nombre de Jesús, o estoy más interesado en protegerme de ellos? ¿Cómo puedo pensar en mí mismo con menor frecuencia?

Hay mucho más que decir acerca de lo que la Biblia dice de la vergüenza, pero resumiré lo que hemos visto. La primera perspectiva bíblica del temor al hombre es que es el resultado de la desnudez que viene por el pecado. Debido a que el pecado está todavía presente en nosotros, experimentamos pena, vergüenza, el sentimiento de ser puesto al descubierto y vulnerabilidad. Como resultado de esto, tratamos de protegernos y evitar la mirada de otros. Aparentemente el problema real parece ser la mirada de la gente, pero en la realidad, el problema está dentro de nosotros, y entre Dios y nosotros. La presión de grupo no es la explicación. El problema medular no es la mirada de los demás. La clasificamos dentro de la categoría más general de “el temor a los demás” sólo porque esta experiencia es más obvia cuando estamos ante otras personas. Por ejemplo, No me hubiera apenado si el auditorio de la preparatoria hubiera estado vacío, o el subdirector me hubiera llamado por teléfono para decirme que yo había ganado el premio. La presencia de otros nos hace sentir al descubierto. Sin embargo, aunque se siente como si los demás estuvieran produciendo la vergüenza, en realidad la llevamos con nosotros todo el tiempo. Los demás simplemente desencadenan su aparición.

Las raíces del temor al hombre inducido por la vergüenza están en nuestra relación con Dios. Estamos parados, al final de cuentas, bajo su mirada santa y penetrante. Cuando estamos particularmente conscientes de que hemos violado la justicia de Dios, esa mirada nos condenará a menos de que confesemos nuestros pecados y afirmemos que, por la fe, “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Heb.10:10).

También podemos no ser santos por haber sido contaminados por el pecado de otra persona. En tales casos, no somos directamente culpables de nuestra impureza, pero de todas

maneras, estamos desnudos y necesitamos una cubierta para el pecado que sólo Dios puede proveer.

Para Pensar

1. Si todavía tienes dificultad en ver el temor a las otras personas, considera las maneras en las que tu vida privada es diferente de tu vida pública. ¿Existen pecados que puedas confesar a Dios con facilidad, pero que sería muy difícil compartir con otra persona? ¿Existen cosas de ti mismo que sencillamente no quieres que la gente sepa? Estas preguntas pueden revelar algunas de las raíces del temor al hombre por la vergüenza en tu vida.
2. Considera algunas de las estrategias que usas para cubrirte, y recuerda que la mayoría de las personas usa una multitud de envolturas.
3. ¿Has escuchado la ilustración acerca de cinco hombres que recibieron una llamada anónima que decía: "Ya saben lo que hiciste. ¡Abandona la ciudad inmediatamente!"? Al llegar la noche, cuatro de ellos ya habían salido de la ciudad. La razón por la que fueron controlados por el que llamó fue que sus conciencias los condenaron. ¿Te condena tu conciencia? Si es así, confiesa tus pecados a Dios y pídeles poder para cambiar. Una conciencia clara es una gran bendición y una manera de quitar desde la raíz el temor a otras personas.

3 “LA GENTE ME RECHAZARÁ”

Cercanamente relacionado con el temor a vernos expuestos ante la gente (temor a la vergüenza), el siguiente tipo de temor es la razón más común por la que somos controlados por otras personas: me pueden rechazar, ridiculizar o despreciar (temor al rechazo). No nos invitaron a la fiesta. Nos ignoraron. No nos quieren. No están complacidos con nosotros. No nos dan la aceptación, amor o importancia que deseamos por parte de ellos. Como resultado, nos sentimos sin valor alguno.

Puede ser que te de un poco de ánimo saber que, aunque parezca ser muy moderno, el temor al rechazo ha sido un problema para muchos hombres ilustres a través de la historia. Por ejemplo, Moisés les advirtió a los líderes y jueces de Israel precisamente acerca de esto (Deut. 1:17). Moisés sabía que la gente reverenciaba las opiniones de los demás, mostraba favoritismo, u honraba a una persona por encima de otra, debido a que temían el rechazo de aquellos que eran considerados más importantes. Tal tendencia humana debía ser un asunto muy importante para los jueces de Israel. Por ejemplo, si un israelita tenía que juzgar un caso que involucrara a un trabajador prominente del metal, podía haber cierta cantidad de presión para suavizar el fallo o pasar por alto la sentencia por completo. Pues de lo contrario, el trabajador de metal podía rechazar al juez la siguiente vez que solicitara sus servicios. ¿Puedes ver el problema? Los jueces pueden ser controlados por el acusado si él tiene algo que el juez desee. En tales situaciones la gente llegaba a ser grande y la justicia de Dios pequeña.

Me pregunto cuántos de nosotros tememos (respetamos o reverenciamos) a aquellos que tienen más dinero, más poder, más educación, más atractivos. Como consejero he sido testigo, en mi propio ministerio y en el de otros, de un acercamiento más amable y cuidadoso cuando se aconseja a un donador potencial que cuando se aconseja gratuitamente a un indigente.

El rey Saúl es un ejemplo bíblico específico de alguien que experimentó el temor al rechazo. En 1 Samuel 15, Saúl recibió el mandato de destruir por completo a los de Amalec. Luego Dios dio gracia a los ejércitos de Israel para que derrotar a ese pueblo, pero “Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas y del ganado mayor, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno” (1 Samuel 15:9). Cuando el profeta Samuel confrontó a Saúl con su crasa desobediencia, Saúl confesó su pecado, pero se justificó. “Temí al pueblo y consentí a la voz de ellos.” (1 Samuel 15:24).

Hay dos perspectivas posibles con relación a la justificación de Saúl. En verdad se pudo haber sentido presionado por sus generales para llevar a casa algo del botín de guerra, en tal caso, su defensa es inexcusable a la luz del sin fin de advertencias que Dios hace de no temer a la gente. O quizá Saúl pensó que el temor a los demás era tan común que Samuel aceptaría su excusa porque era algo tan humano. Después de todo, puesto que es parte de nuestro ser ¿cómo podemos ser responsable de ello? Sin importar cuál de las dos alternativas representa los motivos verdaderos de Saúl, el temor a otros tuvo resultados catastróficos: fue la razón por la que Saúl perdió su reino.

Los fariseos del Nuevo Testamento compartieron con Saúl el mismo temor al rechazo. Deseaban la aceptación y aprobación de la gente, y tenían temor de no obtenerlas. Muchos fariseos se jactaban de que no creían en Jesús, y aun acusaban a aquellos que sí creían de estar viviendo bajo engaño (Juan 8:45-50). Sin embargo había algunos líderes que no podían hacer a un lado la enseñanza de autoridad de Jesús y sus milagros, y creían en él calladamente. En otras palabras, creían que Jesús había sido enviado por Dios; él era el Mesías por el que habían esperado y orado. Con tal convicción, uno pensaría que estos líderes se convertirían en discípulos inmediatamente y buscarían persuadir a la gente a que creyeran. Sin embargo, esto no ocurrió. Su fe rápidamente se marchitó. ¿Por qué? Temieron confesar su fe por la posible reacción de los de la sinagoga, “porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de

Dios” (Juan 12:43). Sintieron que necesitaban la alabanza de los hombres. Temieron más al rechazo que al Señor.

Todo esto suena tan familiar. Algunas veces preferiríamos morir por Jesús que vivir para él. Si alguien tuviera el poder para matarnos por nuestra profesión de fe, me imagino que la mayoría de los cristianos diría, “Sí, soy un creyente en Jesucristo”, aun si esto significara la muerte. La amenaza de tortura podría hacer que algunos lo pensarán dos veces, pero pienso que la mayoría de los cristianos reconocería a Cristo. Sin embargo, si tomar una decisión por Jesús significa que vamos a pasar años siendo rechazados, ignorados, pobres o criticados, entonces habría grandes masas de cristianos que “tirarían la toalla” temporalmente. “La muerte no es inminente, así que ¿para qué apurarse en tomar una decisión precipitada?” “Ya habrá tiempo más adelante para corregir las cosas con Dios”.

En otras palabras, mátame, pero no hagas que no me quieran, me aprecien o me respeten.

¿Suena esto muy exagerado? Recuerda esta palabra: *evangelismo*. Estoy seguro que muchos adolescentes preferirían la muerte antes que ser vistos con el grupo de jóvenes de la Iglesia o haciendo un drama cristiano en la calle. ¿No son acaso los viajes misioneros más populares aquellos que nos llevan lejos de nuestro propio vecindario? Ir a Rusia es fácil, pero nuestro propio vecindario es un desafío constante. ¿Acaso alguien consistentemente ha tenido el denuedo y la claridad de Jesús en su testificar del evangelio? Nunca. ¿Alguien ha evitado consistentemente el temor al hombre en el contexto del evangelismo? Ciertamente no. Hay una “locura” inherente en el mensaje de la cruz. La proclamación clara del evangelio no nos hace ver bien. No nos hace ser populares.

La “Presión de Grupo” y la Alabanza de Dios

El pecado residente en el corazón humano (el temor al hombre) tiene un poder asombroso. La alabanza que los demás nos dan – esa brisa suave que dura un segundo – puede parecerse más gloriosa que la alabanza que viene de Dios. Jesús mismo le dijo a los líderes Judíos, “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros; y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Juan 5:44).

Hoy en día seríamos amables y diríamos que los fariseos buscaban “complacer a la gente”. Diríamos que “luchaban con la presión de grupo”. Puesto que todos somos afectados por ella en momento u otro, somos empáticos hacia tal conducta. Pero esta es quizá la forma más trágica del temor al hombre. Los adolescentes constantemente toman decisiones necias debido a ella. También los adultos buscan la aprobación de la gente. Esperamos a que los demás tomen iniciativas de amor. Pasamos mucho tiempo preguntándonos qué pensarán los demás de nuestra ropa o de los comentarios que hacemos en el grupo de estudio bíblico. Vemos oportunidades de testificar de Cristo, pero las evitamos. *Estamos más preocupados por no vernos mal (un temor al hombre) que por actuar pecaminosamente (temor del Señor).*

Jesús vivió en un contraste total a esta preocupación de los fariseos. No mostró favoritismo; en lugar de esto, alcanzó tanto a los hombres como a las mujeres, a los ricos y a los pobres, y a todas las razas y edades. Su enseñanza no fue dada basándose en las encuestas sobre qué se consideraba popular en la época; por el contrario, él habló la verdad que a menudo no era popular, pero que podía penetrar el corazón. Dijo: “Yo no recibo la gloria de los hombres”. Aun sus opositores podía ver esto.

“Maestro sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres” (Mateo 22:16).

Por supuesto, estos comentarios fueron una forma de adulación para tender una trampa a Jesús, pero eran ciertos de todas maneras. Eran parte de la enseñanza de autoridad de Jesús, y eran una de las características que distinguía su ministerio del de todos los otros líderes judíos.

Esto también caracterizó el ministerio del apóstol Pablo. Él exhortó a las iglesias a ser imitadores de él como él lo era un imitador de Cristo (1 Cor. 4:16; 1 Tes. 1:6). Por medio de esto, estaba animando a sus discípulos a imitar su vida y doctrina, una imitación que ciertamente incluía buscar la alabanza de Dios y no la de los hombres (1 Tes. 2:4). Pablo no buscaba “complacer a la gente”. Él buscaba amar a la gente, y debido a eso, no cambió su mensaje de acuerdo con lo que los demás pudieran pensar. Sólo aquellos que aman a la gente son capaces de confrontar. Sólo

los que aman a la gente no son controlados por otras personas. Pablo inclusive le indicó a los Gálatas que si todavía estuviera tratando de agradar a la gente, no sería un siervo de Dios (Gálatas 1:10). Con tal seriedad Pablo tomó el temor al hombre.

Esto no quiere decir que fue algo natural para él. Pablo tenía las mismas tendencias carnales que nosotros tenemos y lo sabía. Como resultado, le suplicó a la Iglesia que orara por él.

“Y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con desnudo el misterio del evangelio . . .que con desnudo hable de él, como debo hablar.” (Efesios 6:19-20)

La Batalla de Pedro con el temor al Hombre

Consideremos ahora un ejemplo más trágico del temor a la gente.

Pedro ha llegado a ser conocido por su estilo impetuoso. De todos los discípulos, él parecía el más osado. Él sería la última persona de quien esperaríamos alguna lucha con el temor al hombre. Pero este mal está en el corazón tanto del osado como del cobarde.

¿Cómo pudo negar al Señor? Había visto los milagros. Le había sido dado el Espíritu que le reveló que Jesús era el Cristo. Él era la roca. Presenció la transfiguración. Amaba a Jesús. La negación era inconcebible. Pero él era como nosotros – un pecador, un inepto espiritual aparte de la obra constante del Espíritu Santo. Él también podía exaltar a la gente a tal grado que parecieran más que el mismo Jesús.

En una noche fría, Pedro estaba afuera de la casa del Sumo Sacerdote mientras Jesús era interrogado adentro. Estaba sentado cerca de una hoguera con un grupo de oficiales y sirvientes. “No se de qué me hablas”, dijo cuando alguien le dijo que lo había visto con Jesús.

En vista de tal negación, podríamos asumir que su oponente era un centurión, un fariseo o alguien que pudo haberlo ejecutado en el acto. Su vida debió haber estado en gran peligro. Pero no, era una muchacha. Ni siquiera una mujer de gran influencia, sino una sierva. Sí, ella era la sierva del Sumo Sacerdote, el Sumo Sacerdote estaba ocupado inquiriendo a Jesús. Ciertamente no tenía tiempo para Pedro. Otro discípulo, probablemente Juan, estuvo inclusive dentro de la casa durante el juicio de Jesús. Si hubieran querido aprehender a un discípulo, el de dentro de la casa hubiera sido la elección obvia.

Podríamos pensar que la vida de Pedro estaba en peligro, pero no fue así. Necesitó muy poca provocación para negar a Cristo.

Fue cuestionado una segunda vez, quizá por la misma muchacha, y tuvo una respuesta similar. Pero ésta, no fue una respuesta tímida del tipo “no-los-mires-a-los-ojos”. Fue una negación directa, puntualizada con un juramento. Seguramente Pedro sabía la seriedad de los juramentos. Conocía la enseñanza de Jesús del Sermón del monte, “Que tu sí sea sí y tu no, sea no.” Pero el pecado hizo que esa verdad fuera irrelevante en ese momento. El temor al hombre siempre es parte de un trío que incluye incredulidad y desobediencia.

La tercera negación fue peor. Comenzó a maldecir y a jurar diciendo “No conozco a ese hombre”. En otras palabras, “que el Dios altísimo me maldiga a mí y mi familia si no estoy diciendo la verdad”. El temor al hombre es un lazo traicionero.

Ese momento no pudo haber sido peor. Pues en ese momento, Jesús pudo mirar a Pedro, lo más probable en lo que lo llevaban de la casa del Sumo Sacerdote al Sanedrín. Jesús miró directamente a Pedro.

Para Pedro, esto fue como si el fuera el primer Adán. Sintió la mirada del Santo y no pudo haberse sentido más desnudo. No había donde esconderse. En cuanto a Jesús, sólo podemos imaginarnos qué es lo que estaba pensando.

Lo que sabemos es que cuando Jesús apareció a sus discípulos, se deleitó en demostrar su perdón maravilloso hacia Pedro. “Díganle a sus discípulos y a Pedro”, anunció el ángel después de la resurrección. Luego, quizá en otra noche fresca alrededor del fuego, Jesús sustituyó las tres negaciones de Pedro con tres invitaciones a apacentar Su rebaño, y terminó diciendo, “sígueme” (Juan 21:15-19).

Habiendo experimentado la maldición del temor al hombre, habiendo sentido la mirada del Dios Santo, y habiendo conocido tal amor rico y perdonador, Pedro, sin duda alguna, había aprendido la lección. O al menos así lo pensó. A pesar de su fe firme y los dones dados por el Espíritu, este hombre notable fue humillado otro a vez debido a su temor a las otras personas.

Esta vez, la ocasión en que demostró su deseo de “agradar a la gente” fue durante una comida con un grupo de Cristianos.

Pedro estaba muy consciente de que los gentiles estaban incluidos en el evangelio. Después de su visión en Hechos 10, pasó tiempo con gentiles como Cornelio. Sin embargo, cuando vinieron a él los judíos cristianos que consideraban que la circuncisión era parte del evangelio, él se separó de sus hermanos y hermanas gentiles. Los trató de acuerdo con la costumbre judía y no como el Señor había ordenado.

¿Por qué hizo esto? Le temía al grupo de la circuncisión. ¿Cuáles fueron las consecuencias? Otros judíos, incluyendo a Bernabé, fueron llevados al mismo error. Tal “hipocresía” fue tan seria que Pablo se opuso a Pedro cara a cara (Gal. 2:13).

¿Aprendió Pedro la lección finalmente? Esta es quizá la última anécdota personal que escuchamos acerca de Pedro, porque Lucas, quien escribió el libro de Hechos, siguió más el ministerio de Pablo que el de Pedro. Sin embargo, las dos epístolas de Pedro con mucha probabilidad fueron escritas después de este evento, y 1 Pedro, en particular, sugiere una conexión entre estos eventos en la vida de Pedro y la manera como él enseñó a la iglesia primitiva.

“Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Más también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis. Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones.” (1 Ped. 3:13-15a).

Pedro decía: “No teman a la gente; teman al Señor”. Él sabía que el temor al hombre podía ser una trampa.

La Gente – Nuestro Ídolo favorito

¿Qué es lo que tienen en común el temor a la vergüenza y el temor al rechazo? Usando una imagen bíblica, ambos indican que la gente es nuestro ídolo favorito. La exaltamos por encima de Dios. La adoramos como quienes tienen una mirada penetrante como la de Dios (temor a la vergüenza) o como quienes tienen la habilidad semejante a Dios de “llenarnos” de autoestima, amor, admiración, aceptación, y otros deseos psicológicos (temor al rechazo).

Cuando pensamos en ídolos, usualmente pensamos en baal y otras creaciones materiales hechas por hombres. En segundo lugar, pensamos en el dinero. Raras veces pensamos en nuestro cónyuge, nuestros hijos, o un amigo de la escuela. Pero las personas son nuestros ídolos favoritos. Ellos existen desde antes de baal, el dinero y el poder. Como todo ídolo, las personas son criaturas, no son el Creador (Rom. 1:25), y no merecen nuestra adoración. La gente es adorada porque *percibimos que tienen el poder para darnos algo*. Pensamos que pueden bendecirnos.

Cuando reflexionas sobre esto te das cuenta de que la idolatría es la estrategia más antigua del corazón humano. Los objetos de adoración pueden cambiar con el tiempo, pero el corazón permanece siendo el mismo. Lo que ahora hacemos no es diferente a lo que los israelitas hicieron con el becerro de oro. Cuando los israelitas salieron de Egipto, se sentían muy vulnerables y necesitados (y tenían un corazón duro y rebelde). Aunque habían sido testigos del poder de Dios, tuvieron temor. Se sintieron fuera de control. La solución fue escoger un ídolo en vez del Dios verdadero. Al hacer esto, se estaban oponiendo y evadiendo a Dios.

Se opusieron a Dios al confiar en ellos mismos y sus propios dioses en vez de confiar en el Dios verdadero. Después de todo, no podían tener la certeza absoluta de ese Dios iba a bendecir a las mujeres con fertilidad. Y qué de esos otros dioses que parecían tener poder para dar cosechas abundantes? Sólo en caso de que Dios no fuera suficiente, ellos comenzaron a seguir a otros dioses. Pensaron que los ídolos les darían lo que deseaban o sentían que necesitaban. Deseaban un dios que pudieran controlar y manipular. No deseaban a nadie encima de ellos mismos, incluyendo a Dios. Pensaron que Dios no iba a ser capaz de “ir al paso” de sus deseos, y buscaron bendición y satisfacción en algo que pudieran controlar. Deseaban hacer su voluntad en vez de la de Dios. Esta es la altura de la rebelión.

Al seguir a otros dioses, los israelitas también querían *evadir* a Dios. Esto les convenía más que la confianza en Él. El pueblo de Israel nunca antes había visto un despliegue de santidad como el que vieron en el Sinaí. Tal santidad los dejó sintiéndose vulnerables y al

descubierto. Se dieron cuenta de su propia vergüenza. Para lidiar con este terror santo, sus corazones rebeldes fueron en busca de un dios que fuera inofensivo. Y el becerro de oro ciertamente fue eso.

De la misma manera ocurre hoy en día. En nuestra incredulidad, nos oponemos y evadimos a Dios. ¿Cuál es el resultado de esta idolatría de la gente? Como en toda idolatría, el ídolo que escogemos adorar pronto se adueña de nosotros. El objeto que tememos nos conquista. Aunque sea insignificante en la realidad, el ídolo llega a ser enorme y nos gobierna. Nos dice cómo pensar, qué sentir, y cómo actuar. Nos dice qué ponernos, nos dice que nos riamos por una broma sucia, y nos dice que estemos aterrados si tenemos que ponernos de pie y hablar enfrente de un grupo. Nos sale el tiro por la culata. Nunca tuvimos la expectativa de que el uso de personas para satisfacer nuestros deseos nos dejara esclavizados a ellos.

Sara era la estrella de tres deportes en uno de los mejores colegios del país. No sólo eso, sino que también era la capitana de los tres equipos, y habían ganado el premio a la mejor atleta femenil. Con tal habilidad y reconocimiento pensarías que se sentía muy bien con ella misma, pero ya estaba preocupada por el año siguiente. Las expectativas de los demás serían mayores. ¿Cómo podría superar lo que ya había logrado? Una de sus buenas amigas relató: “Dijo que quería ser la mejor novia, la mejor atleta, la mejor estudiante.”

Deseaba renunciar a alguno de sus deportes para aliviar algo del estrés abrumador en su vida, pero tenía miedo de desalentar a sus compañeras. No consideraba ni siquiera por un momento decir “no” a alguna amiga. Una persona observó: “Ella quería agradar a todos y no podía detenerse”. Sólo pudo pensar en una salida. Sarah tomó un rifle calibre .22 y se disparó en el pecho.

La gente se había convertido en el ídolo de Sarah. Necesitaba su aprobación. Necesitaba su amistad, y se sentía totalmente sofocada por la posibilidad de que alguien tuviera opiniones desfavorables sobre ella. La trágica realidad es que Sarah se convirtió en la esclava de su ídolo, y la tragedia acompaña a tal esclavitud. Sarah no veía otro camino hacia la libertad.

Para Pensar

El propósito de estos primeros dos capítulos es revelar que el temor al hombre está en todos nosotros. La realidad detrás de este temor es mucho más profunda que nuestra idea actual de tener miedo. En el sentido bíblico, aquello a lo que tememos revela en dónde está nuestra lealtad. Nos muestra dónde ponemos nuestra confianza. Muestra quién es grande en nuestras vidas.

1. En tus propias palabras, ¿Qué es el temor al hombre?
2. Si el temor a los demás es tan prevaleciente en nuestras vidas como lo sugiere la Biblia, haz una lista de las maneras en las que se expresa en tu vida. Puedes empezar con alguna ilustración clásica de cuando eras más joven, pero asegúrate de también llegar a relatar aquello que ocurrió la semana pasada.
3. Aquí hay otras preguntas que pueden desenmascarar el temor al hombre.
 - ¿Qué pensamientos y acciones prefieres mantener ocultos? Deseos pecaminosos, animosidades, ciertos hábitos . . . tales actividades muy probablemente apuntan hacia el temor a los demás.
 - ¿Has notado alguna ocasión en la que te cubriste la espalda con mentiras, justificaciones, culpando a otros, evadiendo, o cambiando el tema? Si es así, lo que deseas es verte mejor delante de la gente.
 - ¿Muestras favoritismo? ¿Respetas más al rico que al pobre? ¿Al inteligente más que al menos inteligente? Esta es quizá la expresión más inadvertida del temor a la gente. Muestra que respetas a una persona más que a la otra.
4. ¿Cuáles son algunas imágenes que te describen?
5. El libro *Codependent No More* ofrece soluciones atroces para el temor al hombre, pero lo describe muy bien. Aquí hay algunas de sus descripciones. Trata de reinterpretar estas descripciones y ve los ídolos que están detrás ellas. Los codependientes pueden:
 - Pensar y sentirse responsables de otras personas.
 - Sentirse compelidos a ayudar a los demás a resolver sus problemas

- Cansarse de sentir como que ellos siempre dan a los demás, pero nadie le da a ellos.
- Culpar, culpar, culpar.
- No sentirse apreciados.
- Temer el rechazo.
- Sentirse avergonzados de lo que son.
- Preocuparse por si le caen bien a los demás o no.
- Enfocar toda su energía en otras personas y sus problemas.
- Amenazar, sobornar, suplicar.
- Tratar de decir lo que ellos piensan que será agradable o les traerá lo que necesitan.
- Manipular
- Permitir que los demás los lastimen y nunca decir nada.
- Sentirse enojados.
- Sentirse como mártires.
- Ser extremadamente responsables o irresponsables.

4

“LA GENTE ME LASTIMARÁ FÍSICAMENTE”

Janet fue víctima de violencia física y sexual. De los siete a los doce años fue violada por su padre. Se detuvo sólo porque ya era viejo y lento, y Janet podía escapar. Pero la violencia no se detuvo. Durante sus años de adolescencia su hermano mayor la golpeaba hasta que doblaba el cuerpo por el dolor. Sin embargo, ni los ojos morados o las costillas rotas la podían llevar al hospital porque su hermano la amenazaba con matarla si se lo contaba a alguien.

Ella tiene treinta y cinco años. Ha estado casada por ocho años con un hombre muy comprensivo y tiene dos hijos, un varón de seis y una niña de tres. Recientemente, confrontó tanto a su padre como a su hermano, y ambos hombres han reconocido sus ofensas. No obstante, ni su esposo comprensivo ni la confesión de sus perpetradores han librado a Janet de un mundo de problemas diferentes.

Por ejemplo, cuando Janet habla acerca de los que abusaron de ella, sus actitudes fluctúan alocadamente. Hay ocasiones en las que desea una relación más profunda con ellos, pero su pasión no es tanto por una amistad entre adultos sino ser una niña dependiente de ellos. Ella desea el amor y el afecto de su padre y su hermano que nunca tuvo cuando era pequeña. En otras ocasiones está muy enojada en contra de ellos por lo que le hicieron y desea que estuvieran muertos. Aun en otras ocasiones, se aterra cuando piensa en lo que pasó y trata de distanciarse de todos porque siente como si cada persona que conoce es una amenaza para su vida.

Ciertamente, todas estas reacciones son entendibles en una mujer que ha sido trágicamente victimizada, pero también revelan que los abusadores de Janet continúan teniendo una influencia controladora en su vida. Janet vive como si Dios fuera muy pequeño en comparación con estos hombres malvados.

Ya hemos visto que el temor a otras personas viene de adentro de nosotros. No importa dónde o con quién vivamos, el temor al hombre es una característica regular de nuestros corazones teñidos por el pecado. Pero ciertamente las influencias *pueden* dejarnos más propensos a estas tendencias pecaminosas. Ciertamente lo hicieron en el caso de Janet.

La vulnerabilidad que tiene Janet al temor a otras personas puede ser comparada con la vulnerabilidad hacia la lascivia, que es común en una persona que ha sido introducida a la pornografía a temprana edad. Encontramos lascivia en todos nosotros, pero tal persona debe estar particularmente en guardia en contra del deseo sexual. Para algunas personas la lascivia puede ser una tentación fluctuante; algunas veces la batalla es feroz, otras veces alguna otra

batalla parece ser más urgente. Pero para alguien que ha sido introducido a la pornografía, la batalla puede ser constante. Tal persona puede tener que reclutar apoyo en oración constante y estar preparado para la batalla diaria. En una manera similar, aquellos que ha sido amenazados, atacados o avergonzados por otros tienden a ser más vulnerables al temor al hombre, y tienen que estar velando de una manera especial.

Paso 2: *Identificar en dónde tu temor al hombre ha sido intensificado por las personas en tu pasado*

El Poder de las Palabras

La violencia física y sexual son ejemplos claros de cómo las personas destructivas en nuestro pasado pueden hacernos más propensos a temer a otras personas. Pero la Escritura no sólo habla de acciones destructivas. También dice que las palabras son poderosas. Me pregunto ¿cómo afectan a los niños las palabras crueles? Yo sé que los niños son inmensamente resistentes, y no estoy sugiriendo que una palabra dejará una cicatriz en el niño de por vida, pero la Biblia indica que las palabras crueles cortan como una espada (Prov. 12:18). La Biblia nunca minimiza el efecto de las palabras pecaminosas. Las expone como llamas de fuego que dejan heridas que pueden llegar hasta las partes más profundas de nuestro ser. Dichas palabras están en un contraste absoluto con las palabras de compasión y sanidad que el Señor ofrece a tales víctimas.

He visto a niños que han sido aplastados por las palabras de otro. He observado como algunos de ellos gradualmente se vuelven más ariscos y separados. Se ven como si tuvieran una cicatriz, siempre a la defensiva y vigilantes, como si estuvieran en una batalla. ¿Es el pecado de las otras personas lo que los está dejando propensos a una versión aumentada del temor al hombre? En algunos casos, sí.

Usualmente se requiere más de un incidente para iniciar las flamas del temor al hombre. Es posible que lo inicie una crítica horriblemente hiriente, o quizá algún chisme acerca de ti que oíste indirectamente; pero si tu historia te hace más vulnerable al temor a los demás, probablemente fuiste afectado por un arroyo constante de palabras de desánimo. En otras palabras, día tras día escuchabas alguna crítica, algo humillante o grosero.

Tal vez las palabras ofensivas no fueron tan frecuentes. Conozco a un padre que, por lo menos una vez al mes, pierde las casillas. Cuando ocurre todo mundo se entera, y todo mundo que esté cerca es atacado verbalmente. Después de como una media hora de estar fuera de control, regresa y se disculpa con aquellos a quien hirió. Actúa como un borracho, pero sin alcohol.

¿Qué piensas de este hombre? Sería bueno ver desaparecer sus explosiones, pero al menos se disculpa. Las cosas podrían ser peores. No obstante, he notado cambios en su único hijo. Él es cada vez más tímido. Tiene miedo de intentar algo en lo que haya la posibilidad de fracasar. En otro tiempo era amigable con los adultos, ahora sólo cuando alguien le dirige la palabra. El problema es que el padre, quien está tratando honestamente de controlar su ira, no conversa en realidad con su hijo entre explosión y explosión. El grita, se disculpa, y regresa a su trabajo – eso es todo. Entonces, aun cuando las palabras lastimeras vienen sólo una vez al mes, éstas son las únicas que el niño escucha.

Antes de ofrecer algunas respuestas específicas para aquellos que han sido oprimidos por otras personas, consideremos algunos ejemplos de la Escritura de cómo respondió la gente a las amenazas y los ataques.

Un Héroe Cobarde

Abraham estaba rumbo a Egipto debido a una hambruna un poco después de que Dios le prometiera hacer de él una gran nación.

“Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: He aquí, ahora conozco que eres mujer de hermoso aspecto; y cuando te vean los egipcios, dirán: Su mujer es; y me matarán a mí, y a ti te reservarán la vida. Ahora, pues, di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y viva mi alma por causa de ti.” (Gen. 12:11-13).

Este es ciertamente el temor al hombre. No obstante, es un poquito diferente al temor a ser expuesto. El temor de Abraham era temor a ser amenazado físicamente. No temía que alguien lo avergonzara, sino temía que alguien lo matara. Se sentía vulnerable y sin protección.

Sin embargo, en vez de confiar en Dios, confió en su propia estrategia de autodefensa. Para Abraham, los egipcios eran grandes y Dios era pequeño.

Frecuentemente los Salmos mencionan el temor a los enemigos. Por ejemplo, cuando David fue sitiado por los filisteos en Gad, habló de la persecución candente de sus atacantes y de sus temores. Cuando se dormía no tenía la certeza de levantarse otra vez. Sin embargo, su reacción fue decididamente diferente a la de Abraham. David tenía miedo, pero no le temía más a la gente que a Dios. El dijo: "En el día que temo, yo en ti confío. En Dios alabaré su palabra; En Dios he confiado; no temeré; ¿Qué puede hacerme el hombre?" (Sal. 56:3-4). Dios era la roca y fortaleza de David. No obstante, Abraham, aunque recién se había enterado de las promesas de Dios para él, veía a los egipcios más grandes que a Dios, y mintió para lidiar con sus temores. Aunque no es un ejemplo del manejo del temor a otros, Abraham al menos nos muestra que este asunto es común aun entre los hombres de fe.

Pero ¿por qué no aprendió Abraham de esta experiencia? Unos cuantos capítulos después, en Génesis 20, usó exactamente el mismo plan. Sólo una de las víctimas fue diferente. No sólo puso a su esposa en una situación en la que podía ser manchada, sino también pecó en contra de Abimelec, rey de Gerar. Abimelec no era un hombre tan poderoso como faraón, pero era un hombre de reputación y era el que gobernaba la región. Aparentemente ese hecho fue suficiente para Abraham, y le pidió a su esposa que retomará el plan de engaño. Sólo la intervención divina evitó que Abimelec adulterara y que Abraham fuera plenamente avergonzado.

Con este pasado, esta mezcla de fe y temor, Abraham no parecía ser un buen candidato para pasar la prueba quizá más difícil de soportar. ¿Podría poner su temor al Señor en primer lugar de tal forma que obedeciera aunque esto significara tener que sacrificar a su único hijo? Una cosa es tener tu vida bajo amenazas, pero es otra cosa más seria tener amenazada la vida de tu hijo. Y esta fue la prueba que Abraham enfrentó. Pero nunca titubeó. Cuando se le dijo que sacrificara a su hijo, Abraham se levantó temprano para obedecer al Señor. ¿Qué padre hubiera hecho eso? La mayoría de nosotros, al menos tomaríamos unas horas para ir a caminar juntos o bolearse por última vez la pelota. Pero Abraham se recobró de su temor al hombre de una manera espectacular cuando fue probado por Dios. Cuando Abraham demostró su voluntad de confiar en Dios aunque significara la muerte de su hijo, el ángel del Señor le dijo, "Ahora se que temes a Dios" (Gén. 22:12).

El Temor Vence y una Generación es Derrotada

El ejemplo de la fe firme de Abraham no erradicó de sus descendientes el temor al hombre. La historia de Israel literalmente dio un giro dramático por el temor de los hebreos de que los cananeos les dañarán físicamente. El pueblo fue de estar a punto de entrar a la tierra prometida a merodear por el desierto por muchos años. En Números 13, un grupo de espías israelitas fueron comisionados a explorar la tierra. En su reporte indicaron que, ciertamente, ésta era la tierra prometida, y que sí fluía leche y miel (Num. 13:27). Pero tuvieron más asombro por los habitantes de la tierra que por Dios, aun cuando habían visto que su Dios era el más grande de todos los dioses en la confrontación con Faraón.

"Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas. . . no podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros . . . éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos." (Num. 13:28,31,33).

La petición de Moisés de que no tuvieran temor fue hecha a un lado (Num. 14:9). Y el juicio vino con toda certeza contra tal incredulidad. Dios dijo:

"¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos? Yo los heriré de mortandad y los destruiré, y a ti te pondré sobre gente más grande y más fuerte que ellos." (Num. 14:11-12).

Nuestro Dios celoso demanda ser el único en ser adorado y exaltado. Era idolatría temer más al faraón que al Dios verdadero. Pero debido a la intervención de gracia por parte de Moisés a favor del pueblo, Dios misericordiosamente redujo el castigo. En vez de aniquilar a Israel, Dios prohibió que una generación entrara a la tierra prometida. Morirían en el desierto como nómadas, pero sus hijos verían el cumplimiento de la promesa de Dios. Esto, ciertamente, fue gracia sublime.

Cuando el juicio de Dios se realizó y aquella generación murió, Moisés hizo una apelación final al pueblo. Fue en un tiempo crítico, fue justo antes de su propia muerte. Estaba transfiriendo el poder a Josué, así que la ocasión era especialmente solemne. El pueblo sin duda estuvo atento a las palabras de Moisés. Su exhortación cálida y pastoral es el libro de Deuteronomio. En él, Moisés hace un llamado al pueblo para ser absolutamente leales a Dios, y les advierte en contra de la desobediencia al pacto. En especial, le recordó al pueblo que evitaran el error del pasado de temer más a la gente que a Dios. ¿Acaso nos le dice, “No temas ni desmayes (Deut. 1:21), y “No temáis, ni tengáis miedo de ellos (Deut 1:29)? Pero durante el tiempo en el desierto la gente no escuchó, y el resultado había sido una derrota catastrófica. *Aquello a lo que habían temido, realmente los había vencido.*

Por lo tanto, Moisés continúa las advertencias,

“No tengas temor de él,” (Og, rey de Basán). (3:2)

“No los temáis” (todos los reinos de la tierra). (3:22)

“El día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb, cuando Jehová me dijo: Reúneme el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos” (4:10)

“¿Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (5:29; también 6:2, 13).

“Si dijeres en tu corazón: Estas naciones son mucho más numerosas que yo; ¿cómo las podré exterminar? No tengas temor de ellas.” (7:17-18).

Siguen docenas de las mismas advertencias y exhortaciones, todas repitiendo el mismo tema: ustedes están propensos a temer a la gente que parece ser una amenaza para ustedes; en vez deben temer a Dios y a Dios nada más. Al final del libro del pacto, Moisés no se había cansado de repetir la advertencia. En Deuteronomio 31:6, Moisés le ordenó a la gente, “Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará.” El repitió esta declaración otra vez, “No temas ni te intimides.” (31:8). El sermón terminó con ese ánimo final.

Dos Líderes Llenos de Fe

El libro de Josué comienza de la misma manera. Lee Josué 1:1-9 y nota las exhortaciones. Dios dice tres veces durante su consejo inicial a Josué, “Esfuérzate y sé valiente”. Dios le dice: “Mira que te mando que seas fuerte y valiente. No temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas”. (v.9)

Josué, como el buen estudiante que siempre fue, repitió más adelante estos mandamientos divinos cuando se enfrentó a cinco reyes cautivos. Le dijo a Israel, “No temáis, ni os atemoriceis; sed fuertes y valientes.” (10:25). Su confianza iba a la par con su obediencia – como debe ser siempre – y personalmente mató a los cinco reyes con su espada. Josué, a través de tal liderazgo, dejó el más grande de los legados: “Y sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué” (24:31).

David es otro ejemplo de un varón que temió a Dios y no a los hombres. Los Salmos de David a menudo giran alrededor de una pregunta: ¿A quién temo? ¿A Dios o a los hombres? Debido a que había llegado a conocer al Dios vivo, su respuesta raras veces estaba en duda. “Jehová reina para siempre (Sal. 146:10). Los hombres mortales mueren y sus planes mueren con ellos (Sal. 146:4). Dios era su escudo (Sal. 3:3; 5:12; 7:10), su refugio (Sal. 5:11; 9:9), Su fortaleza (Sal. 118:14), y su roca, castillo y salvación (Sal. 18:2). Cuando tenía miedo, recordaba que las personas podía tener un poder grande cuando las comparaba consigo mismo, pero no tenían poder en comparación con su Dios.

Trabajé en un hospital para veteranos por dos años. Durante ese tiempo, escuché las historias de muchos veteranos de guerra y vi las consecuencias de la guerra. Los hombres solían despertar de pesadillas ocasionadas por eventos que habían ocurrido cuarenta años atrás. Algunos usaban drogas para callar sus temores y entumecer las imágenes mentales. Otros se aislaban de los demás como estrategia de protección. Algunos de ellos parecían estar constantemente vigilantes, como si nunca hubieran dejado la batalla. Algunos usaban la ira como

manera para mantener a los demás alejados. Si hubieras escuchado sus historias de combate, probablemente hubieras pensado que era natural su temor a la amenaza.

Yo diría que era *casí* natural. El rey David frecuentemente fue amenazado por sus enemigos, y cuando era amenazado también tuvo miedo. Pero esto no era exactamente el temor al hombre, y tampoco provocó el temor al hombre. El temor al hombre es una *exageración* pecaminosa de una experiencia normal.

Permítanme explicar esto. *Deberíamos* tener temor cuando nos amenazan físicamente. Ciertamente no es pecaminoso el hecho de que tu adrenalina esté fluyendo cuando te están disparando. Pero el temor al hombre es un temor enloquecedor. Puede comenzar con el temor muy natural asociado con el ser vulnerable y amenazado. Sin embargo, a veces esta alarma no es regulada por la fe. Se convierte en un temor que se concentra en sí mismo, y por un momento se olvida de Dios. Se convierte en un temor que, cuando se activa, gobierna tu vida. En tal estado, confiamos que nuestra salvación está en otras personas.

Tener miedo no está mal en sí mismo. Como criaturas que vivimos en un mundo pecador *debemos* tener miedo a veces. El problema es cuando el temor olvida a Dios. Esta fue la experiencia de Janet y fue la experiencia de muchos de los veteranos que conocí.

Por lo tanto, los Salmos de David no son ilustraciones del temor al hombre. Su temor estaba dentro de los parámetros de Dios. En su temor constantemente se volvió a su Rey. Él es una ilustración de que las malas experiencias no *tienen* que provocar el temor pecaminoso al hombre. Pero notemos lo que hacía David. Constantemente se recordaba a sí mismo que el estaba en una encrucijada entre la fe en Dios y el temor a la gente. Siempre estaba alerta a su vulnerabilidad a temer al hombre. Similarmente, si has estado en situaciones que han sido amenazadoras físicamente, seguramente estarás alerta. Es una resbaladilla entre el temor normal y un temor idólatra al hombre. Para permanecer en línea, medita en los Salmos con fe, y sigue el ejemplo de David.

“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se juntaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, Para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron. Aunque un ejército acampe contra mí, No temerá mi corazón; Aunque contra mí se levante guerra, Yo estaré confiado. Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; Que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, Para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo.” (Salmo 27:1-4)

Si puedes leer este Salmo y decir que expresa el deseo de tu corazón, entonces tu temor no es un temor pecaminoso al hombre.

Janet: Un estudio de Caso

La amenaza física mejor conocida en la cultura contemporánea es la violencia física o sexual en contra de las mujeres. Ciertamente, las mujeres y los hombre pueden ser mal tratados física o sexualmente, pero la mujer tiende a ser más vulnerable y el blanco más frecuente.

Sin duda, la violación sexual deja a las mujeres más vulnerables a temer a la gente. Su experiencia literalmente le grita que la gente es más poderosa que Dios. Después de todo, si Dios es amoroso, ¿Por qué no detuvo al opresor?

Considera la lógica del libro “Cuando cosas malas ocurren a gente buena.” El libro insiste que la tragedia nos fuerza a tomar una decisión: ¿Creemos que Dios es poderoso o es amoroso? El autor no cree que ambas cosas sean posibles:

“El autor del libro de Job está preparado para renunciar a su creencia... de que Dios es todo poderoso. Las cosas malas sí ocurren a la gente buena, pero no es la voluntad de Dios. A Dios le gustaría que la gente recibiera lo que merece en la vida, pero no siempre puede hacer los arreglos para que ocurra así. Cuando el autor del libro de Job se ve forzado a escoger entre un Dios bueno que es totalmente poderoso y un Dios poderoso que no es totalmente bueno, escoge creer en la bondad de Dios.”²

El rabino Kushner dice Dios es una de dos cosas, o amoroso o poderoso. De cualquier manera, la verdadera gloria de Dios es manchada con tales pensamientos. Dios llega a ser más pequeño en nuestras mentes. Dejamos de temerle apropiadamente. Sólo tememos a la gente que parece ser más poderosa que nosotros.

² Harold S. Kushner, *When bad Things Happen to Good People* (New York: Schochen, 1981), 43.

Si alguien tenía razón para temer a la gente que parecía más poderosa, ésta era Janet. La repetida violencia sexual cometida por su padre y la violencia de su hermano fueron eventos moldeadores en su vida. Pero ella estaba trabajando duro para dejar atrás los dolores del pasado. En los últimos meses Janet ha leído cierto número de libros populares cristianos y seculares sobre autoestima y amor a uno mismo. Todos parecen describirla perfectamente. De hecho, se ha sentido más entendida por estos libros que por su propio marido. También confiesa que estos libros la han ayudado a entenderse a sí misma mejor que lo que la Biblia la ha ayudado en este respecto. Ahora, siempre que tiene un problema en la vida, lo atribuye a “sentirse mal consigo misma”: “Lo que realmente necesito es quererme a mí misma. Me he odiado por tantos años que se siente como una enfermedad”.

Es entendible tal enfoque en ella misma. Janet se siente llena de vergüenza, y tal repugnancia hacia ella misma puede ser una expresión de la vergüenza. Pero a menos que su introspección sea guiada por la Biblia, las cosas sólo empeorarán. Su rumbo presente la está alejando de la gente y está haciendo imposible que ella crezca en el temor del Señor.

Por ejemplo, Janet se ha mostrado renuente en ir a la Iglesia en los últimos dos meses. Su hijo de seis años puede portarse muy inquieto y demandante, y a veces ocasiona problemas en la Escuela Dominical. Su maestra ha sido creativa para encontrar la manera de trabajar con él, y ha mejorado ahora que le han asignado un adulto para que esté con él de tiempo completo, pero la maestra pensó que sería de ayuda si Janet se enterara de lo que estaba pasando. Después de que la maestra le mencionó algunas de las conductas del niño, Janet respondió amablemente pero, por dentro, estaba mortificada y enojada. Se sintió apenada porque su hijo fue señalado, y tomó los comentarios de la maestra como un ataque personal a su labor como madre. Ella concluyó: “Ahora todos piensan que soy una mala madre”.

Su temor al hombre está creciendo debido a toda su búsqueda de una mejor autoestima. Evade a la maestra de su hijo, y ha comenzado a pensar (infundadamente) que todas las mujeres de la Iglesia la están criticando a sus espaldas. Las demás personas (o al menos lo que ella percibe de ellas) la están controlando más y más.

En este momento, la razón principal por la que viene a la iglesia es para ver al pastor asistente. Recientemente confesó que está encaprichada con él. Él fue amable pastoralmente cuando ella tuvo problemas de salud hace poco, y ahora Janet no puede dejar de pensar en él. No deja de pensar en tener una “aventura” con él. Tiene fantasías de que se casa con él. Algunas veces “santifica” su fantasía pensando que se casa con el pastor después de que su esposo muere en un accidente automovilístico.

Confesó estos pensamientos a su esposo, y él respondió bien. Se sintió herido, no obstante, trató de ser de ayuda en la medida de lo posible. Trató de amarla más. Sin embargo, luchó cuando fue claro que no había nada que pudiera aplacar sus fantasías. Gradualmente comenzó a ver que aun cuando mostraba amor y gracia hacia su esposa, él no podía cambiar su corazón. Janet había establecido un ídolo en su vida y ahora era controlada por él.

El Rastro del Temor al Hombre

¿Qué está pasando en las relaciones de Janet con sus abusadores, la maestra de Escuela Dominical, y el Pastor Asistente? ¿Por qué es controlada por ellos de varias maneras? ¿Es el resultado del temor causado por la vergüenza, el rechazo o la amenaza?

Examinemos su situación más de cerca. La vergüenza corre profundamente en Janet. Se siente expuesta y mancillada. Piensa que una relación con su padre y su hermano podría ayudar, así que la anhela. Lee la literatura sobre autoestima que describe el sentimiento de futilidad, la cara secular de la vergüenza, y siente como si la describieran. Tiene un reporte negativo sobre su hijo y se siente aun más expuesta e indigna. Todos los días siente como si sus paredes de autoprotección estuvieran siendo derrumbadas. Se siente más y más vulnerable a ser herida por los demás. La vergüenza es tan intensa que piensa en herirse físicamente a sí misma como una manera de distracción momentánea y encontrar alivio.

¿Recuerdas que el temor por la vergüenza puede ser el resultado de nuestro pecado, del pecado de aquellos que nos victimizaron, o de ambos? La vergüenza de Janet es el resultado de ambos, y su respuesta a la vergüenza revela un entretrejimiento confuso de las dos fuentes en su

vida. Janet necesita la claridad sanadora de una perspectiva bíblica, pero hasta el momento no le ha interesado.

Un asunto bastante clara en la vida de Janet es su vergüenza por el pecado que es el resultado de su fantasía sexual con el pastor asistente y la manera en la que ha lastimado a su esposo. Ella ha confesado este y otros pecados cientos de veces, pero se sigue sintiendo sucia.

Hay razones por las que persiste su sensación de impureza. Primero, hay una parte de Janet que desea mantener esa relación fantasiosa. Para ella los beneficios sobrepasan las desventajas. Desea seguir sus propios deseos pecaminosos; le gusta este pecado en vez de odiarlo. Ha llegado a ser una manera cómoda de lidiar con el pecado de otros, tanto real como percibido. Una segunda razón más sutil por la que Janet no se siente perdonada de sus pecados es que confunde la vergüenza por su propio pecado con la vergüenza por el pecado de sus abusadores. Janet realmente cree que es responsable de los pecados de su padre y hermano, y esto ha moldeado esta parte de su vida también.

¿Cómo ayudarías a Janet? La respuesta bíblica a la vergüenza de Janet por su propio pecado es enseñarle el arrepentimiento y el odio al pecado. Janet no es responsable por los pecados de otras personas, pero sí lo es de sus propios pecados. La manera de eliminar la vergüenza asociada con el pecado es *admitir* el pecado, estar confiado de que Dios perdona el pecado, e involucrarse en la lucha en contra del pecado.

La vergüenza de Janet por el pecado de sus abusadores es más difícil de resolver. Aunque la vergüenza por su propio pecado es el problema espiritual más profundo de los dos, de muchas maneras es el más fácil de cubrir. Tal tipo de vergüenza, como hemos visto, puede ser cubierta a través de la confesión del pecado, el arrepentimiento, y la fe en la obra consumada de Jesús. La vergüenza por la victimización puede ser más terca. La confesión de pecados no puede liberarla porque la víctima no es la parte culpable. Pero ese hecho no detiene a las personas. Ellos dicen, "Si pudiera confesar mi pecado de una mejor manera, entonces podría sentirme limpio".

En su esfuerzo de sentirse limpias o cubiertas, algunas víctimas han recurrido a castigarse como si las obras de penitencia pudieran limpiar y cubrir milagrosamente. Tratan de resolver las cosas con Dios cortando sus cuerpos, estando deprimidos sin esperanza, arruinando su matrimonio para que obtengan lo que piensan que merecen, o practicando algunas formas idiosincráticas de repugnarse uno mismo. Por supuesto, la penitencia nunca cubre o limpia, pero ya sea por ignorancia o por incredulidad, muchas víctimas se sienten sospechosas de otros opciones y regresan a la penitencia una y otra vez.

Hay algo de esto en el caso de Janet. Como resultado de haber sido objeto del pecado su padre y hermano, ella siente como si hubiera estado desnuda toda su vida. Siempre se siente sucia y mancillada. No importa lo que haga, de todas maneras se siente sucia. Su única explicación es que ella debió haber causado que su padre y su hermano pecaran en su contra. Debe haber sido su culpa. Ella debe haberlos seducido de alguna manera. En la fantasía seductora con el pastor, Janet dice, "Esto es lo que soy; soy una persona seductora que arruina vidas". También piensa que es una persona tan vil que no merece bendiciones tales como un buen marido. Ella merece estar divorciada de él; luego podrá casarse con alguien que pueda ser una mejor esposa. No puede tener una "aventura" real, pero quizá sus fantasías le darán a su esposo el motivo que necesita para dejarla.

¿No es una manera loca de pensar? Es pensamiento no bíblico que ha sido intensificado por su pasado. Siendo más específico, es pensamiento pecaminoso porque *su* interpretación del pasado está usurpando el lugar de la interpretación de Dios. Pero también es pensamiento que puede ser cambiado con una estructura bíblica clara.

Una Estructura Bíblica para vencer la Vergüenza y la Amenaza

La estructura bíblica comienza trayendo la claridad piadosa a la experiencia de la vergüenza. La vergüenza es algo que nos hacemos y algo que nos hacen. Ahora es el tiempo para que Janet distinga entre las dos formas. Quizá Janet pueda leer los ejemplos de vergüenza por victimización en la Escritura: historias tales como Dina (Gen. 34:5), ejemplos de las leyes levíticas (ejemplo, Lev. 11:24), y la profanación del templo por la presencia de un hombre inmundo (Sal. 79). El ejemplo más claro es Jesús mismo. El fue sentenciado a muerte en la manera más

vergonzosa posible: desnudo y en una cruz. El sintió vergüenza pero era inocente. Sufrió la vergüenza que los demás pusieron sobre él. Este es Aquel en quien Janet debe fijar sus ojos (Heb. 12:2). Luego, en vez de enfocarse en sus esfuerzos personales de pagarle a Dios por un pecado que no es suyo, puede enfocar su atención en ella misma, en quién es Dios y qué dice Él.

¿Cuál es la respuesta de Dios a la víctimas que han confiado en él? Primero, Él entiende su vergüenza. Este entendimiento no es un frío conocimiento intelectual. Dios realmente se duele por la victimización de sus hijos, y está haciendo algo al respecto. Puede ser que no veamos las obras celestiales, y Janet puede ser que no las vea con respecto a su victimización durante su vida, pero sabemos por fe que Dios no abandona a aquellos que han sido víctimas (Sal. 22).

Dios extiende su compasión y su brazo poderosos liberador para alejar la vergüenza. Jesús experimentó la vergüenza y llevó nuestra vergüenza sobre él, de tal manera que la vergüenza ya no nos define. De hecho, por gracia a través de la fe, ya no es parte de nosotros. Luego, en un acto que parece inconcebible, Dios da un paso más: se casa y exalta a aquellos que antes fueron avergonzados.

“No temas, pues no serás confundida; y no te avergüences, porque no serás afrentada, sino que te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado.” (Isa. 54:4-5)

¿Son estas palabras de esperanza y gozo para Janet? Probablemente no de inmediato. El pensamiento de estar casada con el Altísimo puede ser más aterrador que maravilloso para ella. Es probable que si tiene algún tipo de temor evidente al Señor, es un terror que busca evadir a Dios en vez de una reverencia en vez de ser una reverencia robusta. Será difícil para ella creer lo extensa que es la gracia de Dios. Constantemente se verá a si misma y a su sentido de indignidad e inmundicia, y tratará de esconderse del Santo Dios.

Pero ella debe creer. Debe creer en las palabras de Cristo más de lo que cree cualquier otra cosa. Debe seguir el principio: Por cada mirada a mí misma debo dar diez miradas a Jesús. Debe meditar en esas promesas amorosas emanadas de la boca de Dios. Si piensa que ella está más allá de la gracia, debe ser corregida. Tal pensamiento está basado en la suposición no bíblica de que nuestras obras pueden mantenernos alejados de Dios o acercarnos a él. En una negación de la gracia. Sugiere que hay algunos actos rectos que ella puede hacer para encontrar a Dios a la mitad del camino. Sin embargo, esto nada tiene que ver con el evangelio de Jesucristo. El evangelio sólo está disponible para las personas que saben que son inmundas.

El temor de Janet a ser expuesta (vergüenza) está junto a su temor a ser atacada (amenaza). Al crecer en un hogar en el que habían ataques sexuales impredecibles, Janet aprendió a estar siempre a la defensiva. Siempre sintió como si una catástrofe fuera a ocurrir, sentía como si siempre estaba a la vuelta de la esquina”. Se sentía pequeña, y sentía como si viviera entre personas que eran muy poderosas. Tenía una clara profesión de fe, pero estaba ausente en su vida el proceso cotidiano de confianza en el amor y el poder de la mano de Dios. Cuando la gente es grande, Dios será pequeño.

Uno pudiera pensar que un estudio extenso del poder soberano de Dios podría ayudar a Janet a lidiar con este aspecto particular de su temor al hombre. Sin embargo, las imágenes de un Dios soberano no hablarán profundamente a su temor a ser atacada. Janet necesita saber que este Dios soberano es *bueno*. Existe la posibilidad de que ella crea que Dios reina sobre todas las cosas, pero que su amor hacia ella es pequeño. Ha sucumbido ante la sugerencia de Satanás de que Dios realmente no está con sus hijos. Solamente la meditación persistente en la cruz de Cristo es suficiente para alejar este temor. Luego, ella sabrá que no hay una persona capaz de torcer los buenos propósitos de Dios para su vida.

Con otras personas tan grandes en su vida, Janet muy probablemente se sentiría muy sensible al rechazo, y, ciertamente, eso paso. Si había una taza de amor con rajadura buscando ser llenada con aceptación, era ella. Sentía como si necesitara la afirmación y alabanza constantes por parte de su esposo. Necesitaba que su hermano y su padre le dieran la relación que nunca tuvo con ellos. Necesitaba ser entendida, y resintió el haber obtenido eso de unos libros en vez de las mujeres en la Iglesia. Necesitaba ser percibida como una buena madre. Y necesitaba cercanía de otros hombres. Pero estas cosas nunca la llenaron. Siempre estaba en búsqueda de más.

Por favor, entendamos que cualquier persona que ha pasado a través de la experiencia de Janet experimentará cierto sentimiento de vacío. La pérdida de buenas relaciones con los miembros de la familia es dolorosa, y el deseo de tener buenas relaciones es fuerte. No es este deseo lo que constituye el temor al hombre. Es cuando el deseo es elevado al nivel de demanda de tal manera que hay personas que son ídolos evidentes en nuestras vidas. Cuando los deseos se convierten en demandas estamos más preocupados por *nuestros* deseos que por la gloria de Dios.

En el caso de Janet, el deseo se ha convertido en una demanda que se siente como una necesidad. No cree que Dios sea fiable para confiarle su vida, y por eso se ha vuelto a otras personas para encontrar seguridad. La salida es confesar que ha estado ocupada necesitando a otras personas para lograr sus propósitos faltos de fe. En vez de esto, ella puede empeñarse en amar a los demás en el amor y seguridad que goza en Cristo, con el deseo de glorificarle. Luego, en vez de definirse a sí misma exclusivamente como *necesitada*, puede practicar una de las formas dominantes que Dios nos da: somos siervos del Dios Altísimo que nos ha llamado a amar más que a necesitar.

¿Suenan como que estoy siendo muy duro con Janet? Espero que no. La historia del Antiguo Testamento es una en la que Dios condena la injusticia y la opresión; Él está lleno de compasión por la víctima. La mitad de los Salmos meditan sobre este tema. Así que todo el consejo que se le da a Janet debe estar lleno de compasión por ella y enojo por las injusticias que sufrió. De otra manera, no será un consejo bíblico.

¿Suenan como que estoy disculpando el pecado de Janet? Espero que no. Aunque reconocemos que su historia es trágica, no significa que vamos a ignorar el pecado en la vida de Janet. Hacerlo significaría que su problema de victimización es más profundo que su problema de pecado, y la verdad es que no hay nada más profundo que nuestra propia pecaminosidad. También el ignorar el pecado de Janet sería victimizarla aun más. Sería evitar que ella conociera la verdadera libertad de la culpa, el gozo del perdón, y la grandeza del amor de Dios.

El problema con muchos libros cristianos sobre la victimización es que nunca realmente nos llevan fuera de nosotros mismos, para confiar solamente en Cristo. En vez de esto, parecen dejarnos atrapados en el dolor. No obstante, el punto de vista cristiano sobre la victimización es teocéntrico constantemente, y esta ha sido la meta en la consejería de Janet. La dirección bíblica comienza escuchando acerca de la gran compasión de Dios. Luego procede a examinar nuestros propios corazones para que podamos crecer en la obediencia a Cristo, y termina con la confianza de que nuestro Dios es el todopoderoso Dios quien es justo y amoroso.

¿Puede una historia de victimización intensificar nuestra inclinación a temer a la gente? No hay duda de que puede hacer que algunas personas sean más susceptibles. Pero tal historia no puede forzarnos a temer al hombre, tampoco puede prevenir que dejemos atrás ese temor.

La Elección ante Nosotros

Jeremías 17 es el texto bíblico clásico acerca del temor al hombre. Reduce las decisiones de la vida a dos opciones: ¿Vas a confiar en el hombre o vas a confiar en el Señor?

“Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada.

Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto.” (Jer. 17:5-8)

El Antiguo Testamento indica que estamos en la encrucijada entre temer a otros o temer a Dios. El camino que lleva al temor al hombre puede ser expresado en términos de favoritismo, esperar que los demás piensen bien de nosotros, temer ser expuestos por ellos, o estar abrumados por su poder físico percibido. Cuando estos temores no son combatidos con el temor al hombre, las consecuencias pueden ser devastadoras. Pero cuando Dios tiene su lugar correcto en nuestras vidas, las ataduras del pasado pueden ser rotas.

Para Pensar

Considera meditar en otra sección de la Escritura. Cuando Jesús envió a sus discípulos a llamar a otros para entrar al reino, les recordó que encontrarían cierto número de problemas. La gente los rechazaría, los llevarían ante las cortes, y su ministerio sería un factor de división, por lo que enojaría a más personas. En otras palabras, los discípulos serían tentados a temer a la gente. Como resultado, Jesús los envió diciendo: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.” (Mat. 10:28)

La exhortación de Jesús hablaba específicamente de temor al daño físico, similar al que enfrentó Abraham. Pero esta considerando el peor de los casos – la muerte – y está diciendo que aun la amenaza de muerte no debe causar que los discípulos teman a la gente. Si tal amenaza tan severa puede ser contrarrestada con el temor al Señor, entonces las amenazas como a ser rechazado no serán dardos letales. No olvides que los discípulos eran como nosotros. Querían que la gente los quisiera. Por lo tanto, los amigos y los demás dentro de Israel podían ser tan peligrosos como los enemigos que querían matarlos.

Piensa en la exhortación de Jesús: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.” ¿Puedes sentir su fuerza liberadora? Hay algo con respecto al poder de Dios, y ni se diga de la idea del infierno, que corta la dolorosa introspección asociada con el temor a los demás.

5

“EI MUNDO QUIERE QUE LE TEMA A LA GENTE”

“El individualismo, al principio, sólo socava las virtudes de la vida pública; pero, a largo plazo, ataca y destruye todas las demás, y está absorto en gran medida en el egoísmo. El egoísmo es un vicio tan antiguo como el mundo. . .el individualismo tiene un origen democrático.”

Alexis De Tocqueville

No necesitamos ser persuadidos o manipulados para poner nuestra esperanza más en la gente que en Dios. Como los berrinches de los niños, este no es un comportamiento que necesite ser observado o aprendido. El temor al hombre es algo que hacemos con naturalidad. Desde la Caída, es un instinto humano. Pero, tristemente, nuestros corazones tienen un cómplice en el delito. El mundo y sus suposiciones no bíblicas agravan nuestra tendencia a temer o reverenciar a los demás.

Paso 3: Identificar en dónde tu temor al hombre ha sido intensificado por las suposiciones del mundo.

Esto no debe ser sorpresa. La Biblia nos advierte que existe en el mundo una pauta callada y antibíblica que nos ruega que nos conformemos a ella. El Señor constantemente advirtió al Israel del Antiguo Testamento de que el mundo a su alrededor con sus prácticas de idolatría, era una amenaza peligrosa. La Iglesia primitiva, también, fue influenciada por el mundo. La cultura judía se mantenía jalando el mensaje del evangelio hacia las obras meritorias y el legalismo (Col. 2). Ciertamente nuestra era no es diferente de otros tiempos en la historia del pueblo de Dios. También el mundo tienta nuestros corazones para vivir buscando la aprobación de los demás.

¿Cómo estimula el mundo (nuestra “carne corporativa”³) el temor al hombre? Consideremos algunos ejemplos. Una observación común acerca de nuestro mundo es que vivimos en una cultura de víctimas. Siempre es la culpa de otra persona. Tú eres responsable de mis acciones. Aún culpamos a otras personas como los responsables de esta cultura de víctimas: los abogados son los culpables. Nos victimizaron para llegar a ser la cultura de las víctimas.

Notemos las implicaciones de tal intercambio de culpabilidad. Estamos diciendo que las demás personas controlan nuestro comportamiento. ¿No es eso el temor al hombre? Si somos víctimas crónicas, estamos cambiando el *locus* de control de nosotros hacia los demás. Estamos diciendo que los demás nos fuerzan a hacer las cosas. Por supuesto, existe la verdadera victimización en este mundo, pero casi todos reconocen que hemos forjado una raza de víctimas completamente nueva y sospechosa.

El énfasis en la autoestima también contribuye al temor al hombre. Por ejemplo, aunque la mayoría de los libros de autoestima indican que es algo que puedes desarrollar por ti mismo, casi todos los libros también dicen que una de las mejores maneras para elevar tu autoestima es logrando algunos éxitos (los cuáles son comparados con lo que los *demás* hacen) o rodeándote de personas que te digan cosas positivas (lo cual te deja dependiente de *sus* opiniones). Si tienes dinero, tu autoestima puede ser inflada por un terapeuta cálido y empático.

Existen suposiciones calladas y no bíblicas en nuestra cultura que moldean nuestro pensamiento y dictan las preguntas que hacemos. Algunas veces le llamamos a esto *el mundo*, como en “el mundo, la carne y el diablo”. Estas suposiciones inclusive afectan nuestras interpretaciones de la Biblia. Por ejemplo, puesto que nuestra cultura nos ha enseñado a pensar individualistamente en vez de corporativamente, somos propensos a pensar acerca de *mí* en vez de pensar en *nosotros*. Una ilustración clásica es nuestra interpretación de “y no deis lugar al diablo” (Efe. 6:27). Este pasaje consistentemente es aplicado al individuo. Esto es, si estás enojado pecaminosamente, Satanás tendrá cierto tipo de control sobre tu vida. Aunque esto puede ser verdad, en el contexto, el pasaje está hablando de la Iglesia. La epístola a los Efesios trata acerca de la unidad de la Iglesia. El “lugar” se refiere a la influencia divisora de Satanás en el Cuerpo de Cristo en vez de a la posesión de un individuo. La solución es la búsqueda vehemente de la unidad en la iglesia.

No importa cuán bíblicos pensemos que somos, es imposible evitar el ser afectado por estas suposiciones. Las presuposiciones del mundo están en el aire que respiramos.

¿Alguna vez has estado en el smog de la gran ciudad? Recuerdo la primera vez que maneje hacia Los Angeles. Literalmente me introduje a una burbuja de smog. Sin embargo, una vez que ya estaba en Los Angeles, el smog pareció desaparecer. Miraba hacia el cielo y aparentaba estar de un color azul perfecto. Siempre y cuando no hubiera algún fondo, como las montañas, el aire se veía clarísimo. Esta es la naturaleza de las suposiciones del mundo. Cuando estás rodeado de ellas, no las puedes ver.

Nuestra meta en este capítulo es tomar un momento y notar el smog que nos rodea. Necesitamos ver que en nuestra batalla en contra de ser controlados por otras personas, estamos luchando no sólo contra nuestro propio corazón, sino también contra las corrientes de nuestra cultura.

Algunas Suposiciones Modernas

Los cambios importantes en la cultura comenzaron al final de la década de los 70 y principios de los 80. Antes de esta época, la gente creía que había una estructura en el mundo preordenada y divina. Todas las personas y cada cosa tenían su lugar. Si nacías en cierta clase, familia o comunidad, tu vida estaba establecida para ti. “Soy Inglés, soy miembro de la parroquia de Santa Ana, soy granjero, y soy el segundo hijo de Carlos”. Tal era tu identidad. No había necesidad de decisiones vocacionales o religiosas; éstas ya habían sido tomadas por ti. Habían muy pocas crisis de identidad cuando todos sabían quiénes eran y qué se suponía que debían ser. Consecuentemente, los problemas de autoestima raras veces afloraban. (Esto no quiere decir que la cultura no tenía otros problemas; simplemente que las preguntas sobre la identidad y personalidad se configuraban de diferente manera).

³ Richard Lovelace, *Renewal as a Way of Life* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1985), 86.

No obstante, el surgimiento de la clase media cambió mucho de ese pensamiento. Los roles en la vida ya no estaban escritos en piedra. Cuando la clase media flexionó su músculo en la Revolución Francesa (1789), surgieron nuevos pensamientos radicales acerca de la vida y la identidad (y las posibilidades que no se habían explorado previamente). Este evento fue una marca política de algo mucho más profundo que estaba ocurriendo. Al borrar las distinciones entre el padre y el hijo, el noble y el plebeyo, y sin un claro pensamiento bíblico moldeando la nueva estructura social, surgió una nueva cosmovisión que ponía mucho más valor en el crecimiento individual, la identidad personal, y la inmensidad de posibilidades para la persona, sin hacer referencia a la sujeción a la autoridad divina. Este fue el surgimiento de la cultura Occidental como la conocemos hoy en día, y ha sido llamada con justa razón el surgimiento del culto al “yo”.

Suposiciones acerca de Dios

Todavía Dios era parte de la cultura. De hecho, la mayoría de la gente, tanto antes como ahora, dirían que Dios existe y que el alma es inmortal. Eso suena bastante bien – un poco simple, quizá, sin una mención acerca de Jesús, pero parece ser cristianismo en esencia.

Pero brinquemos al presente por un momento. ¿Cómo reaccionarías a los resultados de una encuesta reciente que indica que la vasta mayoría de los estadounidenses creen en Dios, en la vida ultratumba, y aun en la existencia de los ángeles? ¿Te anima a pensar que Estados Unidos es un país cristiano? O ¿estás algo sospechoso, queriendo hacer algunas preguntas más? Probablemente puedes adivinar mi reacción. Vivimos en un tiempo en el que hay un resurgimiento de la conversación acerca de Dios y del lenguaje espiritual, pero raras veces tienen algo que ver con que “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce.” (1 Cor. 15:3-5).

Los dos últimos siglos han introducido un lenguaje acerca de Dios que suena bien pero está divorciado del contenido bíblico. Por ejemplo, el filósofo francés Rousseau habló acerca de Dios, pero encontró a su dios en la naturaleza. Su dios era todo paz y bondad, y movía a su pueblo a un sentimiento de adoración. Rousseau cambió el enfoque de una revelación objetiva (la Biblia) a una experiencia subjetiva (sentimientos), de las otras personas a la vida interna, y del amor a Dios y al prójimo a un amor al “yo”.

¿Puedes ver en esto el bosquejo de la cultura moderna – y de nosotros? La autoridad de los sentimientos y el lenguaje de la espiritualidad sin el contenido – estas son las suposiciones de nuestra cultura.

Por supuesto, estas suposiciones no pueden continuar por mucho tiempo sin que las implicaciones reales acerca de Dios emerjan a la superficie. La revolución silenciosa ha estado comprometida a exaltarnos a nosotros mismos y a considerar a Dios como menos que santo y soberano. Un discurso de Ralph Waldo Emerson dejó todo esto bien claro:

“Aunque la vida de Jesús sea divina, ¡qué ultraje es representarla como el equivalente del universo! Tomar a un hombre bueno por accidente que vivió en algún lugar y tiempo, y decirle a la nueva alma renacida: He aquí tu modelo ... sigue la dirección de ese individuo del pasado, asume sus modales, repite sus palabras, - esta es la locura del cristianismo ... Yo doy la espalda a estos usurpadores. *El alma siempre cree en sí misma*”.⁴

El interés supremo ha llegado a ser el “yo”. Ni Dios, ni tú, sino yo.

¿Puedes ver las conexiones entre el ayer y el hoy? Nuestra cultura ha adoptado a un “Dios como lo entendemos” quien es conocido por medio de un viaje a nuestro interior. “La Dios-Dependencia es . . . apoyarte en tu propio entendimiento de lo que es y hace un Dios amoroso por tí.”⁵ “Hay millares de enfoques sobre la oración y la meditación. De ninguna manera existe una manera correcta . . . La cosa real es la experiencia verdadera de Dios . . . El crecimiento espiritual viene al profundizar mi entendimiento de mí mismo”.⁶ Estos son los frutos de una cultura pluralista

⁴ Ralph Waldo Emerson, *The Journals and Miscellaneous Notebooks*, VII:1838-42, ed. A. W. Plumstead and H. Hayford (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1969), 254.

⁵ Lynne Bundesen, *GodDependency* (New York: Crossway, 1989), 59

⁶ John Bradshaw, *Bradshaw On: The Family* (Deerfield Beach, Fla.; Health Communications, 1988), 234, 236.

del tipo “tú-haces-lo-tuyo-y-yo-lo- mío.” “Yo tengo mi versión de Dios, y tu tienes tu versión de Dios.” El único acto inmoral en tal cultura es decir que tu versión de Dios es superior a la de los demás.

A medida de que esta suposición ha ganado mayor aceptación, ha habido un incremento sin precedentes en la depresión y un aumento alarmante de personas que confiesan estar airados en contra de Dios. Hay un clamor de la gente que demandan de parte de Dios respuestas y “derechos”. Luego, quizá en el cenit de la exaltación del “yo”, algunos clérigos y consejeros en verdad animan a tales personas airadas a “perdonar a Dios”.

¿Puedes ver como estas suposiciones influyen en el temor al hombre? Cualquier cosa que erosione el temor a Dios intensificará el temor al hombre.

Suposiciones acerca de nosotros mismos

Si nuestra cultura está mal dirigida en su entendimiento de Dios, entonces estará mal dirigida en su entendimiento de la gente que está hecha a Su imagen. Y esto, ciertamente, es lo que vemos en las suposiciones que rutinariamente se tienen acerca de la naturaleza del hombre. Veamos algunas de ellas.

Somos moralmente buenos. El aire que respiramos nos dice que el mal no existe dentro de nosotros, sino existe fuera de nosotros. La fuerza detrás de esta suposición comenzó con la creencia del siglo XIX de que podemos encontrar inocencia humana y belleza moral innata en aquellos que no han sido corrompidos por la civilización, como en el caso de los niños. El niño, de acuerdo con Schlegel, era “el espejo claro en el que podemos mirar los secretos del amor divino”.⁷

¿Suenan familiar? ¿Has escuchado del “niño que tienes dentro”? Se piensa que es la esencia inocente que existe dentro de todos nosotros. Con tal naturaleza espiritual, la gente puede buscar en ellos mismos la divinidad y la revelación. Samuel Coleridge, en *Biographia Literaria* (1817), escribió: “Comenzamos con el YO ME CONOZCO, para concluir con el YO absoluto. Procedemos desde el YO, para perder y encontrar todo el yo en Dios”. Ya no había necesidad de buscar la verdad fuera del Yo – ya sea en Dios u otras personas. La verdad es encontrada en la persona.

¡Cuán moderno es esto! Estas suposiciones pueden ser encontradas en las oficinas de consejería donde los cristianos son imperturbables con respecto al perdón de pecados, no obstante son guardianes celosos de las necesidades personales. O pueden ser encontrados en la mayoría de los programas de entrevistas en donde la autorevelación es derrochada y glorificada.

Considera el comentario de Nathaniel Branden en el libro *Honoring the self*, un libro alabado en el best seller de Melody Beattie, *Codependent No more*.

“Honrar al “yo” es estar enamorados de nuestra propia vida, enamorados de nuestras posibilidades de crecimiento y de experimentar gozo, enamorados del proceso de descubrir y explorar nuestras potencialidades humanas peculiares. Por lo tanto podemos ver que honrar al “yo” es practicar el egoísmo en el sentido de la palabra más alto, noble y menos entendido. Y esto, debo argüir, requiere enorme independencia, valor e integridad.”⁸

Estas palabras no hubieran sido escritas antes de 1800. O si lo hubieran sido, hubieran sido condenadas como las palabras de un hereje. Hoy en día, son las palabras de la gente en la calle. Son suposiciones fundamentales de la cultura: somos buenas personas que debemos amarnos a nosotros mismos para ser saludables.

“Ama a tu prójimo como a ti mismo” (Mat. 19:19) es considerado la evidencia bíblica (para aquellos que necesitan una). Cuando lo interpretamos a través de los espejuelos culturales, este versículo significa que debemos amarnos para poder amar a otras personas. Pero en realidad el pasaje ni siquiera sugiere tal interpretación. Jesús le dijo estas palabras a un joven rico quien a todas luces se amaba *demasiado* a sí mismo y a sus posesiones. Sólo hay un mandamiento en este pasaje, y este es “ama a tu prójimo”. Nadie, incluyendo al escritor del evangelio, pudo haber

⁷ *An Anthology of Modern Philosophy*, Comp. D.S. Robinson (New York: Thomas Crowell, 1931). 508.

⁸ Nathaniel Branden, *Honoring The Self: Personal Integrity and the Heroic Potentials of Human Nature* (Boston: Houghton Mifflin, 1983), 4.

soñado que este pasaje enseñaba el amor al “yo”. Fueron necesarios algunos cambios culturales para reinterpretarlo y volver nuestros ojos hacia adentro.

La Biblia asume que tenemos más que suficiente preocupación por nuestro “Yo”. Nos vestimos. Nos deprimimos cuando las cosas no salen como queremos. Podemos ser consumidos con lo que alguien piensa de nosotros. Pero las suposiciones culturales nos ciegan. Dejamos de ver el smog en el que vivimos. Por lo tanto, los pastores de muchas iglesias crecientes predicán casi cada semana sobre una autoestima saludable, como si se enseñara en cada página de la Escritura. Muchos cristianos nunca ven que el amor a uno mismo viene de una cultura que pone al individuo por encima de la comunidad, y luego sobrepone este principio básico en las páginas de la Escritura. Sin embargo, la Biblia entendida correctamente hace la pregunta, “¿Por qué estás tan preocupado en ti mismo?” Además, nos indica que la cura propuesta por nuestra cultura (incrementar el amor a uno mismo) realmente es la enfermedad. Si no reconocemos la realidad y profundidad de nuestro problema con el pecado, Dios se volverá menos importante, y la gente será más importante.

Las emociones son el camino hacia la verdad. Si soy una persona buena que ocasionalmente hace cosas malas, entonces se puede decir que lo que siento es también bueno generalmente. Fausto dijo “El sentimiento lo es todo”. Los sentimientos han venido a ser considerados los murmullos inefables del alma divina: ser moralmente recto es hacer lo que tu corazón te inspire. Esta suposición declara que cuando sigues tus impulsos internos no puedes hacer algo malo.

“Dios me dijo que me case con Juan” dijo María. Se veía extasiada, y el pastor esperaba poder compartir su felicidad.

“Por favor, cuéntame un poco acerca de él”.

“Bueno, todavía no es cristiano. De hecho, se rehúsa inclusive a venir a la Iglesia, pero se que vendrá algún día”.

“María, ¿Cómo sabes que debes casarte con él? ¿Cómo te lo dijo Dios?”

“Pastor, simplemente lo siento. Se que es lo correcto”.

La conversación se acabó. María acaba de apelar a la autoridad suprema: sus sentimientos. En dos años, volverá a apelar a esta autoridad otra vez.

“Pastor, no creo que Dios quiera que yo permanezca en una relación infeliz, y he sido infeliz con Juan en el último año. No va a ninguna Iglesia conmigo, Se consume en su trabajo y los deportes, y casi nunca estamos juntos sexualmente. Siento que ya no lo amo. He decidido divorciarme”.

Aun en los cultos, la meta de muchas personas es *sentir* algo. Schleiermacher, un teólogo alemán de 1800, hizo que esta sea la esencia de la religión. Para él la teología no era más que el sentimiento religioso puesto en palabras. El dijo: “La religión es un sentimiento de dependencia absoluta”.⁹ Aunque Schleiermacher era extremo en sus puntos de vista, ¿no es cierto que son reconocibles hoy en día? ¿Has visto a los que promueven las sanidades milagrosas por la fe? ¿Has escuchado a predicadores que esperan poder crear una respuesta de éxtasis con sus sermones? El énfasis de la Iglesia en las emociones puede ser más dependiente de las tradiciones culturales que de la Escritura.

Nuestro enfoque no son sólo las emociones placenteras. Puesto que se piensa que las emociones en general son la fuente de verdad. También tendemos a tener un interés especial en nuestro dolor. El pensamiento cristiano ortodoxo siempre ha hablado del sufrimiento, pero en el contexto de la santificación y no en relación con la autosuperación. La meta es la gloria de Cristo. Esto es muy diferente a decir que las emociones son las herramientas que nos permiten estar totalmente conscientes de nuestras necesidades. También es contrario a la idea de que la supresión de las emociones es uno de los pecados cardinales de nuestra cultura, y que sólo al aumentar la aceptación de los sentimientos se promoverá nuestro bienestar.

Ciertamente, los Salmos nos animan a hablar honestamente con Dios en nuestro sufrimiento, pero hoy se nos dice que “adoptemos el sufrimiento legítimo” y “entremos al dolor”. Tal interés en el dolor personal tiende a llevarnos hacia adentro de nosotros mismos en lugar de al entendimiento bíblico de Dios, *su* dolor, y las cosas celestiales en lugar de las terrenales. “Ponte

⁹ *On Religion: Speeches to Its Cultured Despisers* (New York: Harper & Row, 1965), 106.

en contacto con tus emociones” es un sonido característico de los años 1800. Sólo que tardo un poco en generalizarse.

Esta exaltación de los sentimientos ha cambiado nuestra manera de pensar. Por ejemplo, hace poco escuché un sermón que ofrecía un propósito nuevo y romántico de la oración. El predicador empezó diciendo, “El propósito de la oración es tener una consciencia de la presencia de Dios.” Pude recoger algunas aplicaciones útiles del sermón, pero su tesis central estaba equivocada. La consciencia de la presencia de Dios no es el propósito de la oración. El predicador estaba apelando a los buscadores de experiencias que desean tener un empujón emocional en el culto, los sermones y la oración.

Hubo un tiempo en mi propia vida en el que “practicaba la presencia de Dios”; entonces, oraba cuando sentía su presencia. Todo salió bien hasta el día cuando no sentí su presencia. Espere por horas lleno de lágrimas, pero nunca sentí La Presencia. Intenté orar pero sentía que tanto yo como mis oraciones estábamos en un cuarto sellado herméticamente. La Presencia finalmente vino al día siguiente cuando un buen amigo me estaba aconsejando. Su comentario simplemente fue este: “¿Por qué no oraste simplemente por fe?” Él me enseñó una de las lecciones más importantes de la oración: la oración depende de Dios y sus promesas, no de mis emociones quijotescas.

Mira a tu alrededor. Por todas partes puedes sentir la exaltación de los sentimientos. Por ejemplo, puedes encontrarla en la manera en la que hemos revisado nuestra idea de la vergüenza. La vergüenza se veía originalmente como el resultado de un problema entre Dios y nosotros. Ahora se reduce a cualquier cosa que previene que nos *sintamos* bien con nosotros mismos.

Escucha la pregunta popular en los estudios bíblicos, “¿Qué *sientes* acerca de este pasaje?” ¿Será posible que nuestros sentimientos son a menudo más importantes para nosotros que la fe? Muy frecuentemente, cuando nuestra fe es débil no lo consideramos un problema serio. Es sólo cuando nuestros sentimientos están afligidos que decidimos pedir ayuda y oración a otras personas.

A través de toda la historia de la Iglesia, las emociones siempre fueron vistas con sospecha porque podían vacilar frenéticamente. Ahora éstas son alabadas. Muy a menudo son los criterios por los cuales dictamos nuestros juicios.

Cuando los sentimientos son más importantes que la fe, la gente llega a ser más importante, y Dios, menos importante.

Todas las personas son espirituales. En esta declaración encontramos otra suposición cultural acerca de la necesidad de más espiritualidad. Sin embargo, la espiritualidad ha sido reducida a un *sentimiento* de lo infinito, un éxtasis inefable ante las maravillas del “yo” o de la naturaleza, o una experiencia con lo inexpresable. La espiritualidad moderna no tiene infierno, doctrina o substancia. Se trata de sentir.

El coreógrafo Todd Williams dice que, en su obra más reciente, está hablando acerca de “llegar a ser uno con lo infinito. Al darte cuenta de que tu alma es un reflejo perfecto de Dios o consciencia cósmica, eres capaz de unir tu alma con esa consciencia.”¹⁰

Hace ciento cincuenta años, el filósofo danés Kierkegaard (1813-55) observaba la misma cosa. El notó que mucha gente iba a la iglesia pero que el hecho de convertirse o ser un cristiano era una trivialidad.

“¿Qué quiere decir para todos estos miles que se hacen llamar cristianos? ¡Estos tantos que, en gran parte, hasta donde uno puede ver, viven en categorías bastante ajenas al cristianismo! Cualquier persona puede comprobar esto con sólo observarlos. Son gente que tal vez nunca ha pisado la iglesia, nunca piensa en Dios, nunca menciona Su nombre, excepto en los juramentos. Gente quienes nunca se han dado cuenta que tienen obligaciones ante Dios ... En el fondo de esto debe estar una confusión tremenda, una ilusión aterradora, con toda seguridad no hay duda de ello.”¹¹

¹⁰ *Los Angeles Times*, July 29, 1995, F2.

¹¹ Soren Kierkegaard, *The Point of View for my Work as an Author: A report to History* (New York: Harper & Row, 1962), 74.

Kierkegaard suena como un profeta para nuestra época. Los *baby-boomers* están regresando a la iglesia, pero algunas veces no parece como si el Reino estuviera avanzando con fuerza.

Otro ejemplo es Alcohólicos Anónimos (AA). Cuando Bill Wilson, fundador de AA, estaba en el hospital recuperándose de otra borrachera, vio una luz brillante, la cual él interpretó como una experiencia religiosa. Más adelante él dijo que esta experiencia religiosa fue esencial para su sobriedad. Pero la experiencia religiosa estuvo totalmente divorciada de un Dios personal. En vez de esto, lo “espiritual” simplemente significaba “inefable”, un sentimiento de plenitud y maravilla.

Tal parece que en nuestros días puedes ser espiritual si crees en tu zapato izquierdo.

- “Me quedo con lo que me gusta de la Biblia y la Iglesia, y dejo el resto”
- “Las reuniones de AA se tratan de encontrar poder espiritual.”
- “Todavía tengo problemas con la idea del Dios de los cristianos que está allá arriba. Pienso en Dios como el Universo con su propio sentido de bondad”.

La espiritualidad está de moda otra vez. Todavía sabemos que existen misterios, aun en una era en la que la tecnología está explotando. La gente desea retener un sentido de maravilla en sus vidas. Para decirlo de una manera más bíblica, el conocimiento de Dios no puede ser negado; sólo puede ser distorsionado.

Cuando Dios y la espiritualidad es reducida a *nuestros* estándares o nuestros sentimientos, Dios nunca será para nosotros el maravilloso Santo de Israel. Teniendo una visión de Dios disminuida, crecerá nuestro temor a la gente.

Psicología: La guardiana de las suposiciones culturales.

La psicología norteamericana ha llegado a ser la guardiana de estas suposiciones modernas. Ha cultivado las suposiciones de que las personas son buenas, el énfasis en las emociones, y la importancia de la espiritualidad. También ha desarrollado un tema relacionado: la persona como necesitada psicológicamente.

Notemos la influencia de Freud en esto. Aunque nunca utilizó específicamente la palabra “necesidad”, él ha sido citado como el padre de “la necesidad de expresión sexual” y “la necesidad de los padres permisivos”. Habló acerca de los “instintos” (necesidades) que claman por expresarse, y declaraba que si estos instintos no son satisfechos el resultado es la neurosis adulta.

El que hizo popular el concepto de las necesidades psicológicas fue Abraham Maslow. Su teoría de la autorealización sugiere que tenemos, de nacimiento, una jerarquía de necesidades. De acuerdo con Maslow, las necesidades más básicas son aquellas biológicas y de seguridad. Cuando estas necesidades son satisfechas, podemos entonces movernos hacia arriba para satisfacer las necesidades psicológicas básicas: la necesidad de pertenencia y amor, la necesidad de ser apreciados por otras personas, y la necesidad de autoestima.

“¿Qué es lo que hace que la gente sea neurótica? Mi respuesta . . . fue, brevemente, que la neurosis parecía que en esencia, y en su principio, una enfermedad de deficiencia: que nacía del hecho de ser privado de ciertas satisfacciones las cuales llamé necesidades en el mismo sentido en que el agua y los aminoácidos y el calcio son necesidades, es decir, que su ausencia produce enfermedad. La mayoría de las neurosis involucran deseos de seguridad, de pertenencia e identificación, de relaciones cercanas de amor y de respeto y prestigio.”¹²

Freud y Maslow pensaban de diferente manera en cuanto a las necesidades (impulsos), pero concordaban en tres puntos básicos: existen las necesidades psicológicas, son parte esencial del ser humano, y las necesidades insatisfechas traerán como resultado algún tipo de patología personal. A estas características esenciales de las teorías de la necesidad psicológica podría agregarse una más: todas son distintivamente norteamericanas. Las teorías de la necesidad sólo pueden florecer en un contexto donde el énfasis es puesto sobre el individuo en lugar que en la comunidad, y donde el consumismo es un estilo de vida. Si le preguntas a la mayoría de los asiáticos o africanos acerca de sus necesidades psicológicas, ¿ni siquiera entenderían la pregunta!

¹² Abraham Maslow, *Toward a Psychology of Being* (New York: Van Nostrand, 1968), 21.

El surgimiento de las necesidades psicológicas era inevitable: Si exaltas al individuo y haces de las emociones el camino hacia la verdad, entonces cualquier cosa que sientes con mayor fuerza será considerada buena y *necesaria* para el crecimiento. Aquellas cosas que sientes con mayor fuerza son vistas como tus necesidades dadas por Dios. Por esto el pecado imperdonable en la cultura hoy en día es ya sea “negar” o suprimir tus emociones. Las emociones apuntan a las necesidades, y negarlas es negar algo dado por Dios.

¿Puedes escuchar la manera como nuestra cultura *alienta* el temor al hombre? Las “necesidades” o “derechos” irresistiblemente nos llevan hacia el temor al hombre. Hemos visto que aquello que piensas necesitar, llega a ser aquello a lo que temes. Si “necesitas” amor (sentirte bien contigo mismo), pronto serás controlado por aquel que te provee amor. También dices que sin el amor de esa persona estarás discapacitado espiritualmente, inhábil para dar amor a los demás. Con este tipo de lógica lisiada espiritualmente que da malos frutos por doquier, no es de asombrarse que aun los psicólogos están haciendo un llamado a la reforma en las suposiciones fundamentales de nuestra cultura.

Sin embargo, los psicólogos, han hecho su propia contribución para esto. Aunque han notado con precisión que la gente con baja autoestima ponen demasiadas esperanzas en otros y temen a los demás, su terapia no libera en verdad. Notemos qué es lo que ofrecen: aceptación terapéutica, amor incondicional, y reafirmación constante. En otras palabras, “No creas lo que los demás dicen acerca de ti, y ni creas aun tus propios reportes negativos de ti mismo; en vez de esto, cree lo que yo te digo”. Tal terapia aviva más el temor al hombre en vez de eliminarlo. Sencillamente se siente mejor porque el cliente pone su esperanza en alguien que lo reafirma en vez de acusarle.

La Influencia de la Psicología Cristiana

Mientras tanto, la iglesia cristiana ha estado escuchando lo que ha estado diciendo el mundo. Muchos pastores y líderes eclesiásticos han detectado las suposiciones no bíblicas y han tratado de delatarlas. Sin embargo, la respuesta más popular ha sido la asimilación de las ideas del mundo con unas cuantas modificaciones menores. Por ejemplo, un *best seller* en el mercado cristiano de libros puso la suposición de las “necesidades” como el centro de su entendimiento de la persona. Su punto de vista de la persona es similar al de una taza – un recipiente vacío y pasivo que espera ser llenado. El autor dice,

“Existe una necesidad de amor, dada por Dios, que nace en cada infante humano. Es una necesidad legítima que debe ser satisfecha desde la cuna hasta la tumba. Si los niños son privados de amor – si esta necesidad primaria de amor no se satisface – llevan las cicatrices de por vida.”¹³

Somos felices si nuestra taza de necesidades es llenada con el amor de los demás. Si nuestra taza está vacía o media llena, estaremos plagados de malos sentimientos.

Considera esta cita cuidadosamente. Expresa una suposición sostenida por muchos otros escritores cristianos; es nuestra teología no examinada. Y *suen*a correcta. Ya he confesado que me siento necesitado y vacío cuando no amo de la manera en que me gustaría – o de la manera que “necesito”. Pero sólo porque siento una “necesidad” de ser amado no significa que este deseo realmente es “dado por Dios”, una “necesidad legítima”, o una “necesidad primaria”. Tal vez lo que estoy llamando una “necesidad” realmente es decepción o dolor, o quizá es mi demanda y deseo.

Ciertamente existen necesidades dadas por Dios, pero nos llevará un poco más de investigación bíblica para entenderlas. (Esto lo haremos en el capítulo 9). Por el momento, podemos decir que una discusión acerca de las necesidades es más compleja que lo que pudiera parecer. Es posible que nuestra discusión actual acerca de las necesidades esté siendo definida más por las teorías psicológicas seculares que por la Escritura.

Si esto es así, debemos ser cuidadosos al decir, “Jesús satisface todas nuestras necesidades”, A primera vista, parece tener un trasfondo bíblico. Cristo es un amigo; Dios es un Padre amante; los cristianos sí experimentan un sentido de importancia y confianza al conocer el amor de Dios. Esto hace que Cristo sea la respuesta a nuestros problemas. No obstante si

¹³ Robert Hemfelt, Frank Minirth, y Paul Meier, *Love Is a Choice* (Nashville: Nelson, 1989), 34.

nuestro uso del término “necesidades” es ambiguo, y su rango de significado se extiende hasta incluir los deseos egoístas, entonces habrá algunas situaciones en las que debemos decir que Jesús no tiene la intención de satisfacer nuestras necesidades, pero que él quiere cambiar nuestras necesidades.¹⁴

El Contragolpe emergente

Ha ocurrido una cosa más en la breve historia de las necesidades psicológicas. Actualmente, este punto de vista popular y generalmente asumido acerca de la persona está siendo cuestionado con seriedad en los círculos seculares. La gente está comenzando a ver que no es “saludable”, ni para los individuos ni para la sociedad, el estar absorto con las “necesidades” y el “vacío”. Por ejemplo, algunos en la prensa popular han criticado las teorías de la necesidad como justificaciones teóricas del egoísmo rapaz y la victimización crónica de nuestra cultura. Ellos pueden ver las implicaciones: Si los seres humanos tienen en verdad la forma de una taza, entonces somos receptores pasivos en vez de ser intérpretes activos y actores responsables en nuestro mundo. Nunca tenemos la culpa porque toda patología es un resultado de las deficiencias forjadas en las relaciones pasadas. Algunos sugieren en los medios de comunicación que en el menor de los casos, crea un caos en el sistema de justicia. “Si seguimos a este ritmo no pasará mucho tiempo antes de que la sentencia obligada por un crimen violento sea un abrazo y un buen llanto.”¹⁵

La prensa académica también está desafiando la idea de que la persona moderna deba ser definida como una taza vacía. En un importante artículo en la revista *American Psychologist*, Philip Cushman argumenta que el “yo” vacío es un producto peligroso de una cultura que desea ser llenada tanto psicológica como materialmente. De acuerdo con el psicólogo Cushman, los culpables son la profesión psicológica y la industria de la publicidad. Ambos intentan crear un sentido de necesidad para vender sus productos. Además, la venta psicológica de necesidades nos ha llevado a una generación de individuos vacíos, frágiles y deprimidos.

El historiador y filósofo Christopher Lasch repite estas inquietudes.

“El clima contemporáneo no es religioso, sino terapéutico. La gente de hoy no tiene hambre de una salvación personal, mucho menos de la restauración de una época de oro pasada, sino de un sentimiento, de una ilusión momentánea de bienestar, salud y seguridad psicológica personal.”¹⁶

Vivimos en una época fascinante. Partes de la iglesia han sido cautivadas por las suposiciones mundanas, y estas suposiciones han intensificado nuestro problema con el temor al hombre. Sin embargo, el mundo mismo está desafiando estas mismas suposiciones. Desea ver la defunción de la taza de amor rajada, y quiere reconsiderar su doctrina de la necesidad, pero no tiene alternativas satisfactorias.

En otras palabras, es un tiempo ideal para que desarrollemos una enseñanza clara, significativa y bíblica acerca de quiénes somos y cómo podemos evitar ser controlados por las cosas que sentimos que necesitamos.

Para Pensar

Esta capítulo revisa brevemente la historia de algunas de nuestras suposiciones culturales presentes. Sugiere que estas suposiciones han infectado a la iglesia: el individuo como más importante que la comunidad, el “yo” como bueno, la exaltación de los sentimientos y las necesidades, y la espiritualidad divorciada de la muerte y resurrección de Jesús y de un estilo de vida de fe y obediencia. Toma un tiempo para considerar cómo han influido estas suposiciones tu propia vida.

¹⁴ Ver Welch, “Who are we? Needs, Longings, and the Image of God in Man” *The Journal of Biblical Counseling*, 13 (1994): 25-38

¹⁵ *The Economist*, February 26, 1994, 15.

¹⁶ Philip Cushman, “Why the Self Is Empty,” *American Psychologist* (May 1990), 599.

1. ¿Dónde encuentras estas suposiciones del mundo (en la literatura, el arte, el cine, las conversaciones)? Considera echar un vistazo en la sección de “autoayuda” o psicología de tu librería local.
2. ¿Dónde ves estas suposiciones en ti? Recuerda que estas suposiciones pueden no estar de acuerdo con tu teología oficial, pero pueden revelarse en la manera en que vives.
3. Pregúntale a los misioneros de tu iglesia acerca de qué es lo que ven en la Iglesia nacional, y no sólo en la extranjera.

PARTE DOS

VENCIENDO EL TEMOR A OTROS

La parte Dos de este libro explorará las ideas bíblicas que te ayudarán a dar los siguientes pasos hacia la libertad del temor al hombre:

- Paso 4: Entiende y crece en el temor del Señor. La persona que teme a Dios no temerá a nadie más.
- Paso 5: Examina dónde tus deseos han sido muy grandes. Cuando tememos a la gente, la gente es grande, nuestros deseos son aun más grandes, y Dios es pequeño.
- Paso 6: Regocíjate de que Dios ha cubierto tu vergüenza, te ha protegido del peligro, y te ha aceptado. Te ha llenado con su amor.
- Paso 7: Necesita menos a los demás, ama más a los demás. Busca amar a otros en obediencia a Cristo y como una respuesta a su amor hacia ti.

CONOCE EL TEMOR DEL SEÑOR

Y reinarán en tus tiempos la sabiduría y la ciencia, y abundancia de salvación; el temor de Jehová será su tesoro. (Is. 33:6)

Todas las experiencias del temor al hombre comparten, por lo menos, una cosa en común: la gente es grande. La gente ha crecido hasta llegar a ser ídolos en nuestras vidas. Nos controlan. Puesto que en nuestro corazón no hay espacio para adorar a Dios y a la gente al mismo tiempo, cuando la gente es grande, Dios no lo es. Por lo tanto, la primera tarea para escapar de la trampa del temor al hombre es saber que *Dios* es quien es asombroso y glorioso, y no las otras personas.

Esto fue claro para mí un domingo al estar sentando en la iglesia. Era el mes de la familia. Cada domingo del mes de febrero una familia diferente iba a hablar a la Iglesia acerca de sus devocionales familiares. Todas las familias fueron muy edificantes, pero los Schmurrs me dieron una revelación. Roger Schmurr dijo que una de las cosas que trataba de hacer durante los devocionales familiares era hablar acerca de Dios. Eso fue todo. Esa fue mi revelación.

Permítanme explicar. Como consejero vivo en el mundo del “cómo”. Una persona deprimida habla conmigo porque desea saber cómo salir de la depresión. Las parejas que no sienten ningún romanticismo en su relación, desean saber cómo tener la chispa de nuevo. Confieso que, algunas veces, hablo más del “cómo” que acerca de Dios.

Tengo dos hijos que han traído a casa grandiosos materiales de Escuela Dominical. Típicamente, leo estos papeles el domingo en la tarde. Siempre eran muy útiles, llenos de principios bíblicos y su aplicación. Muchos “cómo” buenos. Eran historias edificantes de niños que se sentían rechazados por sus amigos y cómo Jesús les pudo ayudar a amar a aquellos que eran malos. Recuerdo una historia acerca del hacer trampa que era buena en manera especial. Pero raras veces hablaban acerca de Dios.

No me mal interpreten. Creo que es fantástica la aplicación de la Escritura a los detalles de nuestras vidas. No obstante, mi observación, es que estos principios no siempre descansaban en el temor del Señor. El resultado es que nuestra meta puede ser el mejoramiento personal y no la gloria del Santo Dios. Necesitamos más sermones que nos dejen temblando.

Paso 4: Entiende y crece en el temor del Señor. La persona que teme a Dios no temerá a nadie más.

¿Qué es el Temor del Señor?

Por favor no pienses sólo en terror cuando pienses en el temor del Señor. El temor del Señor, al igual que el temor a la gente, incluye todo un espectro de actitudes. Por un lado, el temor del Señor significa terror hacia Dios (temor de una amenaza). Somos personas inmundas, y aparecemos delante del todopoderoso Dios que es moralmente puro. Estamos correctamente avergonzados delante de él, y el castigo sería completamente justo. El terror es una respuesta natural y apropiada. Tal temor nos hace retroceder delante de Dios. Queremos evadirlo tanto como sea posible.

Nadie está excluido de este temor, ya sean cristianos o no. Para los cristianos cuyos ojos han sido abiertos al gran amor de Dios, este temor se va desvaneciendo. Para los no cristianos tal temor está siempre presente. La razón por la que no escuchas a la gente hablando acerca de esto es porque se manifiesta en ansiedad, baja autoestima, y una multitud de otros males que han perdido de vista que tienen una raíz relacionada con Dios. Pero este temor no se puede camuflajear para siempre. El día vendrá cuando todos se arrodillarán delante de Dios en el temor del Señor.

Pero este es sólo un extremo del temor del Señor. Al otro extremo del espectro está un temor reservado exclusivamente para aquellos que han puesto su fe en Jesucristo. Este temor del Señor significa *una sumisión reverente que lleva a la obediencia*, y es intercambiable con “adoración”, “dependencia”, “confianza” y “esperanza”. Al igual que el terror, incluye un conocimiento de nuestra pecaminosidad y la pureza moral de Dios, e incluye un conocimiento claro de la justicia de Dios y su ira en contra del pecado. Pero este temor de adoración también conoce el gran perdón, misericordia y amor de Dios. Sabe que debido al plan eterno de Dios, Jesús se humilló a sí mismo muriendo en una cruz para redimir a sus enemigos de la esclavitud y la muerte. Sabe que, en nuestra relación con Dios, siempre nos dice primero: “te amo”. Este conocimiento nos acerca a Dios en vez de hacernos huir. Ocasiona que nos sometamos voluntariamente a su señorío y nos deleitemos en la obediencia. Este tipo de temor robusto es el pináculo de nuestra respuesta hacia Dios.

Al conocer la diferencia entre estos dos temores se clarifica por qué la Escritura dice, “En el amor no hay temor” (1 Juan 4:18) al mismo tiempo de que demanda el temor al Señor. La Biblia enseña que el pueblo de Dios ya no es movido por el temor relacionado con el terror, o temor que tiene que ver con el castigo. Sino somos bendecidos con el temor relacionado con la adoración, la admiración reverente motivada más por el amor y el honor que él merece.

¿Por qué la Biblia usa la misma palabra para referirse a ambas respuestas? El contexto bíblico siempre clarifica a qué tipo de temor se está refiriendo, pero el punto es que ambos temores tienen algo importante en común. Ambos son reacciones al hecho de que el Santo de Israel reina sobre toda la tierra. Este es el mensaje de la Biblia, y es la esencia del temor del Señor.

Para apreciar la magnitud de este mensaje, debes entender el significado bíblico de lo “santo”. Santo puede ser definido como “separado”, “apartado”, “distinto”, o “inmaculado”. Cuando se refiere a Dios, “santo” significa que él es diferente a nosotros. Ninguno de sus atributos puede ser entendido en comparación con sus criaturas. Su amor y justicia están por encima de nosotros; son santos. Su poder es el del todopoderoso; no puede ser comparado con otro. Su carácter moral es sin par; sólo él es justo.

La santidad no es uno de los muchos atributos de Dios. Es su naturaleza esencial y manifestada en todas sus cualidades. Su sabiduría es sabiduría santa. Su belleza es belleza santa. Su majestad es majestad santa. Su santidad “añade gloria, lustre y armonía a todas sus demás perfecciones”.¹⁷

“¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo.” (Is. 40:25)

“Oh Dios, santo es tu camino; ¿Qué dios es grande como nuestro Dios? (Sal. 77:13)

“Porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti;” (Os. 11:9)

Algunos le llaman “trascendencia” a esta diferencia y santidad de Dios. Dios está por encima de su pueblo. Él vive en un lugar alto y elevado (Is. 57:15). Su juicio y misericordia están por encima de nosotros, son incomprensibles al final de cuentas. Como resultado, no usamos la imagen de un rey o reina como nuestra plantilla para conocer a Dios. El decir que el Dios *Santo* reina hace imposible utilizar a un rey terrenal como modelo. El Dios Santo es único, más grande, y de un tipo diferente a los reyes terrenales. El Dios Santo es el original; el más glorioso de los reyes terrenales es sólo un débil reflejo de nuestro Dios.

Para hacer la santidad de Dios aun más asombrosa, el Dios trascendente se ha acercado. Sería una cosa saber que Dios es gloriosamente trascendente y enteramente separado de su creación. En tal situación nos acostumbraríamos a su falta de intervención en los asuntos humanos, y en la práctica podríamos llegar a ser nuestros propios dioses. Pero nuestro Dios es el inmanente que se ha revelado y vuelto como nosotros. Él dijo, “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Lev. 26:12). Él está cercano. Él nunca nos deja ni abandona (Heb. 13:5). Está tan cercano que nos llama “amigos” (Juan 15:14). Está tan cercano que la Escritura habla

¹⁷ John M’clintock and James Strong, “Holiness” *Cyclopedia of Biblical, Theological and Ecclesiastical Literature* (New York: Harper, 1872), 4:298.

acerca de Cristo *en ti* (Col. 1:27). Debido a su naturaleza esto es virtualmente imposible de comprender en su totalidad. Pero, por la gracia de Dios, podemos crecer en el conocimiento de su santidad, y este conocimiento expulsará de nuestras vidas a nuestros ídolos personales y nos volverá menos propensos a enfocarnos en nosotros mismos.

¿Qué se opone al Temor del Señor?

El problema que encontramos en nuestra búsqueda del conocimiento y del temor del Señor como debemos temerle, es que tenemos tres adversarios prominentes. El mundo, nuestra propia carne y el diablo conspiran para elevar a las demás personas (o lo que podemos obtener de ellas) por encima de Dios.

En realidad la resistencia se encuentra en nuestro corazón (carne) y es influenciada por el mundo y el diablo. Nuestros corazones tienen infinidad de estrategias para evadir el temor del Señor. Una estrategia es degradar la obediencia – la expresión concreta del temor del Señor – en una preocupación por las apariencias. Nos concentramos en las acciones y pasamos por alto las actitudes. Al hacer esto, nuestra naturaleza pecaminosa puede darnos una sensación de que estamos bien. No hemos asesinado a nadie hoy. No hemos cometido adulterio. No robamos nada de la tienda. Por lo tanto, tuvimos un buen día. Aun mejor, somos buenos. Por supuesto, ocasionalmente hacemos cosas malas. Podemos gritar muy fuertemente, o tal vez miramos algo de pornografía en el aeropuerto. En estos casos debemos pedir el perdón de Dios. Pero, en general, tendemos a estar bastante bien. Y si pensamos que usualmente somos buenos, entonces Dios es usualmente irrelevante para nosotros.

Tal manera de pensar no es publicada como teología buena, pero ¿no es esa la teología práctica de la mayoría de los cristianos? Se que puede ser le mía. Soy una persona buena – “un buen chico” – que ocasionalmente hace cosas malas. Tal forma de pensar ignora las profundidades del pecado en mi corazón, y en esencia, me eleva de tal forma que vengo a ser una imitación deficiente de Dios en vez de alguien completamente dependiente en él. Así es imposible tener el temor del Señor.

El pecado a menudo está a la grupa de muchas cosas buenas, lo cual dificulta aún más su visualización. Por ejemplo, el trabajo es una cosa buena, pero el pecado puede tomarlo y exaltarlo hasta el punto en que nos gobierne. Nos volvemos adictos al trabajo diciendo que lo hacemos por nuestros hijos, pero en realidad lo hacemos para nosotros mismos. ¿Qué me dicen de la planeación financiera? ¿No es cierto que es sabio establecer una reserva para el futuro? También esto es una cosa buena, pero puede llegar a gobernarnos y abandonamos la generosidad. La mayoría de los pecados son exageraciones impías de cosas que son buenas. Como resultado, comenzamos a proporcionar “evidencia bíblica” que justifica nuestro comportamiento cuando ha llegado a ser idólatra.

El mundo toma estas tendencias y las racionaliza. El mundo nos recuerda que, cualquiera que sea nuestro pecado o “error”, somos sólo seres humanos. Todos los demás también lo hacen. Lo correcto y lo incorrecto se determina por medio del voto popular. ¿Y quién dice que a Dios realmente le interesan tales cosas? El mundo sugiere que Dios es real pero que está distante. Dio inicio a todas las cosas pero ahora está sentado, permitiendo que las cosas ocurran. El mundo dice que vivimos en un universo deísta donde es posible que exista un dios, pero “Dios ayuda a aquellos que se ayudan a si mismos”.

El diablo se opone a cualquier cosa que pueda exaltar al Dios verdadero. Cuando no tememos a Dios sino a cualquier cosa (un dios, una persona, o cualquier otra cosa en la cultura humana), Satanás se goza en las tinieblas que hemos creado. Por medio de mentiras y otros engaños, minimiza nuestro pecado, sugiere que Dios es distante y que la Palabra de Dios realmente no puede ser confiada. De hecho, sugiere que Dios nos está estorbando para que no disfrutemos de las cosas buenas.

Con tales adversarios, el crecimiento en el temor del Señor no será un proceso sin contratiempos. Al contrario, será el camino hacia la guerra. Debemos odiar las suposiciones malvadas e impías del mundo, debemos odiar nuestra propia naturaleza pecaminosa, y debemos odiar a Satanás. Para lograr estas tareas se requiere de los recursos más poderosos que tenemos: la Palabra, el Espíritu, y el cuerpo de Cristo.

Aprendiendo el Temor del Señor

Sin embargo, los adversarios no deben desanimarnos. El temor del Señor ciertamente puede ser aprendido. Deuteronomio 4:10 declara, "Reúneme el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos". De igual manera, el Rey David exhorta a la gente a aprender a temer al Señor.

"Temed a Jehová, vosotros sus santos, Pues nada falta a los que le temen. . . Venid, hijos, oídme; El temor de Jehová os enseñaré." (Salmo 34:9,11)

¿Cómo se puede aprender? Por medio de leer y meditar en su Palabra, y orando para que Dios nos enseñe.

"Y cuando se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas; y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra; para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos, ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra." (Deut. 17:18-19)

"Y los hijos de ellos que no supieron (de la ley), oigan, y aprendan a temer a Jehová vuestro Dios" (Deut. 31:13)

Esto no es fácil. La lectura constante de la Biblia puede ser difícil. Los tres adversarios se encargan de que sea una batalla, y nuestros mundos ya están muy ocupados. Pero si el temor del Señor es tan importante como dice la Escritura, entonces podemos estar seguros de que Dios nos dará el poder para lograrlo.

Considera cómo puedes usar los recursos que Dios te ha dado. Pídele a tu esposa, hijos, amigos, pastor o ancianos que oren por ti. Reúnete con un hermano o hermana. Pregúntales cómo han atestiguado la grandeza de Dios. Comienza identificando en dónde el mundo trata de "rehacer" a Dios para que sea más manipulable. Pídele a Dios que te enseñe a leer su Palabra como una persona sabia que "mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad" (Sant. 1:25).

Ahora consideremos algunos pasajes que enseñan el temor del Señor. Puesto que la Biblia entera enseña que el Santo de Israel reina, la Biblia entera es un libro de texto que trata del temor del Señor, ya sea que utilice esa expresión particular o no. Pero hay algunos pasajes que parecen ser especiales. Me enfocaré en algunos de esos.

Notemos especialmente los actos poderosos de Dios que muestran tanto su amor, justicia, bondad y firmeza santas (Rom. 11:22). El Salmista nos recuerda que aquellos que temen al Señor dicen, "Su amor permanece para siempre" (Sal. 118:4), pero también dicen, "¿Y quién podrá estar de pie delante de ti cuando se encienda tu ira?" (Sal. 76:7). La Escritura, al mismo tiempo, habla de un amor inimaginable y de una ira santa. Dios es compasivo y lleno de gracia, lento para la ira y grande en misericordia, pero también no dejará impune al culpable: Él "visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación" (Exodo 34:6,7). Por lo tanto, no estamos en lo correcto cuando decimos, "Mi Dios no es un Dios de juicio e ira; mi Dios es un Dios de amor". Tal pensamiento hace casi imposible nuestro crecimiento en el temor del Señor. Sugiere que el pecado sólo entristece a Dios en vez de ofenderlo. Tanto la justicia como el amor son expresiones de su santidad, y debemos conocer ambas para conocer el temor del Señor. Si sólo vemos el amor de Dios, no le necesitaremos, y no habrá urgencia en el mensaje de la cruz. Si nos enfocamos cerradamente en la justicia de Dios, desearíamos evadirle, y viviremos en terror, siempre sintiéndonos culpables y esperando el castigo.

Aprendiendo a temer al Señor, el Creador

Consideremos la escuela bíblica de Dios que enseña el temor del Señor. La clase comienza inmediatamente. La Biblia comienza enseñando que el Santo reina.

"Tema a Jehová toda la tierra; Teman delante de él todos los habitantes del mundo. Porque él dijo, y fue hecho; El mandó, y existió." (Sal. 33:8-9)

La creación es sierva de Dios. El dijo tan sólo una palabra y todo existió para hacer su voluntad. Lo que vemos a nuestro alrededor es la obra de Dios que *él* dijo que era bueno. Si Dios dijo que era bueno, entonces debe ser una obra de arte, aun en su estado actual.

Más específicamente, puedo considerar que el Gran Cañón es verdaderamente una pieza asombrosa del desierto. La mera memoria de ese lugar ciertamente me apunta hacia la grandeza de Dios. Pero debo tener cuidado. Dios es Santo. Está por encima de cualquier cosa que pueda ver o pensar. El Gran Cañón apunta hacia alguien que tiene una grandeza incomprensible (Salmo 93:3-4).

Prefiero considerar el Océano aun más que el Gran Cañón. Trabajé como salvavidas en una playa por cinco veranos y nunca me cansé de contemplar su grandeza. He sido refrescado por el mar como un recordatorio de la gracia fresca de Dios, y he sido azotado por el mar como un recordatorio del gran poder de Dios. El océano de Dios me recuerda que Él es mucho más grande que cualquier persona.

Mira a tu alrededor y toma nota de la gloria de Dios reflejada en la creación. El cielo azul refleja su regia vestidura. Las nubes son recordatorios de su presencia (Ex. 19:9), son su carruaje cuando supervisa su creación (Sal. 104:3). Los vientos son sus mensajeros (Sal. 104:4). Vienen de los depósitos de Dios (Sal. 135:7). El sol se levanta como un esposo, recordándome que Jesús regresará por su iglesia (Sal. 19:5). Los cielos en verdad alaban Sus maravillas (Sal. 89:5) y declaran Su gloria (Sal. 19:1).

Todo animal que ves bebiendo o alimentándose en los pastizales está siendo sostenido por el Dios Altísimo (Sal. 104). El granjero no es la causa de que las cosechas crezcan. Las plantas salen de la tierra como un regalo de Dios. La lluvia es una expresión de su cuidado, un vistazo de su poder.

Además, Dios es dueño de la creación. “Porque en sus manos están las profundidades de la tierra; y las alturas de los montes son suyas” (Sal. 95:4). Estamos caminando en una propiedad privada.

Elizabeth Barrett Browning lo expresa de esta manera:

“La Tierra está llena del cielo,
y cada zarza arde con Dios;
Pero sólo aquel que ve se quita los zapatos;
El resto se sienta alrededor y arranca zarzamoras.”¹⁸

El Salmista precedió a Elizabeth Barrett Browning en quitarse los zapatos. La majestad de la creación inspiró su adoración y humildad.

“Cuando veo los cielos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para tengas de él memoria? ¿Y el hijo del hombre para que lo visites?” (Sal. 8:3-4).

Con toda la belleza creada a nuestro alrededor, belleza tal que ciertamente excede de muchas maneras la nuestra, Dios escogió que la gente sea la corona de su creación.

Como el salmista, tengo dos respuestas básicas ante esta verdad. Ninguna de ellas realmente eleva mi autoestima. Primero, simplemente estoy maravillado. Estoy lleno de preguntas: ¿Por qué, oh Señor, te ocupas de nosotros? ¿Por qué, con toda esta belleza en tu creación, hiciste que la gente fuera la portadora de tu imagen? Ciertamente estoy agradecido, pero es difícil creer que Dios nos ha puesto por encima de su creación.

Mi segunda respuesta es una de humildad. Tanto el Gran Cañón como el océano son mucho más hermosos que yo. Esto, en vez de elevar mi autoestima, la destruye. No estoy viviendo bellamente. Mi corazón muy a menudo está preocupado por *mi* propia gloria en vez que por la de Dios. No obstante, el dolor de esta humillación es exactamente lo que necesito. Se siente mucho mejor que cualquier inflamamiento temporal de mi ego.

¹⁸ Elizabeth Barrett Browning, “Aurora Leigh”, Libro VII.

Jacob y Moisés aprenden el Temor del Señor

Cada evento se vuelve más dramático cuando leemos el Génesis a través de los lentes del temor del Señor. El diluvio es una exposición asombrosa de la justicia de Dios; Noé es una evidencia asombrosa de Su amor. La torre de Babel demuestra el gran poder y justicia de Dios; no permitirá que el hombre se glorifique a sí mismo. Pero Babel también demuestra el gran amor de Dios en que el limita los efectos del pecado de un líder. Con la gente esparcida por todo el mundo y viviendo en clanes distintos, existe menos oportunidad de que una persona oprima a muchos. El llamamiento de Abraham es un cuadro (que es bello y asombroso) de un amor que busca. El Dios trascendente se acerca a un hombre y le llama para ser el padre de mucha gente: el pueblo de Dios. Cada historia desafía nuestro entendimiento limitado de la justicia y el amor de Dios, y cada una puede llevarnos a reverenciar al Señor. Pero sólo la historia de Jacob revela a Dios con el nombre "Temor" (Gen. 31:53).

La primera vez que Jacob se encontró con Dios, (o el temor de Isaac, como le llamó), estaba huyendo de su hermano Esaú. Puesto que le había engañado para robarle su primogenitura, Jacob tenía razón para temer al hombre. Esaú era más grande, fuerte y quizá más volátil. Sin duda, en este tiempo en la vida de Jacob, el hombre era grande y Dios era pequeño.

El sueño de Jacob cambió todo esto (Gen. 28.10-22). La palabra "santo" es usada a través de toda la Biblia, pero es usada más a menudo como una descripción del lugar de habitación de Dios. Este es lugar en el que Jacob se encontró de pronto. En un sueño, la cortina del cielo se abrió y el Señor habló. Las palabras, ciertamente, fueron tiernas y de consuelo, no obstante eran santas. Por lo tanto, Jacob tuvo miedo; estuvo agradecido cuando despertó vivo todavía. Exclamó, ¡Qué maravilloso es este lugar e hizo el voto de que el Señor sería su Dios (Gen. 28:21). Le llamó Bethel al lugar, que significa casa de Dios.

Muy probablemente este evento estaba en la mente de Jacob cuando llamó a Dios "el temor de Isaac". Sin embargo, este no fue el único encuentro de Jacob con Dios. El contexto del siguiente encuentro con Dios fue similar en que incluía también la amenaza de Esaú, pero fue diferente en que Jacob iba a reunirse con Esaú en lugar de huir de él.

La pregunta era clara: ¿A quién vas a temer? ¿A Esaú o al Dios verdadero? Para ayudar a Jacob con esta decisión, Dios le bendijo con una visitación mucho más íntima que la del sueño en Bethel. Dios se presentó a Jacob como hombre, luchó con él y luego le bendijo.

¿Puedes imaginarlo? Una cosa es que Dios se revele en un sueño; otra cosa completamente diferente es que Dios se "ensucie" con su pueblo. No obstante, esta es la manera en la que Dios se deleita en revelarse a nosotros. Él es aquel que está cercano, él es Dios con nosotros. Tal exposición del carácter de Dios era demasiado para Jacob, así que Dios mantuvo su nombre en secreto. Sin embargo, para nosotros el misterio ha sido revelado. Conocemos al luchador con el nombre que inspira la mayor reverencia y asombro: "y ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla" (Fil. 2:10).

¿Puedes ya tener un sentido del poder del temor del Señor? Un conocimiento creciente de Dios disloca el temor a la gente, y echa fuera nuestra tendencia a ser casuales con nuestros pecados secretos. Y la buena noticia es que puede ser aprendido. Dios está absolutamente entusiasmado en bendecirnos con este conocimiento. No tienes que ser un patriarca de Israel. Simplemente debes ser una persona que ora (Ef. 1:17) y busca este grandioso regalo. También puedes aprender de otros que han aprendido el temor del Señor.

Moisés, al igual que Jacob, no era por naturaleza un hombre temeroso de Dios, pero ciertamente aprendió el temor del Señor. Su primera experiencia ocurrió cuando también estaba huyendo. Estaba en el desierto, escondiéndose de faraón, cuando Dios apareció como un fuego. En otras palabras, Dios trajo su habitación cerca de Moisés y lo declaró lugar santo. Se le ordenó a Moisés quitarse sus sandalias, y escondió su rostro porque tenía miedo.

Tanto Jacob como Moisés recibieron bendiciones y promesas (un conocimiento del amor de Dios es esencial para tener temor reverente), pero ambos tuvieron temor ante la cercanía del Dios Altísimo. Su temor del Señor se caracterizó por el terror al igual que por la adoración. En esto son buenos ejemplos. En la vida del cristiano, el movimiento va del terror del juicio a la adoración motivada por amor. No obstante, estos ejemplos bíblicos sugieren que temblar también es apropiado para el creyente. Es bueno que tengamos tiempos en los que estemos incómodos delante de Dios. Puede no ser un temor al castigo, sino un temor a incurrir algo que desagrade a

Dios. O puede simplemente ser el temor (reverencia) que es inevitable cuando vemos a Dios en su gloria. Cuando somos sensibles a las demandas de Su santidad, podemos ser guiados por Moisés, Jacob, y el salmista para decir, “mi carne se ha estremecido por temor de ti” (Sal. 119:120). Uno de los nombres de Dios es “Temor”.

Las lecciones de Éxodo

Aprendemos el temor del Señor al conocer a Dios el Creador. El universo es ciertamente una expresión de su poder y amor. También aprendemos el temor del Señor al ser testigos de Dios como redentor. En el Antiguo Testamento, esto es visto con mayor claridad en el éxodo de Egipto.

El éxodo de Egipto y la ley dada en el Sinaí fueron algunas de las clases a gran escala sobre el temor del Señor. Durante estos eventos, Dios demostró que sólo él era Dios. Nadie podía compararse con él. Dios no tiene igual en poder y juicio, en amor y fidelidad.

Después de que los israelitas salieron de Egipto, eventualmente fueron llevados a la montaña de Dios. Estando cerca de la habitación de Dios, se les ordenó limpiarse simbólicamente y ser apartados: no podían tocar las faldas de la montaña, lavaron sus vestiduras, y se abstuvieron de relaciones sexuales cuando estaban alrededor de la montaña. Debían prepararse para estar cerca de tierra santa.

Lo que presenciaron fue sorprendente. Fuego descendió sobre la montaña; el humo estaba por todos lados. La montaña entera tembló, y el sonido de la trompeta, anunciando la venida de Dios, sonaba más y más fuerte. Los sentidos de la gente fueron llevados hasta sus límites.

En una ocasión experimenté algo más o menos igual de fuerte y abrumador. Había estado conduciendo cerca de veinticuatro horas con algunos compañeros del colegio en dirección al sur de Florida. Cuando llegamos era como la una y media de la madrugada. Los moteles nos parecieron muy caros para una noche tan corta, así que decidimos encontrar un lugar para poner una tienda de campaña. Mientras tanto, todos, con excepción del conductor, estábamos dormitando. Cuando finalmente se detuvo, pusimos la tienda y nos dormimos. Lo que no sabíamos fue que en su apuro por encontrar un lugar donde acampar, había pasado una señal de “Prohibido el paso”.

La siguiente cosa que recuerdo fue que la tierra estaba temblando y el sonido de montañas cayéndose. En la conmoción todo lo que noté fue que mis amigos estaban boquiabiertos y las venas de sus cuellos estaban salidas. Estaban gritando, pero el ruido afuera era tan ensordecedor que no podía escuchar nada de ellos. Después de unos momentos, salimos de la tienda y nos enteramos de lo que había pasado. Habíamos acampado justamente al final de una pista de aterrizaje militar. El ruido que habíamos escuchado fue un enorme transportador militar que había despegado a unos cuantos metros de nuestras cabezas.

Sospecho que tampoco los israelitas podían escuchar los gritos de sus vecinos cuando las trompetas sonaron. Pero seguramente estaban muy concentrados en la montaña como para notar las bocas abiertas y las venas salidas.

El resultado fueron diez palabras en dos tablas de piedra: la ley. ¿Parece ser esto decepcionante? Con tanta fanfarrea la gente pudo haber esperado más que dos tablas de piedra. Al menos pudieron haber sido dos tablas de oro. No obstante, si estaban esperando algo más magnífico, completamente mal entendieron la naturaleza de la ley.

La ley es maravillosa porque revela el carácter santo de Dios. Los diez mandamientos y sus muchas aplicaciones nos enseñan acerca del dador de la ley. Revelan que los caminos de Dios son profundamente más altos que los caminos de las naciones circunvecinas. Lo que puede parecernos algo sin importancia, realmente fue una bella revelación del Dios que protegió al oprimido y al pobre, que odia la injusticia, que ama la misericordia, ofrece perdón y purificación, y que es moralmente puro. En la ley, Dios establece un nuevo estándar de santidad que el mundo no había conocido.

También podemos decir que la ley es un documento de amor santo. En él Dios dice, “Les he mostrado que aunque eran una de las naciones más débiles, les rescaté y cuidé de ustedes como mi hijo amado. Les he revelado más de mi amor eterno por ustedes. Ahora que han visto

mi amor y saben que son mis hijos, deben aprender a amarme y a vivir como hijos divinos. Para mostrarles cómo hacer esto, le doy la ley. Ella les mostrará como ser como su Padre celestial.”

“Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos porque yo soy santo” (Lev. 11:44)

“Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios.” (Lev. 19:2)

“Santificaos, pues, y sed santos, porque yo Jehová soy vuestro Dios.” (Lev. 20:7)

“Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos”. (Lev. 20:26)

¿Cómo sería santo el pueblo? ¿Cómo amarían y glorificarían a su Dios? En reverencia se someterían a la autoridad de Dios y le obedecerían. Así es como se ve el temor del Señor. Esto es lo que la ley puede enseñar. ¿Qué regalo más majestuoso puede existir? No es de sorprender que el salmista dijo: “mi carne se estremeció por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo” (Sal. 119:120).

Esta es la tercera clase acerca del temor del Señor. En este punto, asegúrate de mantener tus ojos en el Santo. Ya sea que hablemos del Gran Cañón o los Diez Mandamientos, éstos inspiran asombro porque son una expresión del carácter santo de Dios.

7

CRECE EN EL TEMOR DEL SEÑOR

El problema es claro: La gente es muy grande en nuestras vidas y Dios es demasiado pequeño. La respuesta es directa: debemos aprender a conocer que nuestro Dios es más amoroso y más poderoso de lo que imaginábamos. Sin embargo, esta tarea no es fácil. Aun si trabajáramos en el parque nacional más espectacular, o la zarza en el patio comenzara a arder sin consumirse, o si Jesús apareciera y peleara algunos “rounds” contra nosotros, no tendríamos la garantía de tener una reverencia persistente hacia Dios. Muy a menudo nuestras experiencias supremas son sobrepasadas rápidamente por el clamor del mundo, y Dios, una vez más, es disminuido en nuestras mentes. La meta es establecer una tradición *diaria* de crecimiento en el conocimiento de Dios.

El temor de Dios: Su belleza

Para crecer en el conocimiento del Dios Santo debemos considerar hermoso y atractivo dicho conocimiento. Aquí es donde el libro de Proverbios nos puede ayudar. El corazón del libro es el temor del Señor: es la puerta de entrada, el camino, y el fin de la sabiduría – “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría; Y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia” (Prov. 9:10).

Puesto que el temor del Señor es el gran tesoro de la vida, Proverbios trata de cortejarnos para ir hacia él. Trata de hacer que el temor del Señor sea tan atractivo como sea posible. Aquellos que temen al Señor no temerán a nadie más (19:23). El temor del Señor alarga la vida (10:27), es una fortaleza segura para el que teme y para sus hijos (14:26). Es una fuente de vida (15:16), trae honor (22:24), y debe ser alabado cuando lo veamos (31:30).

¿Qué apariencia tiene el temor del Señor? Se ve como el amor al bien y el odio al mal. “El temor de Jehová es aborrecer el mal” (8:13). Se ve como la confianza en Dios (reverencia) y la obediencia a él.

¿Puedes darte cuenta de que el temor del Señor es una bendición? Sólo imagínate como sería un odio verdadero hacia el pecado, el nuestro y el de otros (Mat. 7:3-5). ¿Qué ocurriría con las peleas matrimoniales? Serían casi imposibles. Los cónyuges estarían demasiado ocupados otorgando y pidiendo perdón por su propio egoísmo. ¿Qué pasaría con las pequeñas pandillas en el patio de la escuela? Estarían contando historias *buenas* de los demás. ¿Qué pasaría cuando alguien pecara en nuestra contra? Ya no tendríamos que asesinar a la persona en nuestro propio corazón. Al contrario, cubriríamos el pecado en humildad y amor, o confrontaríamos a la persona en el mismo espíritu.

Al leer las siguientes historias, trata de tener en mente algunos ejemplos de tu propia vida cuando las personas han sido más grandes que Dios. Y recuerda que esas personas que te controlan son gatitos inofensivos cuando se les compara con el León de Judá.

El temor del Señor: Las preguntas de Dios

“¿Has considerado a mi siervo Job?” el Señor le preguntó a Satanás. Job es el ejemplo casi perfecto de una persona que teme al Señor. Si quieres saber si temes o no a Dios, toma nota de tu reacción cuando te quitan alguna cosa buena. ¿Cómo reaccionas ante la pérdida financiera, la muerte de un miembro de la familia, o la pérdida de amor? ¿Cuántos de nosotros, después de experimentar tal sufrimiento intenso estaríamos persuadidos de que Dios es más grande que nuestro sufrimiento? Sin duda Job lo estaba. Después de haber perdido todo dijo, “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá, Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21). Luego, después de que su propio cuerpo fue afligido severamente, dijo, “¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (Job 2:10). Job es el primero en hablar específicamente acerca de la *sabiduría* y el temor del Señor cuando dijo, “He aquí que el temor del Señor es la sabiduría; y el apartarse del mal, la inteligencia” (Job 28:28). Pero aun considerando estas declaraciones, no son las palabras de Job las que más nos instruyen.

Además cuando Dios dio la ley, el discurso más grande de Dios en toda la Biblia está en los cuatro últimos capítulos de Job. Es un discurso que tiene la intención de causar que Job crezca aun más en el conocimiento de la grandeza de Dios. Si lees estos capítulos todos los días por un mes vas a encontrar que son un tratamiento para combatir casi cualquier cosa. ¿Le temes a la gente? ¿Estás sufriendo? ¿Estás ansioso? ¿Deprimido? ¿Luchando con la ira? ¿Tienes dureza de corazón? Escucha estas preguntas salidas de la boca de Dios.

“¿Has mandado tú a la mañana en tus días?” (38:12)

“¿Has visto las puertas de la sombra de muerte? ¿Has considerado tú hasta las anchuras de la tierra?” (38:17-18)

“¿Enviarás tú los relámpagos, para que ellos vayan? ¿Y te dirán ellos: Henos aquí?” (38:35)

El paso de las preguntas de Dios es implacable. Te dejan sin habla. Pero son entregadas con gracia a un hombre justo que atesora el temor del Señor por sobre todas las cosas. El efecto de las palabras de Dios fue exactamente el que se buscaba: la reacción de Job demostró que él entendía que Dios era Santo – Dios estaba por encima de él. El conocimiento de Dios era demasiado maravilloso para ser entendido. Dios era diferente a Job. No era como un hombre que pudiera ser puesto en entredicho. Job se humilló delante del Todopoderoso como evidencia de su crecimiento en el temor del Señor. “Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:6). Tal humildad y arrepentimiento es una señal segura de que estamos aprendiendo del temor del Señor.

¿Puedes recordar tiempos en tu vida cuando dijiste, “Dios es Dios – me someto a su voluntad”? En esos momentos los demás no tienen poder para manipularnos, presionarnos o controlarnos.

El temor del Señor: Cara a Cara

Aunque la clase para Job sobre el temor del Señor no estaba dirigida específicamente hacia el temor a los demás, la instrucción que Dios le dio al profeta Isaías ciertamente lo estaba. Cuando Isaías fue llamado por Dios, le fue dado un mensaje que garantizaba que sería rechazado y amenazado físicamente por los demás (Isaías 6:9-14). Habrían oportunidades a diario para temer al hombre en vez que a Dios. Como resultado, era esencial que el tuviera el temor del Señor marcado dentro de su corazón, porque el que teme a Dios, no teme a nadie más.

Piénsalo. Dios te dice que hables públicamente en contra de la política nacional de tal manera que serás declarado traidor de la patria. Eres invitado a un banquete y tienes que predicar de la condenación de la gente. Serás la persona menos popular de Israel y Judá, y los reyes desearán tu cabeza. En tales situaciones Dios le da gracia especial a su pueblo. Para Isaías, esta gracia vino como un tipo de sermón de ordenación. El impacto de esta ordenación le dio forma al libro entero, y es la razón por la que Isaías prefiere llamar a su Dios el Santo de Israel.

“En el año que murió el rey Uzías” (Is. 6:1), comienza diciendo Isaías. Con esta introducción, Isaías no está tratando de darnos una marca histórica para los eventos que seguían; sino está presentándonos el temor del Señor.

El rey Uzías fue un rey maravilloso. Habiendo sido instruido en el Temor del Señor por Zacarías (2 Cron. 26:5), el Señor le dio éxito tras éxito. No obstante, no prestó atención a la instrucción de la ley de estar especialmente alerta durante los días de la prosperidad. Cuando llegó a ser poderoso, en su orgullo usurpó una labor delegada específicamente sólo a los sacerdotes. El resultado fue que el Señor le afligió inmediatamente con lepra.

Esto nos trae memorias de Moisés. Tenemos un líder verdaderamente bueno que dio un traspie en un sólo punto y fue disciplinado severamente. A Moisés no le fue permitido entrar a la tierra prometida, y Uzías tuvo lepra hasta el día que murió. Por lo tanto, cuando murió Uzías fue un tiempo de luto nacional, y también fue un tiempo para crecer en el temor del Señor. El Señor era un Dios Santo quien no toleraría el pecado en su pueblo. Así que Isaías estaba temblando aun antes de la visión.

Isaías estaba en el templo, muy probablemente pensando en Uzías, cuando Dios le abrió los ojos para ver las realidades celestiales.

“Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.” (Is. 6:1-2)

Isaías vio al Señor, sentado en el trono, vestido con togas sacerdotales. Su presencia santa dominaba el templo. Era tan dominante que los serafines tenían que revolotear encima del trono. No había espacio alrededor de él.

Estos serafines son mencionados exclusivamente en Isaías. El hecho de que Isaías no estaba familiarizado con ellos hace que la escena sea aun más sorprendente. Un ángel más reconocible y familiar hubiera hecho la escena más fácil para él. “Si pueden estar delante de Dios, tal vez yo también pueda”. Pero Isaías no estaba preparado en lo absoluto para ver a estas criaturas. Ni siquiera había escuchado de ellas alguna vez. La cosa más cercana a estas criaturas eran los querubines que estaban encima del arca del pacto, pero aun éstos sólo se encontraban en el Lugar Santísimo.

Los serafines parecían tener un solo trabajo – declarar la santidad del Señor. Eran tan majestuosos que sus voces estremecieron los quiciales de las puertas del templo. Pero aun con tal condición tan elevada, los serafines tenían la necesidad de cubrirse de la mirada santa de Dios.

Ellos decían el uno al otro: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”. La tríada de “santos” magnifica la santidad de Dios. Cada “santo” intensifica el anterior.

Mi hija me enseñó acerca del poder de tal repetición. Una tarde estaba trabajando en el estudio de mi casa. Cuando estoy allí, prefiero no ser interrumpido. No es una regla escrita ni oral pero probablemente he sido gruñón en el pasado cuando me interrumpen, de tal manera que mis hijas usualmente me dejan solo. Pero esta tarde en particular, Lisa realmente quería jugar conmigo. Me preguntó cuando acabaría, y luego se mantuvo alrededor, mirando sobre mi hombro, esperando que fuera pronto. Tal tentación fue demasiado para mí, así que me tomé la

tarde libre y jugué con ella. Esto significaba que tendría que trabajar en la noche, pero valió la pena.

Antes de irse a la cama puso una nota en mi mano.

“Querido papito,

Te quiero mucho, mucho, mucho, mucho, mucho, mucho.

Con amor, Lisa”.

Ella no tenía el vocabulario para decir “sobreabundantemente” o la habilidad poética para usar una metáfora rica. Si la hubiera tenido, la carta hubiera sido menos poderosa. En vez de eso, cada "mucho" intensificaba el anterior. Me estaba diciendo que era imposible para ella amarme más de lo que ya lo hacía.

Así es como aprendí a tener en cuenta la frase "santo, santo, santo".

Isaías hizo lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho. Clamó a gran voz, "¡Ay de mí!" Estaba seguro que moriría. El era inmundo, y estaba en la presencia del Santo de Israel quien había castigado a Uzías con lepra.

No obstante, el Señor no había terminado la lección. Esta era la escuela para aprender el temor del Señor, y el pináculo de la enseñanza consiste en la mezcla del poder y juicio con el perdón gentil y amoroso. Por lo tanto, en un acto que apunta hacia Jesús con una claridad sorprendente, el serafín se acerca al hombre que ya se consideraba hombre muerto. El serafín purificó a Isaías tomando un carbón caliente del altar de los sacrificios a Dios, y tocando sus labios con él (1 Juan 1:9).

Luego Isaías hizo lo que cualquiera de nosotros haría en tal situación. Olvidándose de sí mismo, se ofreció como siervo al Dios vivo. Su temor del Señor fue expresado por medio de una obediencia reverente. Esta es una de las grandes bendiciones del temor del Señor. Comenzamos a pensar menos en nosotros mismos. Cuando un corazón está lleno de la grandeza de Dios, existe menos espacio para la pregunta, "¿Qué va a pensar de mí la gente?"

Si has caminado entre pinos gigantescos, nunca serás sobrecogido por el tamaño de un árbol pequeño. O si has estado en un huracán, no tienes nada que temer de una lluvia de primavera. Si has estado en la presencia del Todopoderoso, todo lo que alguna vez te controló de pronto tiene menos poder.

Recuerdo que estuve en un grupo pequeño con un hombre que tenía temor de decir algo que pudiera molestar a alguien. Como resultado, era callado y titubeante con su esposa, raras veces disciplinaba a sus hijos, y su jefe lo aterrorizaba. Nos dimos cuenta que el padre de este hombre había sido impredecible en cuanto a su ira, pero nuestro entendimiento de esta relación pasado no liberó a este hombre. Finalmente, después de semanas de estar tratando de ayudarlo, el grupo se enfocó en algo más. Empezamos a estudiar las imágenes de Dios en el libro de Isaías. Después de cuatro reuniones, este hombre temeroso pidió que se orará por él - él iba a hablar con su jefe acerca de ciertas prácticas en la oficina que él pensaba que eran injustas. El conocimiento de Dios fue el primer paso hacia su liberación del temor del hombre.

Las imágenes de Dios incluyen la escena del trono en Isaías 6, pero hay todavía más. A través de todo el libro vemos imágenes de la justicia santa de Dios y la gran compasión de Dios para su pueblo. Cuando llegas a Isaías 40, los dos temas se alternan hasta que se unen en Isaías 53.

"Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios". Isaías 40 comienza una sección de profecías que culminan en el mensaje de la cruz. El Señor no dijo, "consolaos". El dijo: "consolaos, consolaos". El subraya el cuidado maternal que da a aquellos que están en el exilio. El más grande consuelo que Dios pudo dar fue su presencia con su pueblo. La razón por la que estaban exiliados era que habían dejado la presencia del Santo. Ahora el Santo estaba regresando a reclamar para sí a su pueblo. Él se estaba acercando.

Entre las voces que anunciaron esto estaba una que clamó, "toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo" (40:6). Aunque esta voz suena bastante desalentadora, en realidad ofrece palabra de consuelo. El consuelo era que el rey de Asiria - el opresor del pueblo de Dios - pasaría a la historia como las flores se marchitan. Aunque el pueblo se iría al exilio por sus propios pecados, éste no duraría para siempre, debido a que el rey de Asiria era un simple hombre y no era Dios. Su poder no podía deshacer las promesas eternas de Dios para su pueblo.

Dios estaba viniendo a rescatar a su pueblo de las amenazas, ataques y cautiverio. Con el mismo brazo fuerte con el que salvó a su pueblo una y otra vez, y el mismo brazo fuerte que juzgó a Israel, ahora abrazaría cerca de su corazón a las ovejas jóvenes.

"Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas." (Is. 40:11)

Cuando somos oprimidos por otras personas - ya sean enemigos, jefes, o cónyuges - esta es una de las imágenes santas que Dios nos da. Dios dice "La opresión no durará, pero mi compasión durará por siempre". Por supuesto, algunas veces esto es difícil de ver. Se requieren ojos de fe para ver el brazo fuerte de compasión de Dios y esperar la liberación en los tiempos de problemas. Pero la bondad de Dios siempre está cercana, y necesitamos la práctica de verla.

Después de esta imagen preciosa de Dios del cuidado para su pueblo semejante al de un pastor, Dios continúa haciendo preguntas como las que le hizo a Job. ¿Cómo concuerda esto con las imágenes de su compasión inmensa? Ambas imágenes nos dirigen hacia el temor del Señor. El Dios que está sobre todas las cosas, y el Dios que se acerca a su pueblo en misericordia y perdón debe ser temido.

"¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo? . . . Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es" (v.12, 17)

El estribillo que se repite dos veces en esta profecía, resume lo que es el temor del Señor.

"¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?" (v. 18)

Aunque estas palabras parecen haber sido sacadas del texto de Job, existe una diferencia importante entre los dos libros. En Job, Dios estaba hablando individualmente. En esta ocasión, el Señor le estaba hablando a todo el mundo. Inclusive se dirigía a las islas más lejanas (Is. 41:1). Dios nunca tuvo la intención de ser sólo el Dios de la tribu de Israel. Su gloria es demasiado grande para ser confinada a un grupo en particular. Su gloria es tal que demanda la atención de toda la raza humana (Is. 40:5). Ciertamente, él es un Dios grande.

La historia de esta gloria mundial nos lleva hacia un clímax en Isaías 52 y 53. No obstante, a primera vista, no es el final que esperábamos. Al contrario, esta historia finaliza con un feo siervo sufriente. Isaías 52 comienza de una manera adecuada. La gente está rebosante de gozo; los cautivos son liberados, las montañas alrededor de Jerusalén son hermosas, y toda la tierra será testigo de la salvación del Señor. Toda esta celebración es el resultado del siervo del Señor quien restaurará las tribus de Israel.

"He aquí mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, será puesto muy en alto" (v.13)

Pero abruptamente la situación se torna en algo casi macabro.

"Cómo se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres, así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca" (v. 14-15).

La gloria será una realidad a través del sufrimiento y la muerte. No nuestro propio sufrimiento y muerte, puesto que el texto claramente apunta a un siervo que nos representa. La exaltación vendrá a través del azotamiento del siervo por parte de Dios. Y todo esto será hecho para nosotros.

"habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores" (53:12)

Este es el cenit de la santidad de Dios. Si tu quijada no se cae cuando lees esto, entonces léelo otra vez. Lee y asómbrate.

Tal asombro te atrae hacia Dios; no te rechaza o te hace sentir avergonzado. Hace que desees venir a él y conocerle. Cuando el temor del Señor madura en ti, Cristo llega a ser irresistible.

¿Te has estado "escondiendo de Dios? o ¿No tienes una relación con Dios? Si es así, Jesús dice, "Ven . . .ven . . .ven " (Is. 55:1). Te invita a acercarte. Te invita a que lo conozcas como el Glorioso. Si esa invitación no te mueve, recuerda que él no dice sólo una vez "ven", sino que te lo repite. No pudo haber expresado su invitación más amorosamente.

El Temor del Señor: La Ira de Dios.

Jesús, el siervo del que habló Isaías, fue aplastado por nosotros; por lo tanto, no seremos aplastados si creemos y nos volvemos de nuestros pecados. Hemos sido rescatados del peligro de muerte y del dolor eterno. Pero a medida en que nos alejamos del día cuando fuimos rescatados ¿recordamos de lo que fuimos salvados? ¿Recordamos que debimos haber sido aplastados por la ira de Dios? ¿Nos damos cuenta, desde nuestra perspectiva, de que la cruz es la más grande injusticia que se haya cometido? ¿El Perfecto fue aplastado en lugar de los pecadores? ¿Y recordamos que habrá un juicio divino cuando la ira de Dios sea revelada (Rom. 2:5)? El infierno nos enseña acerca del temor del Señor.

Hoy en día, la mayoría de los norteamericanos creen en Dios, en el cielo, y en los ángeles, pero cada vez menos creen que existe el infierno. El infierno no es popular aun entre los estudiantes conservadores de la Biblia. Sin embargo, sospecho, que no es tanto que el infierno no sea popular estos días. Quizá es que es *demasiado* popular.

Permítanme explicar. Conocemos a Dios, tenemos una consciencia que nos dice lo que está bien y está mal. Sabemos que no llegamos a la medida de la gloria de Dios, y sabemos que merecemos su ira. Pero el pensamiento del infierno es demasiado terrible para ser enfrentado. Recuerda, preferimos pensar acerca de la baja autoestima en lugar de la desnudez delante de Dios. Somos buenos para evadir la santidad de Dios. De la misma manera, existen fuerzas espirituales poderosas que nos llevan a minimizar el terror del infierno.

Jesús, aquel que nos rescata del infierno, también es el que más nos habla acerca de él. El es el predicador que "asusta", el amenazador divino. He aquí algunos ejemplos de sus palabras:

"Cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego" (Mat. 5:22).

" Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego" (Mat. 7:19).

"Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado". (Marcos 9:43-44).

"El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado". (Jn. 3:18)

"Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. 25:41).

Considera Mateo 10:28, "Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno". Juan Calvino dijo que este texto hace que nuestros cabellos se pongan de punta.

Jonathan Edwards fue un predicador que trató de imitar a Jesús. Como resultado, predicó cierto número de sermones sobre el infierno. Su sermón más famoso sobre el infierno dejó a la gente temblando y los llevó a un avivamiento conocido en la historia como El Gran Avivamiento. Jonathan Edwards lo había predicado primero en la iglesia de Northampton, Massachusetts, pero no tenemos registro histórico de la respuesta de la gente. Fue en el lugar de reunión en Enfield, Connecticut, el 8 de julio de 1741, en donde ocurrió el impacto conocido por nosotros del sermón "Los pecadores en las Manos de un Dios Airado". Este sermón ciertamente no era el más aterrador de sus sermones; eran más severos los sermones: "La Justicia de Dios en la condenación de los pecadores" y uno sobre Romanos 2:4. Pero Dios usó "Los pecadores en las manos de un Dios airado" para incitar el temor del Señor. Estos fragmentos ilustran el porqué:

"No hay nada que mantenga fuera del infierno a los hombre perversos, sino el mero placer de Dios . . .La ira de Dios es como grandes aguas que se acumulan en el presente; están incrementando más y más, y se elevan alto y más alto, hasta que se les de salida; y mientras más se retenga la corriente, más rápida y poderosa será cuando se le deje ir.

El Dios que te retiene colgando sobre el abismo del infierno, de manera similar como uno sostiene a una araña, o a un insecto sobre la flama . . .Su ira hacia ti arde como fuego . . .él es de ojos purísimos como para aguantar tenerte a Su vista . . . Le has ofendido infinitamente más que un rebelde terco a su príncipe . . .

¡Oh pecador! Considera el peligro terrible en el que estás: Es una gran hoguera de ira, un abismo amplio y sin fondo. . .Estás colgando de una cuerda delgada, con las flamas de la ira divina ardiendo alrededor."¹⁹

Sus oyentes tuvieron una respuesta bíblica apropiada. Literalmente lloraron tan fuertes que Edwards tuvo dificultad para continuar. De hecho estaban cayendo de rodillas en los pasillos porque estaban abrumados con la santidad de Dios. Tal vez no fue un temor del Señor maduro, pero fue un buen punto de partida.

Aquí está la verdad acerca del infierno. Cuando una persona muere sin fe en Jesús, no existe liberación posible del infierno eterno (Mat. 25:46). No hay alivio del tormento (Rom. 2:4), y lo peor de todo es que la ira santa de Dios es derramada (Juan 3:36). Tal conocimiento llevó a Pablo a decir, "Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres" (2 Cor. 5:11).²⁰

Esto es lo que merecemos; esta es la ira y el "aplastamiento" que Jesús llevó sobre sí mismo por nosotros. Deberíamos temblar al pensar en ello. Deberíamos temblar porque pudimos haber sido nosotros los aplastados por nuestro pecado. Deberíamos temblar porque vivimos en la presencia de un amor divino que es absolutamente asombroso. Y, al hacer un contraste con el infierno, deberíamos temblar al pensar en el cielo. ¿Cómo es posible? Nosotros que estábamos desnudos delante de Dios, que merecíamos la ira eterna, somos bendecidos por el Padre a través de la fe. Una cosa es liberar a una persona de la prisión, pero es otra cosa llenar a esa misma persona con todas las riquezas que se puedan imaginar. Pero esto es lo que hizo nuestro Dios. Nos ha dado una herencia "el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mat. 25:34). ¿Cómo es posible?

¡Oh Señor! ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria? Respondemos a tu misericordia y amor, no con terror o tristeza mundana, sino con una reverencia que nos conduce al arrepentimiento y a un deleite en la confianza y la obediencia.

El Temor del Señor: Asombro

Existen muchos otros temas bíblicos y pasajes que nos dirigen hacia el temor del Señor. Sin embargo, el evangelio de Marcos es el libro del asombro. Constantemente dice que Jesús asombraba a aquellos que fueron testigos de su ministerio. Este asombro no siempre los llevó a una sumisión reverente, pero es la forma en la que Marcos nos enseña que Jesús es el Santo, es Dios encarnado.

El tema básico de Marcos es que Jesús asombró a la gente tanto por su enseñanza como por sus obras milagrosas. Desde el principio recalca este tema: "Y se admiraban de su doctrina" (Marcos 1:22). El evangelio de Marcos procede a mostrar a Jesús teniendo autoridad sobre los espíritus inmundos (1:27). Luego, cuando Jesús le dijo al paralítico que sus pecados eran perdonados y pudo caminar, todos se asombraron y glorificaron a Dios (2:12).

La siguiente historia de asombro llevó a los discípulos a recordar el relato de la creación y de la palabra creadora de Dios. Las multitudes ya estaban siguiendo a Jesús hasta el punto en que un barco era uno de los contados lugares en donde podía descansar. "Pasemos al otro lado", le dijo Jesús a sus discípulos. Después de haber navegado lejos de la orilla, se levantó una fiera tormenta que amenazaba con hundir el barco. Las olas irrumpían contra la barca y ésta se estaba llenando de agua. ¿Cómo podía dormir Jesús durante un evento como este? Esto, de hecho, ya parecía ser sobrehumano, pero no fue lo que causó asombro. Cuando los discípulos finalmente lo despertaron, Jesús habló a su creación. "Calla, enmudece". Y el agua quedó tan plana como un prado.

Antes de esta ocasión, los discípulos habían visto y escuchado muchas cosas. Habían presenciado muchas sanidades milagrosas, y habían escuchado la enseñanza que había provocado tanto asombro en las multitudes al igual que los milagros. Pero esta es la primera vez que Marcos habla de la reacción de los discípulos.

¿Cómo reaccionarías si estuvieras junto al Dios creador y le escucharas hablar a su creación? No olvides que aun las palabras de los serafines hacían temblar el templo.

¹⁹ The Works of Jonathan Edwards (New York: Leavitt and Allen, 1855), 4:313-21.

²⁰ Un libro útil es Robert A. Peterson, *Hell on Trial: The Case for Eternal Punishment* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed, 1995).

"Entonces temieron con gran temor", nos dice Marcos respecto a los discípulos. No sintieron alivio o felicidad de que estaban vivos y ni siquiera perdieron su barco. Ellos estaban aterrados.

¡Qué reacción tan maravillosa! Era la reacción ideal para aquellos que eran aprendices del temor del Señor.

Esto fue sólo el principio. Marcos quiere que sepamos que todo el ministerio de Jesús fue puntualizado con asombro. La gente se asombraba cuando envió a los espíritus inmundos a los cerdos (5:20). Cuando la hija de Jairo fue levantada de entre los muertos, sus padres estaban completamente asombrados (5:42). Cuando Jesús enseñó en la sinagoga muchos que le escucharon se maravillaron (6:2). La gente se maravilló cuando los fariseos trataron de tender una trampa a Jesús y él la convirtió en una demostración de su sabiduría (12:17). Los discípulos se maravillaron cuando caminó sobre el agua. Cuando sanó a un hombre sordo y mudo, la gente se sobrecogió y se maravilló (7:37). La gente se asombraba simplemente mirando a Jesús (9:15). No obstante, no hay evidencia de que estos asombros se convirtieran rápidamente en fe, excepto en el caso de una mujer en particular (5:26-34).

Hay varios misterios en este último evento. ¿Cómo supo Jesús que había salido poder de él? (5:30), y ¿cómo pudo pensar la mujer que sanaría con sólo tocar a Jesús? Las sanidades de Jesús usualmente estaban acompañadas de una palabra o un acto específico. ¿Qué le hizo pensar que la sanaría un toque clandestino?

Ella pensó: "Si tocare tan solamente su manto, seré salva" (5:28). Fue su fe lo que la identificó. Jesús había sido tocado por miles de personas, pero, hasta este punto, sólo hubo una persona identificada como poseedora de fe. Había gastado todo lo que tenía en tratamientos médicos y su sangrado sólo empeoraba. No obstante, cuando escuchó que Jesús estaba viniendo, creyó que él podía sanarla. Ciertamente esto es una gran fe. Después de docenas de tratamientos esta mujer seguramente había perdido la esperanza. Por supuesto que hubiera probado el tratamiento que se le atravesase en el camino, pero no tendría confianza en él. Ya se había convencido de que no existía nada que la ayudase. Pero cuando escuchó que Jesús estaba viniendo, pensó, "si tan sólo tocase sus vestiduras, seré sanada". No pensó "tal vez sea sanada". Esta mujer estaba segura porque conocía a Jesús.

Esta mujer anónima es una maestra del temor del Señor. Primero escuchó a Jesús y vio lo que hacía. Sin duda, estaba maravillada por lo que vio y escuchó. Pero su asombro la llevó a tener confianza de que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios.

¿Qué me dices de ti? Cuando lees estos eventos, ¿Te asombras o sólo son una lección más de Escuela Dominical? Permite que esta mujer te muestre al Hijo de Dios de una nueva manera, más grande que antes. Luego, permite que te enseñe algo más: "No te quedes allí parado con la boca abierta. ¡Cree!" El asombro es bueno, pero debe llevarnos a la fe, y la fe debe llevarnos a la acción.

El Temor del Señor: "No temáis"

Continuando en el libro del asombro, Marcos nos relata otra historia en la que la gente se asombró. Pero es el tipo de asombro en el que los testigos oculares no podían hacer otra cosa más que quedarse boquiabiertos. El evento fue la transfiguración, en la que Jesús les dio un atisbo de su esplendor divino. Pedro simplemente estaba parado allí boquiabierto. Pero Jesús sabía que las semillas de fe en la vida de Pedro pronto traerían gran fruto, así que le permitió a Pedro estar simplemente asombrado.

La transfiguración no es algo sin precedentes en la Escritura. Por ejemplo, los padres de Sansón presenciaron un evento similar (Jueces 13). Sin embargo, ellos tuvieron una reacción usual: "Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto". La reacción de Pedro fue única.

¿Por qué Jesús llevó sólo a Pedro, Jacobo y a Juan? No lo sabemos. Pero sí sabemos que Jesús les estaba dando un regalo que recordarían a través de todo su ministerio. Se les recordó que el que vivía con ellos era Dios encarnado. El regalo fue un curso avanzado en el temor del Señor.

"Su rostro resplandecía como el sol. Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les

apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. Y hablaban de su partida, que iba a cumplir Jesús en Jerusalén." (Mat. 17:1-3; Marcos 9:1-4; Lucas 9:28-31).

Por supuesto, los discípulos estaban aterrados. Fueron despertados por esta demostración asombrosa de gloria. Pero la reacción de Pedro fue ciertamente única en toda la Escritura. ¿Por qué sugirió que pusiera tres enramadas (una para Jesús, una para Moisés y una para Elías)? Seguramente tuvo sus razones, pero no vale la pena tratar de entenderlas, puesto que el libro de Marcos nos da la razón verdadera. En uno de los comentarios editoriales más humorísticos de la Biblia, Marcos explica la tontería de Pedro: "porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados" (Marcos 9:6). La mayoría de la gente queda silenciada cuando están en asombro. Pedro tenía que decir algo. Dios, lleno de gracia, lo interrumpió.

"Mientras él decía esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo." (Mat. 17:5-8; Mar. 9:7-8; Luc. 9:34-35).

Jesús, el gran pastor, cuyo amor santo es tan asombroso como su poder, dice, "No temáis". Las palabras eran conocidas. Los discípulos las conocían por los relatos de Moisés y Josué, pero nunca antes fueron tan significativas. De nuevo, Jesús nos invita a acercarnos y conocerle.

El Temor del Señor y el Evangelio

Todo esto se estaba dirigiendo a la muerte y resurrección de Jesús. Es bueno estar asombrado por todo en la Biblia, pero aquí es donde el amor santo y la justicia santa se unen. Como resultado, nuestro temor (reverencia, fe) siempre debe llevarnos al evangelio.

El amor santo – él era como un cordero yendo al matadero, en nuestro lugar. "Siendo aún pecadores (enemigos), Cristo murió por nosotros".

La justicia santa – la pena por el pecado es la remoción de delante de la presencia de Dios. "Mi Dios, mi Dios, ¿Por qué me has desamparado?"

Su muerte debe producir en nosotros un temor piadoso. No existe ningún otro acto que incluya tal amor santo y justicia santa.

Tal muerte trajo asombro, pero debes sorprenderte por quiénes estaban asombrados. Marcos menciona a algunas mujeres que estaban mirando, pero no nos ofrece su reacción. No menciona a ninguno de sus discípulos. La única reacción personal a la muerte de Jesús mencionada en el libro de Marcos es aquella del centurión romano. No sabemos qué había presenciado del ministerio de Jesús. Tal vez sólo presencié su muerte. Pero lo que dice es verdaderamente admirable. Suena como asombro que se extiende hacia la fe.

"Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Marcos 15:39).

Jesús había hecho y dicho cosas que dejaron asombradas a las multitudes. Después de un tiempo, las multitudes se maravillaban tan sólo con verle. Pero el comentario más asombroso en este libro es quizá aquel del centurión, y todo lo que aparentemente estaba haciendo era presenciar la muerte de tres enemigos de Roma.

He leído acerca de la muerte de muchos hombres y mujeres famosos. Algunas personas fueron a la muerte molestos ya sea al tomar sus propias vidas o agitando el puño hacia Dios. Otros estuvieron rodeados por amigos y estudiantes, y los testigos oculares comentaron cómo murieron con tanta paz y tranquilidad. Pero nunca he leído el relato de alguien que se haya asombrado por la muerte de una persona.

Jesús no predicó ningún sermón desde la cruz, ni aparentemente realizó algún milagro. Sencillamente murió, y el centurión supo más allá de cualquier duda que Jesús era el Hijo de Dios.

Marcos luego testimonia del hecho de que Jesús conquistó a la muerte. Su reporte sucinto hace que suene casi anticlimático, como si estuviera diciendo, "Por supuesto, habiendo escuchado a Jesús testificar acerca de sí mismo y validar su testimonio con palabras y hechos, supimos que la muerte no podría contenerlo. Después de todo, Jesús es el Santo que está

por encima de la muerte, no debajo de ella". Pero Marcos no puede evitar citar una reacción más de asombro. Es probable que su epístola termine con estas palabras:

"Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo" (Marcos 16:8).

Este temor (miedo) y espanto pronto se convirtieron en temor (obediencia reverente o adoración) y confianza.

Todos estos ejemplos bíblicos apuntan hacia la misma conclusión: El Dios trino se deleita en mostrarnos su grandeza y santidad, y nunca debemos estar satisfechos con nuestro conocimiento actual de él. Por lo tanto, aspira a tener el temor del Señor. Tal deseo ciertamente será satisfecho al orar:

"Señor, enseña a tu Iglesia a temerte. Tu gracia no siempre nos asombra. Somos muy lentos para odiar nuestro pecado. Estamos más preocupados por lo que los demás piensen de nuestra apariencia que por la obediencia reverente ante ti. Deseamos deleitarnos en el temor. Queremos atesorarlo y pasarlo a la siguiente generación. Amén."

Para Pensar

La clave para aprender el temor del Señor es permanecer en la Escritura. Cuando estés en la Escritura, ora para que Dios te enseñe que él es el Santo.

1. Revisa los Salmos de la creación: Salmo 8; 19; 29; 65; 104.
2. Medita en los Salmos del Trono: Salmo 95-97; 99.
3. Memoriza el Salmo 139. Este salmo declara que la providencia de Dios es tan extensa que penetra en cada detalle de nuestras vidas.
4. Revisa un himnario y subraya los cantos que expresan la majestad y santidad de Dios.
5. Lee el libro de Habacuc. Es similar a Job en que Dios responde directamente a un hombre que tenía preguntas acerca de lo que Dios estaba haciendo. Todas las preguntas se resolvieron cuando Habacuc aprendió el temor del Señor.
6. Lee *La Santidad de Dios* de R.C. Sproul (Wheaton, Ill.: Tundale, House, 1985).
7. Revisa los pasajes del Nuevo Testamento que tratan acerca del infierno. Además del que se menciona en este capítulo, puedes considerar 2 Tes. 1:5-10; 2 Pedro 2:6; y lee Apocalipsis 14:9-11. Asegúrate de conversar con otras personas de tu Iglesia acerca de tus meditaciones. Sé de bendición para ellos con lo que Dios te está enseñando, y escucha a lo que Dios te está enseñando.
8. Organiza un grupo de oración que tenga el énfasis: "El temor del Señor" o "Conociendo a Dios".
9. Toma tiempo para confesar a Dios, tu temor a la gente y tu falta de temor del Señor.

8

EXAMINA BÍBLICAMENTE TUS NECESIDADES SENTIDAS

"Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen"
(Salmo 34:9)

Cuando pasas tiempo ante el trono de Dios, las cosas se ponen en perspectiva. Las opiniones de los demás son menos importantes, y aun nuestras opiniones acerca de nosotros mismos parecen ser menos importantes. Quizá eso es todo lo que necesitamos. Las visitas diarias a la corte del Señor curan el temor al hombre. Pero ¿qué haces si sientes que tus necesidades no están siendo satisfechas? ¿Qué haces si la autoestima sigue siendo una

preocupación agobiante? El temor del Señor es el corazón del tratamiento en contra del temor al hombre, pero no es el único tratamiento. La liberación del temor al hombre tiene tres componentes: debemos tener un conocimiento bíblico de Dios, de las demás personas y de nosotros mismos. En este capítulo consideraremos más de cerca lo que Dios dice acerca de nosotros mismos y nuestras necesidades.

Paso 5: Examina dónde tus deseos han sido muy grandes. Cuando tememos a la gente, la gente es grande, nuestros deseos son aun más grandes, y Dios es pequeño.

La pregunta es esta: ¿Cuál es nuestra forma básica dada por Dios o nuestra identidad? La noción prevaleciente es que hemos sido creados con necesidades psicológicas. La puedes hallar en las librerías, ya sean seculares o cristianas. La puedes escuchar en las salas de consejería. Y es parte de la conversación casual tanto en la iglesia como en el mundo.

- "Si tan sólo mi esposo me animara más"
- Si tan sólo mi esposa me respetara"
- Si tan sólo mis hijos me obedecieran"
- Si tan sólo mostrara algo de interés en mí"
- Si tan sólo mis padres me dieran más independencia"

¿Puedes escucharlo? Las tazas de amor están vivas. "Lléname de _____, y entonces seré feliz". Tendemos a vernos como personas que necesitamos algo de alguien para poder cambiar.

La perspectiva popular acerca de la gente

Visto en conjunto, un punto de vista popular acerca de la gente se ve como sigue:

1. Nuestra forma básica es aquella de un recipiente - una taza - que tiene necesidades psíquicas.
2. Tenemos una larga lista de necesidades psíquicas, pero estas necesidades tienden a agruparse alrededor de las necesidades básicas de amor y significado.
3. Cuando estas necesidades no son satisfechas, caemos en un déficit, y por lo tanto nos sentimos vacíos.
4. Debemos ser cuidadosos de quién es el que llena estas necesidades. Miraremos ya sea a la gente o a Cristo para satisfacerlos.

¿Qué son las necesidades?

Al considerar estas cuatro ideas, el lugar natural para comenzar la decodificación de la perspectiva sobre nosotros mismos, es entendiendo nuestras propias necesidades. ¿Qué dirías que realmente necesitas? Tus respuestas te llevarán al corazón del punto de vista que tienes acerca de ti mismo.

La respuesta para mí es fácil. Necesito que mi esposa me ame. Necesito tener un sentimiento de que contribuyo en algo con mi trabajo. Necesito que mis hijos me obedezcan, especialmente cuando hay otra gente en nuestro hogar. Necesito dinero, por supuesto. Pienso que eso es todo por el momento.

¿Cómo responderías a la pregunta? Una manera de responder sería haciendo otra pregunta: "¿Qué quieres decir con el término *necesitar*?" Ciertamente la palabra puede tener varias connotaciones. Si estuvieras perdido en el desierto y muriéndote de sed, tu respuesta sería "agua". Si tu pastor te hace la pregunta durante un sermón, y especialmente si te dice "¿*Realmente* qué necesitas?", entonces tu respuesta probablemente sería, "Jesús". No obstante, si alguien te hiciera la pregunta alrededor de una taza de café, la respuesta probablemente sería: respeto, amor, comprensión, alguien que me escuche, autoestima, hijos obedientes, seguridad, control, algo emocionante - la lista termina donde terminan la imaginación y los deseos humanos.

Bienvenidos a la palabra "necesidad", uno de los términos más confusos del idioma español. Todo mundo lo usa, pero puede expresar ideas que no tienen ninguna relación entre sí. Por ejemplo, "Necesito unas vacaciones" es una manera cultural de decir que me estoy cansando de la rutina del trabajo. "Necesito el respeto de mi esposa" revela la creencia de que experimentaré un déficit psicológico si mi esposa no satisface esta necesidad psíquica percibida. "Necesito agua" es una manera de expresar una necesidad biológica verdadera que cuando es

negada, nos llevará en realidad a una salud pobre o a la muerte. "Necesito sexo" típicamente expresa un corazón de lascivia, pero el corazón se engaña a sí mismo pensando que sólo está pidiendo llenar una necesidad biológica.

Algunos significados casi son neutrales: una esposa dice a su esposo, "Necesitamos un galón de leche y una paquete de pan". Otros significados están cargados de complicaciones: el esposo reclama, "Necesito que me dejes en paz". Entre todos estos usos de la palabra "necesidad", hay tres diferentes niveles de significado: necesidades biológicas, necesidades espirituales y necesidades psicológicas.

Necesidades Biológicas. Las necesidades biológicas son bastante claras. Necesitamos comida, agua y habitación; de lo contrario, morimos. Este es un uso común de la palabra "necesidad" en las Escrituras. Jesús nos exhortó a no afanarnos por lo que comeremos, comeremos o vestiremos, porque nuestro Padre Celestial sabe que necesitamos estas cosas (Mat. 6:32).

Esta categoría ha llegado a ser confusa recientemente. Por ejemplo, "Necesito cerveza" ha estado inmigrando hacia esta categoría por décadas. El alcohol ya no es lo que satisface el deseo resultante de la experiencia, práctica y deseo; en vez de esto, la "necesidad" es percibida como un impulso biológico que es casi irresistible. O considera el popular "necesito sexo". Cuando se le saca de la categoría de deseo y lascivia, y se percibe como algo biológico, la suposición es que el sexo es una necesidad biológica, casi idéntica a la necesidad de comida y agua. El razonamiento es que siendo una necesidad biológica, el autocontrol sexual es algo no natural, y la única opción es practicar el sexo "seguro". Por lo tanto, la abstinencia es algo añejo e imposible biológicamente.

Necesidades Espirituales. Un segundo uso de la palabra "necesidad" es el de necesidad espiritual". Sin Jesús somos personas desesperadas y necesitadas. Estamos muertos en nuestros pecados, somos enemigos de Dios, estamos condenados delante de él, somos esclavos de Satanás y de nuestros propios deseos, estamos sin esperanza e incapaces de remediar nuestra situación o de agradar a Dios. Claramente estas nos muestran necesidades más profundas.

No obstante, nuestro Dios trino no nos deja solos. Jesús es el que satisface. En Jesús, Dios nos da vida, nos reconcilia consigo mismo, y nos llama amigos, nos perdona legalmente, y nos redime de la esclavitud del pecado y de Satanás. De acuerdo con la Escritura, Jesús satisface todas nuestras necesidades para la vida y la piedad (2 Pedro 1:3).

Necesidades Psicológicas. Aquí es donde las cosas se ponen escabrosas. Los límites de esta tercera categoría son más difíciles de encontrar. Estas son llamadas necesidades psicológicas. La lista de las necesidades psicológicas puede ser larga, pero típicamente tienen que ver con lo que deseamos en las relaciones: importancia, aceptación, respecto, admiración, amor, pertenencia, significado, etc. Algunas personas colapsan toda esta lista en una sola cosa: la necesidad de amor.

En los Estados Unidos, típicamente, se asume que la necesidad de amor es tan básica en la naturaleza humana como las necesidades biológicas y espirituales. Puede ser tan fuerte como nuestras necesidades de comer o dormir.²¹ Como notamos en el capítulo 5, los libros tales como *Love Is a Choice (El amor es una decisión)* declaran que tenemos "una necesidad de ser amados de nacimiento y proveniente de Dios. Es una necesidad legítima que debe ser satisfecha de la cuna a la tumba. Si se priva a los niños de amor – si esa necesidad primaria no se satisface – ellos llevan las cicatrices de por vida."²² Pero hay dos preguntas que rara vez se hacen acerca de esta necesidad de amor. Primero, aunque todos estamos de acuerdo en que el amor es un *deseo* humano universal, ¿Cómo justificamos la elevación de un *deseo* a la categoría de una *necesidad* dada por Dios? Existe una diferencia importante ente las dos palabras. Segundo, y quizá aun más importante, ¿Cuál es propósito de tener satisfecha esta necesidad?

La respuesta a la primera pregunta usualmente es, "Dios nos creó a su imagen y dijo que no era bueno que estuviéramos solos. Por lo tanto, necesitamos a las demás personas". Esto tiene sentido bíblicamente. En un sentido, necesitamos a la gente. Pero esto nos deja la segunda

²¹ Tom Whiteman and Randy Petersen, *Love Gone Wrong* (Nashville: Nelson, 1994), 90.

²² Robert Hemfelt, Frank Minirth, and Paul Meier, *Love Is a Choice* (Nashville: Nelson), 34

pregunta: ¿Para qué necesitamos a la gente de acuerdo con la categoría de las necesidades psicológicas? De acuerdo con la categoría de las necesidades espirituales, necesitamos a la gente para alertarnos del engaño del pecado, para indicarnos el camino del amor a Jesús, para ayudarnos a sobrellevar las cargas, y para muchas otras cosas. ¿Qué de la categoría de las necesidades psicológicas?

Aunque esta pregunta raras veces se hace, la respuesta usualmente aparece en muchos libros que asumen la existencia de las necesidades psicológicas. De acuerdo con el pensamiento popular, estas necesidades deben ser satisfechas para que podamos alcanzar nuestro potencial, para que tengamos felicidad, estabilidad psicológica y autoestima. Diciéndolo con menos tecnicismos, *nuestras necesidades psicológicas deben ser satisfechas para sentirnos bien con nosotros mismos.*

Necesidades Biológicas	Necesitado de vida física	Comida, agua, ropa, habitación
Necesidades Espirituales	Necesitado de vida espiritual, fe, obediencia ...	Perdón de pecados, adopción, santificación, glorificación.
Necesidades Psicológicas	Necesitado de felicidad y aceptación	Amor, significado, seguridad y autoestima

Sabemos que somos creados para vivir en relación con otras personas, y en estas relaciones debemos amarnos, animarnos y confortarnos unos a otros, pero ¿es la elevación de nuestra autoestima el propósito de estas relaciones? A primera vista la Escritura puede apoyar la idea de que tenemos la necesidad de *mostrar amor* a otros, pero es más difícil encontrar una porción que diga que tenemos una necesidad, por parte de Dios, de recibir amor para que podamos sentirnos mejor con respecto a nosotros mismos. ¿Dónde en la Biblia se hablan de estas necesidades?

Las Necesidades: una experiencia en búsqueda de evidencia bíblica

Cuando se les deja definidas parcialmente, las necesidades psicológicas parecen bastante normales, pero ahora, habiendo revelado su propósito, estas necesidades particulares parecen bastante egoístas, y puede ser difícil encontrar la evidencia bíblica que las apoye. Sin embargo, inclusive las personas cuidadosas, han creído encontrar estas necesidades en la Escritura. Ellos proponen que estas necesidades dadas por Dios pueden ser encontradas en cualquiera de estas dos categorías bíblicas: *La persona como cuerpo-alma-espíritu* y *la persona creada a la imagen de Dios*. Tal vez no esperaban una aclaración teológica en el rumbo que llevábamos hacia el tratamiento del temor del hombre, pero nuestras vidas proceden de nuestra teología – nuestro entendimiento de Dios y de nosotros mismos. Por lo tanto, es esencial examinar estas suposiciones teológicas.

La persona como tres substancias. El punto de vista tripartita de la persona – es decir, que somos cuerpo, alma y espíritu – fue la primera categoría bíblica a la que se le pidió que llevase el peso de las necesidades psicológicas. La idea popular es que el cuerpo físico tiene necesidades físicas, el alma necesidades psicológicas, y el espíritu tiene necesidades espirituales. De acuerdo con esto, la persona con necesidades físicas necesita ir con el médico, la persona con necesidades psicológicas necesita ir con el psicólogo o consejero, y la persona con necesidades espirituales necesita ir con un pastor.

No obstante, esta fórmula básica, así de tan simple y bíblica como parece, tiene algunas implicaciones no intencionales. Esencialmente le ha dado permiso a la psicología secular para moldear un tercio de la persona. El “alma” viene a ser una categoría en blanco que ha de llenarse con teorías psicológicas especulativas. De la misma como la medicina ha contribuido con muchos detalles a la categoría del cuerpo, así también la psicología secular puede ahora contribuir (o explicar completamente) nuestro entendimiento del alma. Y de alguna manera, la necesidad de un análisis cuidadoso de lo que decimos de esto, parece pasar inadvertida; tal parece que ya cumplimos con esto simplemente llamando a esta categoría con el nombre de “alma”. Sin

embargo, primero debemos preguntarnos si es que en realidad *tenemos* un alma que es claramente distinta al espíritu.

El punto de vista existe debido a que hay diferentes matices de significado de las palabras espíritu y alma. Como la mayoría de las palabras, estas dos tienen límites borrosos. No son palabras técnicas tales como “elección”, sino son como la palabra “necesidad”, que deriva del contexto mucho de su significado. Sin embargo, la pregunta es que si estos matices de significado son suficiente razón para sugerir que el espíritu y el alma son dos substancias creadas distintas. O ¿son el alma y el espíritu (al igual que el “corazón”, “la mente”, “la consciencia”) perspectivas ligeramente diferentes de la única e inmaterial persona interior. (2 Cor. 4:16)?

Cierto número de pasajes bíblicos sugieren que la persona es mejor entendida si se considera como teniendo dos substancias – física y espiritual – que van juntas aunque pueden ser separadas por la muerte. Desde este punto de vista, los términos “espíritu” y “alma” enfatizan diferentes aspectos de la misma substancia. Son esencialmente intercambiables, pero ofrecen diferentes perspectivas de la persona inmaterial. Por ejemplo, Mateo 10:28 sugiere que la persona consiste de dos substancias, el cuerpo material y el alma inmaterial: “Y no temáis a los que matan el cuerpo (substancia material), mas el alma (substancia inmaterial) no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno?” 1 Corintios 7:34 también sugiere que somos dos substancias – material e inmaterial – pero se les menciona como cuerpo y espíritu, en vez de cómo cuerpo y alma. Santiago 2:26 es consistente con esta dualidad y se refiere a ella usando la palabra “cuerpo” y “espíritu”: “el cuerpo sin el espíritu está muerto”.

Los dos pasajes citados con mayor frecuencia para apoyar el punto de vista de “tres partes” o tricotómico de la persona son Hebreos 4:12 y 1 Tesalonicenses 5:23. Hebreos 4:12 declara, “porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. Algunos piensan que esto se refiere a una disección de las partes de la personas. Esto es, que la Palabra de Dios puede separar el alma del espíritu; por lo tanto, éstas son dos substancias separadas que son parte de la persona total. Sin embargo, si la intención del pasaje fuera hablar técnicamente acerca de las partes de la persona, entonces hay por lo menos *cuatro* substancias que componen a la persona total: el alma, el espíritu, el cuerpo (coyunturas y tuétanos), y el corazón (el cuál se divide en pensamientos e intenciones). Es más probable que el pasaje esté sugiriendo que la Palabra de Dios penetra el aspecto indivisible de la persona. La palabra llega hasta las grandes profundidades del ser de la persona. Penetra la substancia de la persona, no va entre las partes como si estuviera cortándonos en piezas bien definidas. El hecho de que la persona interior se menciona como el alma, espíritu, y corazón es un recurso poético común para enfatizar que está involucrada la persona total. Por ejemplo, Marcos 12:30 nos indica que debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma y con toda nuestra mente y con toda nuestra fuerza. La acumulación de estos términos se usa para expresar la idea de totalidad. Es una manera dramática de enfatizar que el amor a Dios es una respuesta de la persona total.

Lo más que la Biblia dice acerca de la distinción entre el alma y el espíritu es que “alma” enfatiza la existencia débil y terrenal de la persona, en tanto que “espíritu” subraya el hecho de que nuestra vida se deriva de Dios. Ninguno de estos términos sugiere que hemos sido creados con una categoría distinta llamada “necesidades psicológicas”. En vez de esto, son palabras que se traslapan que se refieren a la persona interior, al aspecto inmaterial de nuestra humanidad, o a la persona que vive ante el Dios santo. Por lo tanto, no podemos encontrar necesidades psicológicas aquí.

La imagen de Dios en el hombre. La otra categoría que es usada como el trasfondo bíblico de la idea de las necesidades psicológicas es el concepto de la imagen de Dios en el hombre.

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a semejanza de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Gen. 1:27).

Esta es la doctrina principal para entender a la persona. Es tan importante que cada estudiante de la Biblia debería tener una definición rápida de lo que significa, y la diferencia que produce el haber sido creado a la imagen de Dios. ¿Encontramos aquí las necesidades psicológicas? Si no, entonces no son necesidades establecidas en nosotros por Dios.

La mayoría de los cristianos sugieren que la imagen de Dios en el hombre tiene que ver con lo que es similar entre Dios y nosotros. De acuerdo con la teoría de las necesidades psicológicas, lo que es similar es que tanto el hombre como Dios tienen un deseo profundo de relaciones (o amor). Este anhelo es definido como una experiencia subjetiva que es más profunda que las emociones. Es una *pasión* por las relaciones. Para Dios, esto significa que él existe en una relación gozosa con él mismo – el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. También significa que Dios tiene un anhelo de restaurar la relación con sus hijos.²³

Por lo tanto, de acuerdo con esta teoría, la esencia de la imagen de Dios en nosotros es que “todos anhelamos disfrutar de aquello para lo cual Dios nos diseñó: relaciones sin tensiones llenas de una aceptación profunda y amorosa, y con oportunidades para hacer la diferencia en la vida de otra persona.”²⁴ “Cada uno de nosotros fervientemente deseamos que alguien nos vea tal y como somos, con todos nuestros defectos, y no obstante, nos acepte.”²⁵ Sin estos anhelos satisfechos, somos tazas vacías.

La pregunta “¿Cómo manejaré mis deseos?” Se convierte la pregunta principal de la existencia humana. De acuerdo con la teoría, respondemos esta pregunta de una de dos maneras. Ya sea que actuemos independientemente de Dios y busquemos satisfacernos con otros objetos o personas, o que busquemos a Cristo y satisfagamos nuestras necesidades de relación en él.

Cuando este modelo es evaluado por nuestra experiencia, parece corresponder a la realidad perfectamente. Al igual que otros modelos influyentes, este modelo tiende a “funcionar”. Parece totalmente obvio. Pero ¿parece ser obvio por la influencia cultural o por la enseñanza clara de la Escritura?

Notemos una de sus implicaciones con respecto a Dios. No cabe duda de que Dios ama a su pueblo, pero la perspectiva de los “anhelos” de Dios produce algunas preguntas problemáticas. ¿No suena la palabra “anhelo” muy parecido a “un deseo desesperado” o “necesidad”? ¿No sugiere que Dios está incompleto si no tiene una relación con nosotros? ¿No sugiere que Dios mismo tiene un déficit que debe ser llenado con nosotros? La verdad es que Dios nos ama debido a su propio placer soberano y para su propia gloria. Su gloria es aun mayor cuando nos damos cuenta de que no *necesita* amarnos.

También notemos lo que sugiere acerca de nosotros la teoría basada en las necesidades. Nos dice que tenemos un problema de anhelos que, por lo menos, es igual de profundo que nuestro problema con el pecado. En la práctica significa que si un pastor trata el chisme de una persona como pecado, el chismoso puede decir que el consejo es superficial. “El pastor no entendió el meollo de mi problema. Mi problema es que necesito relaciones. Estoy muy solo”. Aunque puede ser cierto que el chismoso desee desesperadamente tener una relación, también es verdad que la explicación más profunda para su chisme es su propio pecado. Su chisme es la expresión de un corazón que demanda: “*Yo quiero*”. Es lealtad al Yo, y en contra de Dios. La causa del pecado es... el pecado. Asumir que la soledad es el *verdadero* meollo del problema significa minimizar la naturaleza del pecado y permitir que el culpable le eche la culpa a otro.

Si pensamos que el pecado es superficial en cualquier manera, entonces no estamos entendiendo la verdadera naturaleza del pecado.

Cuando las necesidades psicológicas se ven como nuestro problema principal en vez que el pecado, no sólo se ve afectado el entendimiento de nosotros mismos, sino también el evangelio es cambiado. Una teoría de las necesidades sugiere que el evangelio en su más profunda intención, tiene el propósito de satisfacer las necesidades psicológicas. En otras palabras, el evangelio tiene como meta solucionar nuestro problema de autoestima. Está orientado a corregir nuestra tendencia de vivir en nuestros fracasos. Tiene la intención de ser una declaración del amor de Dios que dice que “Dios no crea chatarra”.

Esto suena demasiado bueno para nosotros, pero no es el evangelio. Las buenas noticias de Jesús no tienen la intención de hacernos sentir bien con nosotros mismos. Por el contrario, las buenas noticias nos humillan. En Isaías 6, por ejemplo, la presencia de Dios destruyó la

²³ Larry Crabb, *Understanding People* (Grand Rapids: Zondervan, 1976), 94

²⁴ Larry Crabb, *Inside Out* (Colorado Springs: NavPress, 1991), 53-54

²⁵ Crabb, *Understanding People*, 112

perspectiva que Isaías tenía de él mismo, luego lo purificó y lo liberó de sí mismo y de sus propios deseos pecaminosos. Después de su purificación y liberación simbólica, Isaías fue hecho libre para estar menos centrado en sí mismo y más enfocado en el plan de Dios.

Jesús no murió para aumentar nuestra autoestima. En vez de esto, el murió para traer gloria al padre al redimir a su pueblo de la maldición del pecado. Por supuesto, la cruz tiene muchos beneficios, uno de ellos es que ya no somos echados fuera de la presencia de Dios y que tenemos intimidad con el Santo. Pero la cruz trata con nuestro problema de pecado, nuestra necesidad *espiritual*.

Las relaciones humanas, también, son afectadas por la teología de estas necesidades. Por ejemplo, el matrimonio se convierte en una satisfacción mutua de necesidades. A primera vista, esto parece corresponder con la experiencia del matrimonio, y también parece cuadrar con el punto de vista bíblico del amor. Se le ordena a la gente que ame porque (de acuerdo con esta perspectiva) necesitamos amor. Sin embargo, ¿es posible que hemos sido llamados a amar no porque la gente está vacía y necesita amor (para sentirse mejor con ellos mismos) sino porque el amor es la manera en la que imitamos a Cristo y traemos gloria a Dios?

Notemos qué es lo que pasa cuando un esposo necesita amor de su esposa que se manifiesta en respeto hacia él. Su pensamiento es que Dios lo creó con esta necesidad, y su esposa está obligada a satisfacerla – Dios mismo se lo ordena. Como resultado, él cree que se le debe respeto, y que tiene el derecho de estar enojado cuando su esposa no satisface esta necesidad.

Cuando tenemos un *deseo* de ser respetados y no lo somos, nos sentimos heridos. Si tenemos una *necesidad* de respeto, somos devastados o nos enojamos.

Los mandatos que Dios hace de amar, escuchar, llevar las cargas y lavar los pies, no implican que tengamos necesidades psicológicas de estas cosas. Quizá podamos decir que necesitamos *practicarlas*, pero la Escritura no sugiere que debemos recibirlas para sentirnos bien con nosotros mismos. En vez de esto, la Escritura cuestiona el propósito total de las necesidades psicológicas. Nos habla acerca de la negación de uno mismo en vez de hablar de sentirnos mejor con nosotros mismos. Nos habla del orgullo, no de una mayor autoestima. También es un error lógico encontrar una conexión entre los mandamientos de Dios y nuestra “necesidad” de recibir aquello que es mandado. Si aplicas esa lógica al mandamiento de considerar a los demás como superiores a uno mismo (Fil. 2:3), llegarías a la conclusión claramente equivocada. Concluirías que puesto que Dios le ha ordenado esto a los demás, tú debes tener una necesidad, establecida por Dios, de sentirte más importante que otras personas.

¿De dónde vienen las necesidades psicológicas?

Entonces, ¿Cómo debemos entender bíblicamente estás “necesidades” sentidas? ¿Dónde podemos encontrarlas en la Escritura? No hay evidencia clara de que son una parte distintiva de nuestra naturaleza dada por Dios, no obstante son reales. Si la Biblia no habla de esto, entonces sería silenciosa de una experiencia humana prominente y casi universal.

En vez de buscar este concepto en la época de la creación, cuando fuimos creados a la imagen de Dios, quizá deberíamos buscar en la época que vino después del pecado de Adán. Aún después de la caída en el pecado, la gente siguió portando la imagen de Dios, pero la desobediencia de Adán trajo cambios fundamentales en nuestra habilidad para reflejar la imagen de Dios. La dirección del corazón humano se orientó hacia el “yo” y no hacia Dios. En el jardín, el hombre comenzó a repetir la manera que persistirá hasta que Jesús regrese. Adán dijo: “Yo quiero”. “Yo quiero gloria para mí mismo en lugar de darle toda la gloria a Dios”. “Yo amo mis propios deseos en lugar de amar a Dios”. Esto llevo a ser conocido como envidia, deseos desordenados, o idolatría.

¿Es posible que el “Yo quiero” de Adán es la primera expresión de las necesidades psicológicas? Es posible que los deseos psicológicos vienen cuando nos rehusamos a amar a Dios y a recibir su amor? ¿No fue con Adán que el movimiento de la vida humana comenzó a ir hacia adentro, hacia los deseos del “yo”, en vez de ir hacia fuera, hacia un deseo de conocer y hacer la voluntad de Dios?

Esto no quiere decir que el pecado original fue el deleite en sentirse amado. Ciertamente no. Puesto que fuimos forjados por El Dios Amante, debemos deleitarnos en amar y ser amados.

Sería algo inhumano el no deleitarse en el amor. También sería inhumano si no nos sintiéramos heridos profundamente cuando otros nos rechazan o pecan en nuestra contra. El problema no es que deseamos amor, el problema es *cuánto* lo deseamos o *con qué propósito* lo deseamos. ¿Lo deseamos tanto que pone sombra sobre nuestro deseo de imitar a Dios? ¿Lo deseamos para nuestro propio placer o para la gloria de Dios?

Los anhelos tienen mucho en común con los deseos desordenados. Comienzan bien (el deseo de sentirse amado) pero acaban por esclavizarnos. Elevar nuestro deseo de amor y otros placeres hasta el punto en que se convierten en necesidades o anhelos fervientes, es exaltar pecaminosamente el deseo de tal manera que se convierte en un delirio de deseo. Nos grita: “Yo quiero”, “Tengo que tenerlo”, “Mi deseo son los bloques básicos que forman mi mundo”.

Considera los momentos en los que te has sentido controlado por otras personas – aquellos momentos en los que “te hicieron” enojarte o deprimirte. Ahora mira debajo de tal esclavitud. ¿Cómo completarías la oración “Yo necesito _____” o “Yo anhele _____”. ¿Podría expresarse exactamente lo mismo diciendo “Yo quiero _____” (amor, seguridad, significado, poder) y ¡no lo estoy obteniendo!” “Demando tener _____” “Insisto en tener _____” o “No puedo funcionar/vivir/obedecer sin _____”

Esto explica por qué Cristo algunas veces no es suficiente para nosotros. Si estoy delante de él como una taza vacía esperando ser llenada con satisfacción psicológica, nunca me sentiré suficientemente lleno. ¿Por qué? Primero, porque mis deseos son ilimitados; son insaciables por naturaleza. Segundo, porque Jesús no tiene la intención de satisfacer mis deseos egoístas. Al contrario, él tiene la intención de romper la taza de las “necesidades” psicológicas (deseos), en vez de llenarla.

Una película cristiana mostraba a un adolescente que se acercó a Cristo con la promesa de obtener mejores calificaciones a partir de su conversión. Confía en Cristo, obtén mejores calificaciones – ¡suena grandioso! Simplemente agrégale algunas cosas más como dinero, una pareja atractiva y el carro de la familia, y se convertirán todos los adolescentes. ¿Pero no es acaso esto una apelación a los deseos en vez de ofrecer liberación y perdón de ellos? El evangelismo practicado por los israelitas nunca sugirió que sus vecinos idólatras debían comenzar a adorar al Dios verdadero porque Jehová les daría mejores cosechas que los ídolos. En vez de esto, la gente fue y es llamada a volverse de los ídolos porque la idolatría está en contra de Dios.

Ir a Cristo para satisfacer nuestras necesidades psicológicas percibidas es cristianizar nuestros deseos. Le pedimos a Dios que nos de lo que queremos, *para que podamos sentirnos mejor con nosotros mismos*, o para que podamos tener más felicidad, en vez de santidad, en nuestras vidas.

Esto nos recuerda que una de las formas que tenemos es la forma de pecadores. El ser pecador ya no es nuestra forma primaria o identidad, pero es una identidad que todavía retenemos. Algún día seremos la esposa totalmente hermosa, pero hasta ese día permanecemos siendo pecadores que pecan.

El “yo quiero” residente es más que algo que hacemos ocasionalmente. Está entretreído en la tela de nuestras vidas de tal manera que es parte de lo que somos. Por ejemplo, ¿dejas de ser pecador cuando duermes? Seré más específico. ¿Dejas de ser pecador cuando duermes y no sueñas? La respuesta bíblica claramente es “no”. Es como si me preguntaran, “¿Sigues siendo *Ed* cuando duermes?” El “ser pecador” es una descripción, en el tiempo presente, de todos nosotros, incluyendo de aquellos que han puesto su fe en Cristo. Por supuesto, han sido justificados todos aquellos que han llamado “Señor” a Jesús, lo cual quiere decir que ya no son considerados como culpables. También, les ha sido dado el Espíritu, el cual los hace siervos de Cristo en vez de ser siervos del pecado. Pero todavía son pecadores. La perfección nos aguarda en la eternidad.

Como pecadores que pecan, estamos en deuda con un Dios Santo. Le debemos perfecta lealtad, gloria, alabanza y honor, pero no le hemos pagado porque hemos sido totalmente destituidos. Por lo tanto, una de nuestras necesidades más profunda es el perdón. “Perdónanos nuestras deudas”, oramos, y Dios en Cristo perdona nuestra deuda (Mat. 6:12).

Ahora *realmente* estamos en deuda con Dios, pero no es una deuda que avergüence. Estábamos endeudados por nuestro pecado, y éramos personas avergonzadas. Ahora, estamos endeudados por su perdón, y estamos llenos de gratitud. No obstante, este no es el límite de

nuestra deuda presente. Nuestro Padre Celestial nos ha hecho también sus hijos y herederos. Nos ha dado una nueva familia y una nueva identidad. Además, este es sólo el anticipo que garantiza lo que está preparado para nosotros. Nos ha sentado en los lugares celestiales – en la mismísima presencia de Dios – y nos da el privilegio de morar con él para siempre.

Nos ha cancelado la deuda pero no nos dejó como mendigos sin deudas, sino que también nos hizo ricos. Esa es una deuda que puede llevarnos al regocijo.

Ahora comprendo qué es lo que me mantenía bajo el temor del hombre aun cuando conocía el evangelio muy bien. No sólo necesitaba crecer en el temor del Señor, sino también necesitaba arrepentirme. Mis necesidades sentidas, deseos, o pasiones eran grandes. Eran tan grandes que buscaba a todos para ser llenado, tanto a Dios como a la gente. Temía a los demás porque ellos eran grandes, *mis deseos eran aun más grandes*, y Dios era pequeño.

La razón principal por la que hay un vacío epidémico es que hemos creado y multiplicado nuestras necesidades.²⁶

Para Pensar

Este capítulo ha revelado un eslabón perdido de la manera como frecuentemente tratamos con el hecho de ser controlados por otras personas: Olvidamos que debemos arrepentirnos de nuestros deseos egoístas. Sin arrepentimiento, nuestros deseos permanecen siendo el punto focal en vez de serlo la gloria de Dios.

Toma tiempo y considera cuántas de tus “necesidades psicológicas” han sido en realidad demandas y deseos disfrazados.

9

CONOCE TUS VERDADERAS NECESIDADES

Regresemos ahora a la pregunta: ¿Quiénes somos? Hemos considerado ya cómo algunas de nuestras necesidades sentidas *no* son parte de la imagen de Dios en nosotros, pero no hemos discutido aun que es la imagen de Dios en nosotros. ¿Cuáles son las alternativas bíblicas diferentes a la idea de que las personas son tazas vacías?

Puesto que la imagen de Dios en el hombre tiene que ver con nuestra semejanza o similitud con Dios (Génesis 3:5), el punto de partida debe ser “¿Quién es Dios?” Cualquier doctrina de la imagen de Dios debe ir y venir con toda facilidad y frecuentemente entre el conocimiento de Dios y el conocimiento de nosotros mismos. Solamente hasta que obtengamos un entendimiento correcto de Dios podremos comenzar a preguntar, “¿Quiénes son las personas?”

¿Quién es Dios y cuáles son sus “necesidades”?

Dios y su reino tratan, para decirlo de una manera sencilla, acerca de Dios, del trino Dios, el Santo de Israel. ¿Cuáles son las necesidades del trino Dios? No tiene necesidades. Está totalmente completo. El padre ama al Hijo. El Hijo está embelesado con el Padre y desea hacer

²⁶ Los deseos desordenados no son la única razón del vacío. Otra explicación de ese vacío surge del hecho de que vivimos en un mundo pecaminoso donde pecan contra nosotros, y estamos viviendo en un mundo que está bajo la maldición. Por ejemplo, si tu cónyuge muere, te sentirías vacío. Te deberías sentir vacío. Algo hermoso ha sido retirado de tu vida. Hay un gran sentimiento de pérdida. No obstante, este vacío es el resultado de la maldición y la muerte causando dolor en nuestra psique, y no es el resultado del haber sido creado con necesidades psicológicas.

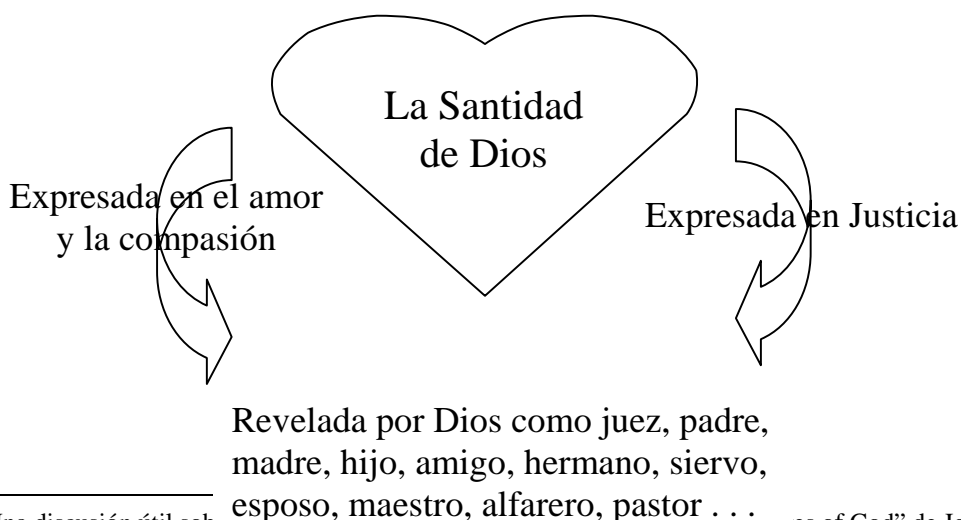
sólo la voluntad del Padre. El placer más grande de Dios es él mismo.²⁷ Esto puede sonar extraño al principio, pero ¿cómo podríamos esperar que Dios esté absorto con algo menor que su propio ser santo y perfección? Si Dios estuviera absorto con cualquier otra cosa, eso sería idolatría. Sería exaltar a la criatura por encima del Creador. La meta de Dios es exaltarse él mismo y su propia gloria. Él tiene la intención de magnificar su gran nombre. “Porque de él y por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por siempre” (Romanos 11:36).

Notemos que ya ha surgido una diferencia entre esta perspectiva y la nueva psicología de las necesidades. En la psicología de las necesidades, la razón natural para alabar a Dios es por lo que ha hecho por *mí*. Esto está bien, pero no llega lo suficientemente lejos. Desde la perspectiva bíblica, Dios merece alabanza *simplemente porque él es Dios*. El punto focal natural para nuestros pensamientos no son nuestros propios anhelos profundos, sino la inmensurable grandeza del “Dios de la gloria” (Hechos 7:2), el Santo de Israel que reina. Viéndola y entendiéndola correctamente, esta gloria lo consume todo. Los Israelitas no llegaron a cantar porque sus deseos psicológicos habían sido satisfechos; ellos exaltaron a Dios simplemente porque él es exaltado (Ex. 15:11): “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, Terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?”. Al recitar esto, sus necesidades *verdaderas* fueron satisfechas.

Gloria, honor, resplandor, belleza, esplendor, majestad – todos estos son términos intercambiables del término “la grandeza de Dios”. “Santidad” es una palabra que reúne todas estas ideas.

Ya discutimos cómo la santidad de Dios es expresada en su amor y justicia. Ahora demos un paso más. El amor de Dios y su justicia son expresados en varios cuadros o imágenes muy concretas que podemos imitar. Por ejemplo, el Santo es el esposo amoroso que espera a una esposa sin mancha. Él es el anfitrión que invita a todos a la fiesta, pero espera que los asistentes lleven puesta la vestidura que él les da. Él es el redentor amoroso que redime a Sión con justicia (Isaías 1:27). Él es el juez sobre toda la tierra, no obstante, su propio hijo es el abogado y representante de su pueblo. Él es el padre, la madre, el hijo sumiso, el siervo sufriente, el amigo, el pastor, el médico, el creador y el alfarero. Él es la roca y fortaleza. En verdad, las imágenes o cuadros de Dios están en todas partes en la Biblia, y cada cuadro es una expresión de su santidad.

Estas “fotografías” concretas que Dios nos da de sí mismo no son sólo una manera que Dios usa para acomodarse al lenguaje humano. Dios no está usando nuestro conocimiento de los siervos para sugerir que él es como un siervo. No, Dios es *el* siervo, *el* esposo, *el* Padre, *el* hermano, *el* amigo. Todas las cosas del mundo creado que tienen una semejanza con estas descripciones de Dios son simplemente un derramamiento de la gloria de Dios en la creación y en sus criaturas. Cuando ves estas imágenes en otras personas, aunque estén distorsionadas, son un reflejo lánguido del original. Soy un padre porque Dios es un Padre. Soy un trabajador porque Dios es el trabajador original.

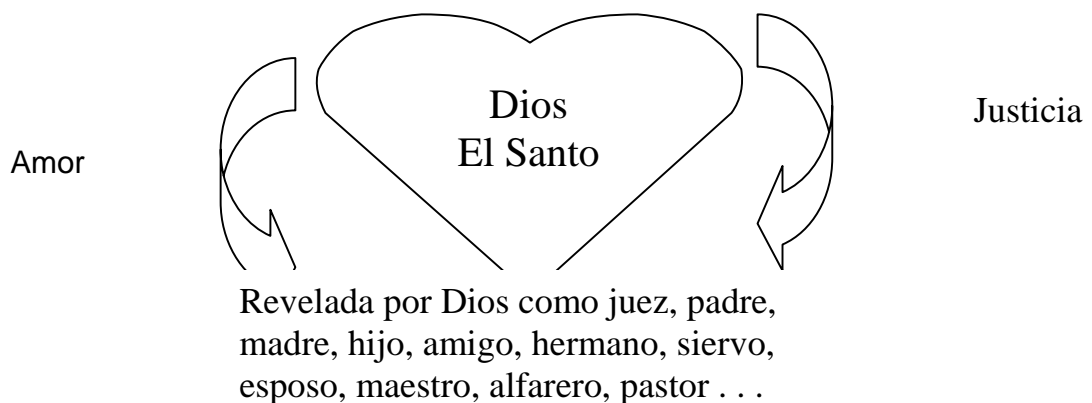


²⁷ Una discusión útil sob

Todas estas imágenes convergen en una cuando eres testigo de la gloria o la santidad en Jesucristo, la imagen suprema de la gloria de Dios (Hebreos 1:3). “Vimos su gloria, gloria como el unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad” (Juan 1:14). El es llamado “el Santo de Dios” (Marcos 1:24; Juan 6:39). Su pasión, como podrías esperar, fue la gloria del Padre. Por ejemplo, antes de su crucifixión su oración fue “Padre, glorifica tu nombre” (Juan 12:28). En la oración antes de su arresto, Jesús pidió a su “Padre Santo” (Juan 17:11) y “Padre Justo” (Juan 17:25) que el Padre glorificara al hijo para que, a la vez, el hijo glorificara al Padre. El deseo más profundo del corazón de Jesús era glorificar a su Santo Padre, y este deseo fue expresado en el amor y la justicia de Jesús. Este es aquel en quien debemos fijar la vista al estar buscando ser portadores de la imagen del Dios altísimo.

¿Quiénes somos?

Ya armados con un entendimiento de Dios, la pregunta “¿Quién es la persona?” llega a ser bastante directa. ¿Cómo es similar la gente al Dios creador? El objeto de los afectos más grandes de Dios es él mismo: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El quiere que su gloriosa santa llene la tierra. Por lo tanto, nuestra oración debe ser “Santificado sea tu nombre”. La gente es más similar a Dios cuando él es el objeto de sus afectos. La gente se debe deleitar en Dios, como él lo hace en sí mismo. Debemos hacer famoso su nombre o santificarlo por todo el mundo; debemos declarar la venida de su glorioso reino. Como lo dice el catecismo de Westminster, “El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él (o deleitarse en él) para siempre.”





Imitando a Dios siendo juez, padre,
madre, hijo, amigo, hermano, siervo,
esposo, maestro, alfarero, pastor . . .

En lugar de que la imagen de Dios en los seres humanos tome la forma de una taza de amor o un núcleo hueco de anhelos, la imagen es más precisamente aquella de Moisés que literalmente reflejaba la gloria de Dios (Ex. 34:29-32) como la luna refleja la luz del sol. Moisés irradiaba porque fue invitado a entrar a la presencia del Señor y fue testigo de la gloria-santidad de Dios al mismo tiempo que fue protegido de ella. Aunque parezca maravilloso, Dios nos ha hecho sus imágenes renovadas, aun más gloriosas que Moisés. El pueblo de Dios todavía debe tener Su presencia para ser portadores de su imagen, pero su presencia ya no está limitada a teofanías ocasionales o depende del funcionamiento del tabernáculo. Hoy en día, la manera como el pueblo de Dios viene a su presencia es por medio de la fe. Por la fe, tenemos la gloria interna del Espíritu. Como resultado, en vez de tener una gloria que eventualmente se desvanece, podemos ser cada vez más radiantes. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor. 3.18).

Esto significa que la esencia de ser la imagen de Dios es regocijarnos en la presencia de Dios, amarlo por encima de todo lo demás, y vivir para su gloria, y no la nuestra. La pregunta más básica de la existencia humana viene a ser “¿Cómo puedo traer gloria a Dios? No es “¿Cómo puede Dios satisfacer mis anhelos psicológicos?” Estas diferencias crean estirones muy diferentes en nuestros corazones: uno constantemente jalando para afuera hacia Dios, el otro jala para adentro hacia nosotros mismos.

Además, en vez de que la imagen de Dios sea un lugar dentro de ti – un núcleo hueco que es pasivo y se daña con facilidad – la idea de la imagen como “traer-gloria-a-Dios” la vemos en la manera como vivimos. Sugiere que nuestro corazón está siempre activo, ya sea para traer gloria a Dios o a nosotros mismos. En este sentido, la imagen de Dios en el hombre es un verbo. No es sólo quienes somos; también es lo que hacemos. La fe, el medio por el cual somos imagen de Dios, se expresa en la manera de vivir, como en sus muchos sinónimos, tales como imitar a Dios (Ef. 5:1), representar a Dios (2 Cor. 5:20), reflejar la gloria de Dios (Ex. 34:29-35), amar a Dios y vivir de acuerdo a su voluntad.

A final de cuentas, la asombrosa responsabilidad y el privilegio glorioso de portar la imagen de Dios se expresa en los actos simples de obediencia que tienen implicaciones eternas. Ser

imagen de Dios es amarle y amar a tu prójimo. De la misma manera como el santo amor y justicia de Dios son expresados en actos concretos, así mismo debe ocurrir con nosotros. Doquier encuentres fe y confianza, encontrarás a personas siendo imagen de Dios:

- Al reunirse con el pueblo de Dios, para la gloria de Dios.
- Al orar uno por el otro y por el mundo, para la gloria de Dios.
- Al escuchar al cónyuge en vez de estar a la defensiva, para la gloria de Dios.
- Al ir a trabajar para la gloria de Dios.
- Al gozar de la sexualidad en el matrimonio, para la gloria de Dios.
- Al educar a nuestros hijos para la gloria de Dios.

Este entendimiento de la santidad de Dios y nuestro diseño como portadores de su imagen provee un vasto número de alternativas en vez del modelo de la taza de amor. Están residentes en todas las páginas de la Biblia. Puedes encontrarlas en la manera como Dios habla acerca de nosotros, de Su Hijo y aun de él mismo. Ciertamente, eso no significa que debamos ser todopoderosos como Dios es; hay algunos atributos de Dios que no son compartidos por sus criaturas. No obstante, hay muchas maneras en las que Dios se revela que son pautas para nosotros. Veamos algunos ejemplos.

Eres un Sacerdote

Ya sabes que eres un Moisés de los postreros días que vive en la presencia del Señor. Como resultado, tu rostro resplandece con la presencia de Jesús. Esta es otra manera de decir que eres sacerdote de Dios. El pueblo de Dios es “pueblo escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios “ (1 Pedro 2:9). Esta es una imagen o forma dada por Dios. También es una imagen de que testificamos en Jesús, quien es el Gran Sumo sacerdote. Jesús es el Sumo sacerdote; nosotros también somos sacerdotes al imitar a Dios.

Puesto que esto es lo que somos, debes conocer algo de tu historia. Los sacerdotes eran llamados por Dios para representarlo en maneras singulares cuando servían delante del tabernáculo de Dios, esto es, en Su presencia. El problema fue que, como Adán y Eva, los sacerdotes estaban espiritualmente desnudos y avergonzados delante de Dios. Ellos necesitaban la cubierta dada por Dios para ministrar en Su presencia. Por lo tanto, Dios les hizo vestiduras que eran nada menos que mantos de realeza. Estas vestiduras le daban “dignidad y honor” al que las usaba (Ex. 28:2).

Las vestiduras sacerdotales tenían un puñado de accesorios maravillosos. Por ejemplo, el efod era una pieza hermosa de ropa que llevaba los nombres de las doce tribus. Nos recuerda que no estamos solos delante de Dios, sino que estamos en solidaridad con otros cristianos. El pectoral también era una pieza artísticamente elaborada que usaba para tomar decisiones piadosas. Nos recuerda que nuestras decisiones debemos tomarlas consultando la palabra de Dios. El toque final y quizá el más importante porque cubría la cabeza, era el turbante. Un turbante por sí mismo no es tan importante, sólo nos recuerda de nuestra necesidad de la cubierta de Dios. Pero el sello que tenía el turbante resumía el significado de toda la vestidura al igual que nuestras vidas. Decía: “Santidad a Jehová” (Ex. 28:36). Los sacerdotes pertenecían a Dios, representaban a Dios, debían ser santos como Dios es Santo, y vivir para glorificar a Dios.

A través de Cristo, estas vestiduras ahora están disponibles para todos. Son dadas gratuitamente pero deben llevarse puestas. Son esenciales para dar gloria a Dios. Si la miras detenidamente, verás que esta cubierta sacerdotal también es el hermoso vestido de bodas que el pueblo de Dios lucirá en la consumación.

Eres Cristiano

Los sacerdotes modernos también son llamados “cristianos”. Esta es quizá la forma o identidad del creyente más definitivo. Es otra manera de decir que somos la familia de Dios. Esto puede no parecer tan dramático en un día en el que nuestros nombres no tienen mucha importancia. Pero en los tiempos bíblicos, el nombre a menudo definía a la persona.

Ciertamente el nombre “Cristiano” nos define. Hemos tomado el nombre de Cristo. Somos desposados por él. Nuestra labor ahora es hacer famoso ese nombre. Somos embajadores o heraldos de Cristo que suplicamos a otros que se reconcilien con Dios (2 Cor. 5:20). Somos gente

que hemos recibido un nombre nuevo a través de la adopción. Además, la adopción, sin importar que tan bien nos haga sentir, no tuvo ese propósito primario. En el Nuevo Testamento, la adopción trae gloria a la persona que adopta, no al adoptado. La adopción trae gloria a Dios.

Otras imágenes del Pueblo de Dios

¿Cuáles son algunas otras definiciones que nos ha dado Dios? Piensa en términos tan generales como sea posible, y no olvides la imagen más común en la Escritura. Cualquier imagen que Dios da de sí mismo es una forma posible para nosotros. Por ejemplo, como la santidad de Dios se revela en su amor y disciplina paternal, nuestra imitación también puede ser expresada en la paternidad. Como su santidad es demostrada al ser trabajador, así debe ser en nosotros. Dios nos ha servido, y así debemos imitarle y servir a otras personas. Por lo tanto, un padre cristiano que se toma el tiempo para jugar fútbol con sus hijos, está imitando a Dios que pasa tiempo con su pueblo. Un hijo que pone la mesa o lava los platos de la cena por obediencia a Cristo está imitando al Dios siervo y así le glorifica. O un obrero que realiza trabajo secular con el deseo de servir a Cristo está imitando al Hijo quien ha obrado a nuestro favor.

Aquí hay sólo algunas maneras en las que imitamos a nuestro Dios:

- Como hijos (1 Juan 3:1)
- Como esclavos (Rom. 6:22)
- Como amigos (Juan 15:14)
- Como compañeros de trabajo (Efe. 6:1)
- Como esposa (Apoc. 21:3)
- Como guerreros (Ef. 6:10-18)
- Como piedras vivas (1 Pedro 2:5)
- Como evangelistas, profetas, pastores, maestros (Efe. 4:11)
- Como esposos (Isa. 54:5)

Todas estas identidades son maneras de traer gloria a él.

¿Qué necesitamos realmente?

Así que además del perdón de pecados, ¿tenemos alguna otra necesidad? ¿Necesitamos relaciones sí o no? La respuesta depende de lo que entiendas con el término *necesidad*. Si estamos hablando acerca de las necesidades psicológicas, entonces la respuesta es no; no necesitamos relaciones - con Dios o con la gente – para llenar nuestros anhelos de significado y amor.²⁸ Esto sería semejante a decir que necesito a Dios para satisfacer mi necesidad de sentirme grande e importante. Las necesidades egoístas no deben ser satisfechas sino matadas.

¿Pero que decimos del hecho de que la Escritura ordena que nos amemos los unos a los otros? ¿Significa esto que necesitamos amor? No necesariamente. Dicho con más precisión, esto significa que necesitamos *amar* en vez de que tenemos un déficit psicológico que debe ser llenado con amor (y significado, importancia, etc.). Mantén en mente que hemos sido creados a la imagen de Dios. Esto significa que se nos han dado dones que nos permiten representar e imitar a él. Puesto que hemos sido creados en amor y somos sostenidos ahora por el amor paciente de Dios, traemos gloria a Dios al imitar su amor persistente. Amamos no porque la gente tiene un déficit psicológico; amamos porque Dios nos amó primero.

La imagen de Dios en nosotros no se trata de necesidades psicológicas; se trata de los dones abundantes que Dios ha dado a su pueblo.

Sin embargo, hay un sentido real en el que necesitamos a otras personas. El hecho de que Dios creó a Adán y a Eva nos indica que la imagen de Dios en el ser humano no podía estar completa en una sola persona no divina. El ser imagen de Dios no podía hacerse a solas; se hace

²⁸ Algunos han sugerido que el hecho de que los infantes necesiten cuidados, tales como abrazos u otras expresiones de amor para florecer o inclusive vivir, significa que tenemos anhelos profundos psicológicos. Yo pienso que no. Esto se parece a estar comparando manzanas con naranjas. No es correcto hablar de los anhelos y deseos de los infantes por una relación. Sería más preciso decir que necesitamos a otras personas para poder vivir. Somos criaturas que se apoyan en otras personas todos los días. No obstante, esto es diferente a poner nuestra fe y confianza en ellos.

en compañerismo. Su gloria es demasiado inmensa como para ser reflejada con claridad sólo por una criatura. La imagen de Dios es corporativa en el sentido de que todos la compartimos. En un sentido muy práctico, el mandato que Dios dio de reproducirse como una manera de traer gloria a él, simplemente es imposible de cumplir por un solo individuo. Por lo tanto, Dios creó al varón y a la mujer como los portadores de su imagen.

Los mandatos de reproducirse y sojuzgar la tierra son los antecesores de la Gran Comisión del Nuevo Testamento, el mandato de predicar a Cristo a las naciones. Aquí, de nuevo, esto no puede ser llevado a cabo por una sola persona. Nos necesitamos los unos a los otros. Para el trabajo misionero necesitamos granjeros, choferes, ingenieros, constructores, comerciantes, misioneros, madres, padres, pastores, maestros de Escuela Dominical y conserjes. La cornucopia de dones es esencial si es que la iglesia va a funcionar como Dios quiere (1 Cor. 12:12-27). Los portadores de la imagen no son como el "Llanero Solitario".

Por lo tanto, la Escritura deja claro que somos gente *necesitada*.

1. Somos creados con necesidades biológicas. Necesitamos alimento y protección del clima severo. Necesitamos a Dios, y secundariamente, a otras personas para satisfacer estas necesidades.
2. Somos pecadores quienes tienen necesidades espirituales. Sin la obra redentora y sostenedora de Cristo, estamos muertos espiritualmente. Necesitamos a Jesús. Necesitamos que se nos enseñe acerca de él y se nos reprenda en amor cuando nos apartamos de él. Además, como quedará claro en el próximo capítulo, necesitamos conocer su inmenso amor.
3. Fuimos creados como personas con dones y habilidades limitadas. Todos estos dones de Dios no están contenidos por una sola persona. Por lo tanto, necesitamos a las demás personas para poder cumplir los propósitos de Dios y reflejar con mayor claridad su gloria ilimitada.

Si todavía hay dudas acerca de nuestras necesidades verdaderas, podemos examinar algunas de las oraciones de la Biblia. Las oraciones, después de todo, son los clamores de un corazón necesitado. En la desesperación de las oraciones registradas en la Escritura podemos ver lo que realmente necesitamos. También es en esas oraciones donde encontramos qué da Dios a la gente necesitada.

Así, entonces, es como debemos orar:

"Padre nuestro que estás en los cielos, Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal" (Mateo 6:9-13)

La primera petición del Padre Nuestro es que el nombre de Dios sea santificado, o considerado santo. Esta es nuestra más grande necesidad; esta es la necesidad más grande del mundo. La oración no habla de las necesidades psicológicas. No habla de la felicidad personal en la tierra. Sí habla de nuestras necesidades, pero las necesidades son biológicas y espirituales, y aún estas necesidades no son primarias. La más grande necesidad de toda la humanidad es que Dios sea reconocido y adorado como el Santo de Israel.

Jesús oró a su Padre no mucho antes de su muerte. La oración para Jesús era algo cotidiano, pero esta oración fue única. Primero, está registrada en el evangelio. De las muchas veces que Jesús oró en la noche, esta es una de las cuantas oraciones que tenemos el privilegio de escuchar. Segundo, dado que es justo antes de su crucifixión, debe ser una de las oraciones más desesperadas que Jesús oró. Como tal, nos da una idea de lo que realmente le importaba. Encontramos lo que él realmente necesitaba.

Esta oración sigue el modelo de Mateo 6:

"Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti. . . No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. . . Santificalos en tu verdad." (Juan 17:1, 15, 17)

Hay dos peticiones críticas: (1) que Dios sea glorificado, y (2) que el pueblo de Dios crezca en obediencia. Estas eran las dos necesidades básicas de Jesús. También son las nuestras.

Una de las oraciones mejor conocidas en las epístolas es la oración de Pablo en Efesios 3.

"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de

su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. (Efesios 3:14-19).

Espera un momento, ¿acaso este es el regreso a la taza de amor? ¿Está orando Pablo que nuestras tazas de amor sean llenadas? ¡Quizá debamos saltar esta oración! Pero, otra vez, quizá estamos sobreponiendo las necesidades psicológicas dentro de esta oración en vez de entender lo que Pablo está pidiendo.

Hay dos cosas que debemos recordar acerca de este pasaje. Primero, Pablo está usando la metáfora de la taza, pero no es la taza de las necesidades psicológicas. Es una taza de necesidades *espirituales*. Cuando la taza de las necesidades se rompe, una de nuestras formas que permanece es la de una taza. Esta taza, sin embargo, no es una taza que dice, “Jesús hazme feliz”, o “Jesús hazme sentirme mejor conmigo mismo”. Es una taza que simplemente dice, “Necesito a Jesús”. “Soy un mendigo espiritual que no puede orar, obedecer o aun tener una vida física separado del amor de Cristo”. “Estoy muerto separado de Cristo, y necesito su gracia cada momento”. Para estas necesidades, Jesús derrama su amor hasta tal punto que es imposible que una sola persona lo contenga.

Esto nos lleva a nuestro segundo punto, el cual es que esta hermosa oración en Efesios es para nosotros. La oración de Pablo es plural. Está hablando del cuerpo de Cristo en Éfeso. El conocimiento por el que ora es compartido juntamente con todos los santos, y el resultado de ese conocimiento es que “todos lleguemos a la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios” (Ef. 4:13). Reflejamos con mayor claridad a Cristo cuando hay unidad en el pueblo de Dios (Ef. 2:19-22). Tal unidad no se logra cuando somos tazas psicológicas, sino cuando somos siervos de Dios.

Por supuesto, esto asume que los *individuos* deben conocer el amor de Cristo. Pero los mismos individuos deben darse cuenta, que ellos mismos, no constituyen el cuerpo de Cristo. Se requiere de la iglesia entera para proveer una imitación vaga de la gloria de Dios. Este ha sido el mensaje a través de toda la Escritura.

De acuerdo con Efesios, ¿qué necesitamos realmente? Necesitamos ser un cuerpo enamorado de la gloria de Dios, comprometido con la unidad de la iglesia, inundado de su amor, y fiel al caminar juntos en la obediencia a él, aun en nuestro sufrimiento. Necesitamos necesitar menos a la gente y amarla más.

Todo esto nos lleva por todo un círculo. La pregunta era, ¿Quiénes somos? Pero nuestra respuesta nos deja mirando a Jesús. No puede ser de otra manera. Un conocimiento preciso de nosotros mismos nos fuerza a mirar hacia Jesús. Después de todo, debemos ser llenados de Cristo, y reflejar su gloria como espejos. Para ser reflexiones verdaderas de la santidad de Dios, debemos mirar a Jesús, la verdadera imagen de Dios. Somos la descendencia que quiere ser como nuestro Padre. Así que vemos al Padre en acción. Imitamos su santidad.

Para Pensar

Este capítulo clarifica la perspectiva bíblica acerca de quienes somos. Su enfoque ha sido la imagen de Dios en nosotros. ¿Ya tienes una definición concisa? El ser creados a la imagen de Dios significa que somos como Dios en todo sentido en el que una criatura puede ser como él, para alabanza de su gloriosa gracia (Ef. 1:6, 12, 14). Esto indica que Dios nos ha dado dones para servir en vez de necesidades para ser servido. Cualquier otra perspectiva es menos que bíblica y nos llevará, al final de cuentas, a la miseria en lugar de al gozo.

1. Escribe treinta aplicaciones de la petición, “Santificado sea tu nombre” ¿Cómo puedes santificar el nombre de Dios en el trabajo? ¿Al descansar? ¿Con tu familia? ¿En la Iglesia?
2. Comienza a leer algunas de las oraciones en la Escritura a través de los lentes de “Esto es lo que necesito”:
3. Considera cómo este conocimiento de Dios y conocimiento de ti mismo puede animarte a tomar pasos pequeños de obediencia en tu trabajo y tus relaciones.

DELÉITATE EN EL DIOS QUE NOS LLENA

“Nadie puede estudiarse a sí mismo, sin que inmediatamente se vuelva a la contemplación de Dios en quien vive y se mueve.”²⁹ Esto es especialmente cierto después de haber visto que muchas de nuestras necesidades serían mejor llamadas “deseos”, y los objetos de estas necesidades son llamados “ídolos”. A medida que crecemos en el conocimiento de nosotros mismos, deseamos tener ese conocimiento entrelazado con nuestro conocimiento de Dios. Por lo tanto, habiéndonos arrepentido en las áreas donde era necesario, debemos escuchar de nuevo lo que Dios dice acerca de sí mismo.

Cuando escuchamos a Dios después de una introspección difícil, Dios se revela a sí mismo como alguien con los brazos abiertos para dar la bienvenida. No nos dice un “ya ves, te lo dije”. No nos hace tener “tiempos-fuera” en un cuarto de aislamiento espiritual. Al contrario, Dios se regocija que hayamos vuelto a él de todo corazón. Dios promete al arrepentido, “Todas las ofensas que cometió, no le serán recordadas” (Eze. 18:22).

Si no crees eso, deja de leer inmediatamente. No digas, “¿Cómo puede perdonarme Dios por eso” (sea lo que sea eso). No pienses que el perdón de Dios es un perdón concedido de mala gana y con ese pensamiento niegues algo del amor glorioso de Dios. Y no pienses que las promesas de Dios sólo son para otras personas. Si es así como estás pensando, debes darte cuenta que tus propios pecados, sin importar qué tan grandes sean, no son más grandes que el placer de Dios al perdonar.

Este es un momento en el que debes ser controlado por la verdad de Dios más que por tus propios sentimientos. La Palabra de Dios, no los sentimientos, son nuestro estándar. El ser llevado por nuestro sentido fluctuante de bienestar puede parecer algo espiritual, pero está equivocado. Eso exalta nuestra interpretación por encima de la de Dios. Por eso es tan importante volverse hacia Dios después de cualquier introspección guiada por la Biblia. Cuando escuchamos a Dios, él habla palabras que llenan un alma vacía.

¿Recuerdas los tres aspectos del temor al hombre?

1. Tememos a la gente porque pueden exponernos y humillarnos.
2. Tememos a la gente porque pueden rechazarnos, ridiculizarnos, o despreciarnos.
3. Tememos a la gente porque pueden cazarnos, atacarnos o amenazarnos.

Dios no ha olvidado a los avergonzados, rechazados, y amenazados. Ya hemos discutido cómo bendice y libera al decir: “témanme a mí nada más”. Esto es exactamente lo que necesitamos. Nos da el privilegio de ser controlados por nuestro justo y amante Salvador en vez que por los demás.

También encontramos que nuestros corazones pecaminosos intensifican toda la vergüenza, amenaza, rechazo y, de nuevo, nuestro Dios provee el tratamiento: “Confiesen que han sido leales a sus propios deseos en vez que a los míos”. Esto nos da el privilegio de temer a Dios debido a su amor inmenso y perdonador.

Hasta este punto podemos pensar que Dios ha hecho más que suficiente, y en ciertamente así es. Pero el amor de Dios no conoce límites: su gloria no tiene fin. El sabe que todavía

²⁹ Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, trans. J. Allen (Philadelphia: Presbyterian Board of Christian Education, 1936), 1. 1. 1.

podemos experimentar vergüenza, temor, y rechazo en esta vida. Estas cosas ya no nos gobiernan, pero ciertamente nos lastiman. Es entonces cuando Dios nos abruma aun con más bendiciones.

1. A los avergonzados y humillados, los cubre y los glorifica.
2. A los rechazados, los acepta y los glorifica.
3. A los amenazados, los protege y los glorifica.

Paso 6: Regocíjate de que Dios ha cubierto tu vergüenza, te ha protegido del peligro, y te ha aceptado. Te ha llenado con su amor.

En otras palabras, Dios nos llena. Derrama su amor en nuestros corazones por medio de su Espíritu Santo que nos ha dado. (Rom. 5:5). Dios en verdad nos baña con él mismo.

¿Por qué no hablamos de esto antes? ¿No son estas noticias demasiado buenas como para mantenerlas en secreto? La razón por la que las estamos considerando hasta ahora es porque existe una condición para estas bendiciones. No están disponibles para nosotros cuando asumimos la forma de una taza de necesidades psicológicas. Es decir, si deseamos ser llenados para que podamos sentirnos felices y mejor con respecto a nosotros mismos, entonces nunca estaremos verdaderamente inundados con el amor de Dios. La taza de nuestros propios deseos nunca es capaz de captar el diluvio del amor y bendición de Dios. Al contrario, hace que el amor redentor de Dios sea menos accesible para nosotros.

Cuando esta copa de los “Yo quiero” se quiebra, nos deja con cierto número de formas o identidades que Dios nos ha dado: sacerdotes, embajadores, hijos de Dios, y Cristianos. Otra es que somos vasijas vacías, humildes y necesitadas. Somos tazas vacías. Sin embargo, esta taza representa nuestra necesidad *espiritual* del perdón de pecados, de cobertura de nuestra vergüenza, de protección de los opresores, y de aceptación en la familia de Dios. Es un vacío que dice, “Necesito a Jesús”. En un vacío que necesita el amor de Dios.

Así que *sí* necesitamos el amor de Jesús. Puesto que fuimos creados por el Amante Divino, nunca estaremos bien a menos que conozcamos profundamente ese amor. Sin este amor estamos muertos espiritual y físicamente.

Esto quiere decir que nuestros deseos o anhelos egoístas no son la única explicación para nuestro deseo de amor. Típicamente son la razón prominente, pero no es la única. Algunas veces el deseo de amor es el residuo contaminado de nuestro conocimiento de Dios. Cuando estamos perdidos en pecado, sin puntos claros de referencia espiritual, mal interpretamos y distorsionamos ese conocimiento. Pensamos que es más seguro y más efectivo mirar a otras personas para aliviar nuestro vacío. En algunos casos, cuando el amor es dulce, podemos pensar inclusive que lo hemos encontrado. Tristemente, este sentimiento nos confunde. Refuerza nuestra idea pecaminosa de que la gente puede ser la respuesta para nuestra necesidad, así que la buscamos obsesivamente. El amor que deseamos, sin embargo, sólo puede ser hallado en el Dios verdadero.

La Historia de Amor de Oseas

Una de las revelaciones más grandes del amor de Dios para nosotros la encontramos en el libro de Oseas en el Antiguo Testamento. El libro realmente son dos historias de amor que se desarrollan paralelamente. La historia real es la de Dios y su amor por su pueblo. La analogía terrenal es la historia de Oseas y Gomer. Oseas y Gomer nos apuntan al consuelo que Dios da y su amor hacia los avergonzados, amenazados y rechazados.

La historia de Oseas está llena de muchas preguntas. ¿Por qué Dios le dijo a Oseas que se casara con Gomer, una mujer que probablemente había sido una prostituta y no tenía planes de dejar de serlo después de casarse con Oseas? ¿No le importa a Dios el matrimonio? ¿No debe ser el matrimonio una unión con compromiso?

Estas preguntas eran exactamente el punto de la historia. Ninguno de nosotros podría imaginar casarse con alguien semejante a Gomer. Ella no tenía algo atractivo de principio a fin. No obstante, esta era la manera en la que Oseas tendría un atisbo del corazón de Dios, porque Dios *sí* se casó con alguien semejante a Gomer.

Dios le estaba diciendo a Oseas, en efecto, “tú y yo le vamos a entregar completamente nuestros corazones a alguien que nos rechazará absolutamente. Daremos todo nuestro corazón, energía, tiempo, dinero en su búsqueda. Al hacer esto, tú, Oseas, entenderás mi amor fiel para ti y tu pueblo. Como ves, Yo soy el esposo. Tu vida será acerca de mi amor. Tu dolor señalará el mío. Y tu fidelidad será una réplica de la mía”.

Esta fue la ordenación de Oseas para el ministerio. Mientras Isaías fue llevado ante el trono y presencié la majestad y pureza del Santo, Oseas conoció a Gomer en la silla de pecadores y presencié el amor incomprensible del Santo. Ese amor iba a ser el mensaje de Oseas para Israel.

“El principio de la palabra de Jehová por medio de Oseas. Dijo Jehová a Oseas: Vé, tómate una mujer fornicaria, e hijos de fornicación; porque la tierra fornicó apartándose de Jehová. Fue, pues, y tomó a Gomer hija de Diblaim, la cual concibió y le dio a luz un hijo.” (Oseas 1:2-3)

El dolor del rechazo y la traición comenzó pronto para Oseas. Al menos al tiempo en que nació su segundo hijo, Gomer era una prostituta consumada. El segundo hijo de Gomer fue llamado Lo-ruhamah, que significa “No amada”. Existe la posibilidad de que esta hija ni siquiera era de Oseas. Con el tercer hijo no tenemos ninguna duda. Su nombre, Lo-Ammi, significa “No mi pueblo”. En este tiempo Gomer estaba yendo y viniendo como le placía.

A medida que leemos acerca de este “matrimonio”, nuestras mentes brincan de Oseas y su dolorosa situación a la paciencia santa y fidelidad continua de Dios hacia nosotros. Comenzamos a pensar, ¿Cómo pudo Dios pedirme como su esposa? Sin duda, la mente de Oseas también estaba brincando de su propia situación a un entendimiento más profundo del gran amor de Dios.

Pero los problemas de Oseas no se habían terminado. Después de haber deshonrado tanto a Oseas como a ella misma, Gomer tiró por la ventana las apariencias del matrimonio y dejó a Oseas. Engañada por sus pasiones, pensó de alguna manera que podía obtener algo mejor. Dijo: “Iré tras mis amantes, que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida” (Os. 2:8).

Evidentemente, cuando Gomer se fue, Oseas se aseguró que ella tuviera provisiones. Sabía que a sus amantes ella no les importaba. Dada la situación, la dejarían morir de inanición. Así que Oseas proveyó para Gomer, aun cuando ella le atribuyó estas provisiones a sus amantes. Para Gomer, Oseas estaba totalmente olvidado, no obstante tanto Oseas como Dios dicen, “Ella no reconoció que yo le daba el trigo, el vino y el aceite, y que le multipliqué la plata y el oro” (Os. 2:8).

Aun con el apoyo de Oseas, Gomer eventualmente fue desechada por sus amantes. Sólo podemos adivinar el grado de abuso que recibió de parte de estos hombre. Violación, prostitución forzada, y golpes probablemente fueron la norma para ella. Fue tratada como basura. Todo lo quedaba para ella era la esclavitud.

Gomer estaba acabada. Sus adulterios casi la llevaron a la tumba. Era una despreciada, sin ninguna esperanza. Su vergüenza, temor y rechazo no pudieron ser más intensos. Estaba parada en el mercado de esclavos, desnuda para poder ser inspeccionada por un comprador potencial. ¿Quién sería el siguiente en abusar de ella?

“Me dijo otra vez Jehová: Vé, ama a una mujer amada de su compañero, aunque adúltera, como el amor de Jehová para con los hijos de Israel” (Os. 3:1)

El precio nunca se elevó mucho. Aparentemente, nadie estaba impresionado con la mercancía. Gomer fue vendida por el precio de una esclava común. Después haber pagado el precio, Oseas se dirigió hacia Gomer e hizo algo que debió haber dejado a la gente murmurando: él cubrió su desnudez. Quizá Gomer ni siquiera reconocía a Oseas todavía, pero no importaba. Siguiendo el mandato de Dios, Oseas la trató inmediatamente como su esposa. Reafirmó su pacto de matrimonio con ella. Esencialmente dijo, “Soy tuyo y tú eres mía. Te pertenezco sólo a ti, tú me perteneces y no alguien más”.

Muy cerca del evangelio de Cristo, esta es la historia de amor más grandiosa que se haya contado. ¿Has sido testigo de este tipo de amor? He tenido atisbos de él. Existe a través de toda la Iglesia. Pero nada verdaderamente se compara con la historia de Oseas y la historia celestial detrás de ella. Este es un amor santo. Gomer era leal a sus propios deseos. Buscó en donde fuera con tal de ser satisfecha. Oseas estaba comprometido a ser un reflejo del Esposo Divino.

Sabía que era imposible satisfacer los deseos de su esposa, pero la siguió cortejando, implorándole que se alejara de sus propios deseos y encontrara satisfacción en el amor marital. Finalmente, la redimió. La trajo de vuelta.

¿Cómo fue todo esto para Oseas? No lo sabemos en realidad. Debió haber sido una vida dolorosa, llena de vergüenza y dolor, pero Oseas no nos ofrece sus reflexiones personales. Lo que reporta simplemente es que se sometió a su Señor y obedeció.

¿Cómo ha sido todo esto para nuestro Dios Santo? En contraste con Oseas, Dios sí nos ha dado un entendimiento profundo de su corazón. Podemos encontrarlo en Oseas 11. Pero antes de considerar el corazón de Dios por su pueblo, considera no tiene precedentes el hecho de que alguien comparta públicamente sus sentimientos más profundos en medio de un amor doloroso. ¿No es humillante que la gente sepa que eres el buscador apasionado que ni siquiera es reconocido por aquella quien es buscada? Te sientes como un tonto. No obstante, Dios se abre a nosotros en uno de los pasajes más dramáticos de la Biblia.

En el pasaje que sigue, recuerda que nosotros mismos somos Efraín; *nosotros* somos Israel.

“¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad.” (Oseas 11:8-9)

Dios comienza haciendo una pregunta, “¿Cómo podré abandonarte?” Luego le responde inmediatamente, “¡No puedo! Es imposible. Tú eres mío”. Dios dice que no tratará a su pueblo rebelde de la misma manera como permitió que fueran destruidas dos ciudades gemelas de Sodoma (Deut. 29:23).

Ahora nota la palabra “conmover”. Es la palabra que Dios usa para describir su propio corazón, “Mi corazón se conmueve dentro de mí”. Esta palabra raras veces es usada en la Biblia como una descripción de la experiencia emocional de alguien. En vez de eso, usualmente se usa para describir la conquista y destrucción de una ciudad. Como tal, cuando se usa para describir una experiencia emocional, tiene la connotación de algo que remueve las vísceras. Dios está diciendo que su interior están alboroto por su pueblo. No es tanto una expresión del dolor de Dios por la traición como lo es de su intensa compasión por su pueblo. Revela la profundidad de su deseo de traer a su pueblo de regreso hacia él.

¿Te sorprende esto? A mí sí. Todavía a veces siento que Dios apenas me dejó escurrirme por la puerta de su Reino. Los chicos buenos ya están adentro. Yo entré porque Dios *tuvo* que dejarme entrar. Había profesado fe en Jesús como el Señor resucitado y Cristo, y por lo tanto, Dios no tuvo otra opción.

Sin embargo, Dios sí tuvo otra opción, y él escogió amarnos con un amor apasionado y fiel. La razón por la que ocasionalmente lo dudo es porque pienso que Dios es como nosotros – o como yo. Si Gomer fuese mi esposa, mi instinto sería dejarla ir y decirle: “buen viaje”. Yo querría terminar con mis pérdidas y evitar la humillación de estar buscando a alguien que me ignora. Pero el pasaje dice que Dios no es como yo. Dios es Dios, no es un hombre. “Si somos infieles, él permanece fiel, él no puede negarse a sí mismo” (2 Tim. 2:13). Además, esta no es una fidelidad estoica. Es vulnerable y apasionada. Es una fidelidad tan intensa que Dios la describe desgarrándole su interior.

Por esto puedes entender cuán confuso es juzgar a Dios desde la perspectiva de lo que nosotros haríamos en una situación. Lo temporal y pecaminoso nunca puede ser el estándar para lo santo. Si juzgamos por nuestra propia experiencia, asumiríamos que Dios eventualmente se hartará de nosotros y nos dejará desnudos en el mercado de esclavos. Pero Dios nos dice, “Porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad”.

¿Qué retiene su ira, considerando especialmente que Dios es Amor Santo y Justicia Santa? La razón por la que no vino en ira fue que su justicia santa estaba esperando el tiempo cuando Jesús se convertiría en el esclavo por nosotros. El llevaría la vergüenza y rechazo que eran nuestros justamente. Nos perdonaría completamente y nos justificaría. Aun más, nos glorificaría (Rom. 8:30). Nos exaltaría.

Dios mira su creación desde la perspectiva de la consumación. Desde ese punto de vista ve lo que será su Gomer. Será una novia radiante, honrada y glorificada. Será presentada

delante de la gloriosa presencia de Dios sin mancha, y será recibida por él con sumo gozo (Judas 24). Si Dios está apasionado con respecto a la búsqueda de una esposa adúltera, puedes estar seguro de que habrá una gran celebración, risa y gozo cuando su esposa sea glorificada y esté en su presencia para siempre.

La escena será similar a algunas de las mejores ceremonias nupciales que has visto, pero puesto que es una boda santa, será diferente a aquellas que has visto. Una diferencia será el punto focal del evento. En las bodas occidentales tradicionales, la novia es a quien se honra. Todos en la boda hablan acerca de lo hermosa que es. Todos los ojos están puestos sobre ella. Sin embargo, en la ceremonia eternal del cielo, nuestra mirada estará fija en otro. La novia, ciertamente, será exaltada, honrada y glorificada, pero su belleza exaltará aun más al trino Dios. Fue él quien la buscó, enamoró, la trajo y la transformó. Cualquier belleza de la novia es un reflejo de la belleza aun más grande del novio.

¿Ya te estás sintiendo lleno? Esto es lo que Cristo da a aquellos que han llegado a conocer a Cristo a través de la fe:

- La vergüenza ha sido cubierta y glorificada. Ya no tienen que esconderse de la mirada de los demás o la de Dios. Son vistos desde la perspectiva de la eternidad. A ellos, dice Jesús: “Venid, venid”.
- Los amenazados son consolados y glorificados. Son consolados porque saben que su esposo es el Rey soberano de toda la tierra. ¿Habrá sufrimientos? Sí. El permitirá que venga sufrimiento purificador sobre su novia, pero será sufrimiento que lleva al bien. Enseñará a su novia a confiar sólo en él. Como resultado, la bendición sobrepasará al dolor. La bendición de ser más como Jesús es mayor que la dificultad del fuego purificador.
- Los rechazados son aceptados y glorificados. Estarán maravillados de que Dios está apasionado por ellos. Su aceptación no es hipócrita. Al contrario, está acompañada con su regocijo y canto.

Nuestro Dios ya no nos llama *esclavos*. A través de Jesús, nos llama amigos, hijos, y su esposa. A través del Espíritu, nos concede el más grande regalo que jamás hemos tenido. Él mismo se nos entrega. Él dice, “Yo estoy con vosotros” (Juan 14.27-28). “no te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré Lo que me pueda hacer el hombre “ (Heb. 13:5-6).

Conocí a un hombre que decidió en el momento que su esposa lo dejó que nunca más confiaría en alguna persona. Nunca se abría con nadie. Nunca se acerca a los demás, ni permitía que alguien se le acercase. Por supuesto, se daba cuenta de que todavía estaba siendo controlado por su esposa, pero pensaba que esta manera de ser por lo menos sería menos dolorosa.

A la luz de Oseas, tal estrategia no es ni siquiera una opción para el cristiano. El amor de Dios es un amor costoso. Nunca toma el camino fácil de alejarse de las relaciones. Al contrario, planea como moverse rumbo a los demás. Piensa en maneras creativas de sorprenderlos con amor.

El camino del amor de Dios no es uno sin sufrimiento. De hecho, aquellos que aman más, sufrirán más. No obstante, el camino del amor de Dios es un camino que nos deja rebosantes. Nuestra taza no puede contener lo que Dios derrama sobre nosotros. Entonces, simplemente es natural que el consuelo que recibimos de Cristo rebosará hacia las vidas de otras personas (2 Cor. 1:3-7). Nuestra meta es amar a la gente más que necesitarla. Somos jarras rebosantes, no tazas con agujeros.

Para Pensar

Mucha gente pregunta, “¿Cómo puedo conocer realmente el amor de Dios? Yo quiero conocerlo, pero parase estar tan distante” La respuesta es arrepíentete de estar buscando a Dios para sentirte mejor contigo mismo. Luego piensa en Jesús a través de la historia de Oseas. Pídele a Dios que te enseñe acerca de este amor, para que puedas tanto conocerlo como darlo. Pide a otras personas que oren por ti en tanto lees. Dios promete que él te enseñará.

AMA A TUS ENEMIGOS Y A TU PRÓJIMO

Todavía hay un paso más. Hasta ahora, hemos considerado el temor del Señor, y hemos considerado nuestros propios corazones. Ahora debemos entender lo que Dios dice acerca de las demás personas. ¿Quiénes son ellos? Un amigo preguntó “¿Para que sirve la demás gente?” ¿Qué tipo de forma o identidad tienen? ¿Cómo definimos nosotros a los demás, y cómo Dios los define?

Notemos algunas de las formas o identidades que nosotros les damos a los demás:

- La gente son bombas de gasolina que nos llenan.
- La gente son boletos hacia la aceptación y la fama.
- La gente son sacerdotes que tienen el poder de hacernos sentir limpios y bien.
- La gente son terroristas. Nunca sabemos cuando será el próximo ataque.
- La gente son dictadores cuya palabra es ley. Están en completo control.

Scott Peck, en su libro muy vendido, *The Road Less Traveled*, sugiere que podemos convertir a los demás en organismos hospedadores. No es un cuadro muy hermoso: la gente son los intestinos, nosotros somos los parásitos.

“No deseo vivir. No puedo vivir sin mi esposo (esposa, novio, novia). Lo amo tanto. Y cuando les respondo, como frecuentemente lo hago, “Estás equivocada; tú no amas a tu esposo (esposa, novio, novia). La respuesta airada es: “¿Qué está diciendo?” “Le acabo de decir que no puedo vivir sin él (ella)”. Entonces, les trato de explicar: “Lo que describes no es amor, sino algo parecido a un parásito”.³⁰

La Biblia resume estas formas variadas de esta manera: La gente son nuestros ídolos atesorados. Los adoramos, esperando que cuidarán de nosotros, esperando que nos den lo que sentimos necesitar. Lo que realmente necesitamos son formas e identidades *bíblicas* hacia otras personas. Entonces, en vez de necesitar a la gente para satisfacer nuestros deseos, podremos amar a la gente para la gloria de Dios y cumplir el propósito por el cual fuimos creados.

Para mí este último paso es el más difícil. No es muy difícil entender lo que la Biblia dice acerca de la gente – todos sabemos que se supone que debemos amarla – pero es difícil aplicar este conocimiento. El amar a los demás hace que esta vida sea menos cómoda. Significa que debo renunciar a mi propio programa para el sábado en la mañana con el fin de ayudar a mi prójimo. Significa que me siento más lastimado cuando alguien se muda de domicilio. Significa que la gente estará en nuestra casa cuando yo preferiría estar rodeado sólo de mi familia inmediata.

¿No se parece esto a la Palabra de Dios? Justamente cuando pensamos que la hemos adaptado a nuestro cómodo estilo de vida de clase media, nos arma un revoltijo. Nos dice que amemos a los demás de la misma manera como hemos sido amados por Dios.

Paso 7: Necesita menos a los demás, ama más a los demás. Busca amar a otros en obediencia a Cristo y como una respuesta a su amor hacia ti.

Enemigos

Una de las formas que las demás personas tienen, no engendra exactamente amor y comunidad, pero de todas maneras es una forma que tienen. Las personas pueden ser nuestros enemigos. Pueden estar constantemente en contra de nosotros. Pueden planear nuestra destrucción y estar comprometidos para avergonzarnos y buscar nuestra desgracia.

³⁰ M. Scott Peck, *The road Less Traveled* (New York: Simon & Schuster, 1979), 98

Como consejero le he recordado a muchos Cristianos que alguna persona es su enemigo. Usualmente la gente no quiere escucharlo, pero es verdad. Pero aun, muchos de estos enemigos eran amigos o familiares.

“Porque no me afrentó un enemigo, Lo cual habría soportado; Ni se alzó contra mí el que me aborrecía, Porque me hubiera ocultado de él; Sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, Mi guía, y mi familiar; Que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, Y andábamos en amistad en la casa de Dios” (Salmo 55:12-14)

Este pasaje apunta con mayor claridad a Judas, el enemigo de Jesús. Pero Judas ha tenido muchos imitadores. Recuerdo a aquellos que tienen esposos enemigos, esposas enemigas, hermanos enemigos, padres enemigos, hijos enemigos, compañeros de trabajo enemigos, y enemigos en la iglesia. La lista es muy larga.

Dios responde a nuestros enemigos

Un ejemplo bíblico de un verdadero enemigo lo encontramos en el libro de Ester. Si es que hubo un “Hitler” en la Biblia, este era Amán, quien era egomaniaco y con una determinación demente de extinguir a toda la gente Hebrea (Ester 3-5). Al principio, la ira celosa de Amán estaba dirigida hacia el judío Mardoqueo. Pronto, generalizó su odio hacia todo Israel.

Siguiendo el ejemplo de Daniel, Mardoqueo no se arrodillaba delante de otras personas. El hacerlo habría deshonrado al Dios verdadero. El problema era que Amán, el segundo en autoridad después del rey Asuero, estaba lleno de sí mismo, no obstante deseaba llenarse más. El demandaba que Mardoqueo se arrodillase delante de él, tal y como los demás lo hacían.

Cuando el rechazo de Mardoqueo fue reportado a Amán, él se airó e inmediatamente se propuso cumplir un plan que haría más que matar a Mardoqueo. “Pero tuvo en poco poner mano en Mardoqueo solamente, pues ya le habían declarado cuál era el pueblo de Mardoqueo; y procuró Amán destruir a todos los judíos que había en el reino de Asuero, al pueblo de Mardoqueo (Ester 3:6).

Este era un verdadero enemigo. Aun Ester lo dijo. Ester era el cenit de la gracia y la gentileza, así que si Ester decía algo indecoroso de alguna persona, sabías que tal persona era peligrosa. Ella le dijo al rey: “El enemigo y adversario es este malvado Amán” (Ester 7:6).

La mayoría de nosotros jamás hemos tenido un enemigo como Amán. Nuestros enemigos percibidos son personas que nos han desairado o pecado en nuestra contra una o dos veces. Ciertamente es raro tener a alguien que esté dedicado a buscar nuestra aniquilación. No obstante, sí existe gente como Amán en el mundo. ¿Qué hacemos con ellos?

Primero, debemos saber que Dios escucha la voz de los oprimidos. El tiene compasión de ellos, y los opresores despiertan su ira. Segundo, Dios bendice a las víctimas con el conocimiento de que él es más grande que nuestros enemigos. Como nos enseña el libro de Proverbios, Dios nunca permitirá que los enemigos triunfen totalmente al final de cuentas.

Pero ellos a su propia sangre ponen asechanzas, Y a sus almas tienden lazo. Tales son las sendas de todo el que es dado a la codicia, La cual quita la vida de sus poseedores. (1:18-19; también 12:7; 16:25; 24:16)

Los años de los impíos serán acortados. (10:27)

Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra. (11:2; también 13:21; 16:5, 18; 18:12)

Cuando muere el hombre impío, perece su esperanza; Y la expectación de los malos perecerá (11:7; también 14:11).

El testigo falso no quedará sin castigo, Y el que habla mentiras perecerá. (19:9; también 21:18)

No te entremetas con los malignos, Ni tengas envidia de los impíos; Porque para el malo no habrá buen fin, Y la lámpara de los impíos será apagada. (24:19-20).

Estos proverbios describen con precisión la historia de Amán. Poco después de que el rey aceptó la petición de Amán de aniquilar a los judíos, Amán fue desairado al ser forzado a mostrar gran honor hacia Mardoqueo. Muy pronto después de esto, la horca que Amán había preparado para Mardoqueo fue usada para colgar a Amán mismo. Finalmente, toda su propiedad fue dada a Mardoqueo.

Dios dice que algunas personas son mejor definidas como enemigos. Cuando los encontremos, nuestra respuesta apropiada es primero confiar en Dios en vez de temer al hombre. Confiamos que Dios es el Todopoderoso, y no nuestros enemigos. Después de todo, los enemigos no perdurarán.

“No confiéis en los príncipes, Ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; En ese mismo día perecen sus pensamientos” (Salmo 146:3-4)

“No temáis afrenta de hombre, ni desmayéis por sus ultrajes. Porque como a vestidura los comerá polilla, como a lana los comerá gusano” (Isaías 51:7-8)

Esto no quiere decir que presumidamente pensemos, “Ya te llegará tu día”. Claro que no. La Escritura deja claro que nunca debemos gozarnos cuando nuestro enemigo cae (Prov. 24:17). Esto simplemente significa que los enemigos van a morir. Son carne que se desvanecerá. En otras palabras, son como nosotros. Pero eso no es todo. La enseñanza bíblica acerca de los enemigos también indica que su legado de maldad terminará. El reino de los cielos lo vencerá. No durará para siempre.

Sin embargo, esta promesa puede no significar exactamente lo que pensamos. Si lo interpretamos a través de los lentes de nuestros deseos personales, significa que seremos vindicados personalmente. Que veremos la derrota de nuestros enemigos. Pero la promesa no significa eso. Sabemos de enemigos que han perdurado por generaciones. Lo que significa es que los enemigos no restringirán el crecimiento del reino de Dios, la Iglesia. Por ejemplo, Asiria no podía estorbar los planes de Dios. Hoy Asiria no existe, pero la iglesia de Dios se ha esparcido por todo el mundo (ver Salmo 126).

Esta promesa es emocionante sólo si pensamos más corporativamente que individualmente. Isaías no vivió para ver el defunción de Asiria, pero la profecía en contra de ellos fue de gran consuelo para él. Sabía que no vería el fin del gobierno Asirio, pero podía regocijarse de que el pueblo de Dios florecería y Dios sería exaltado.

El Consuelo de Jesús en los Salmos

Cuando somos confrontados con enemigos y no sabemos qué sentir o hacer, debemos ir directamente a los Salmos. En ellos se nos da exactamente lo que necesitamos. Lo que hacen los Salmos es ponerse en contra de nuestros instintos naturales. Cuando nos inclinamos a tomar las cosas en nuestras propias manos, los Salmos nos enseñan a confiar en Dios. Cuando nos aislamos del dolor, nos enseñan a confiar en Dios. En vez de aprender a jurar que nunca más nos acercaremos a una persona, aprendemos a confiar en Dios. En vez de extinguir la esperanza, los Salmos nos enseñan a confiar en Dios, y como resultado, ser llenos de expectativas jubilosas por la venida del Reino. Podemos decir que los Salmos mejoran nuestra calidad de vida.

Muy a menudo los Salmos describen nuestro sufrimiento con tal precisión que pensamos que fueron escritos para nosotros. Y esto es verdad – fueron escritos para nosotros, pero también cumplen otro propósito. Cuando los salmistas como el rey David describen su sufrimiento a manos de sus enemigos, están intentando escribir algo más que declaraciones autobiográficas que las generaciones futuras puedan usar para compadecerse de ellos. Los Salmos fueron incluidos dignamente en la Escritura porque David era un representante del Rey Divino. El pedía juicio en contra de sus enemigos porque eran enemigos del Dios verdadero. La gloria de Dios era la misión de David, no su propia vindicación.

Para ser más específico, el rey David habló en lugar de un rey más grande, el rey Jesús. Los enemigos de los que habló son aquellos de Jesús; los sufrimiento de los que habló son los del Mesías. Esto significa que debemos leer cada Salmo, por lo menos, dos veces. La primera vez podemos dejar que nos hable. La segunda vez debemos escucharlo como la voz de Jesús. De nuevo, esto nos anima a temer al Señor. Encontraremos que el dolor de Jesús fue mayor que el nuestro. Como lo dice correctamente P.J. Forsyth: “Lo que le ocurre a las criaturas pecadoras de Dios, aunque sea muy trágico, es menos monstruoso que lo que le pasó al Hijo de Dios”.

Esto no minimiza el dolor de la persecución y las amenazas, pero sí dirige nuestra atención hacia afuera – lejos de nosotros mismos y de nuestros enemigos. Esto significa que cuando seamos confrontados con un enemigo, nuestras oraciones pueden trascender nuestra confusión personal. Ciertamente, debemos orar por la liberación, pero los Salmos hacen que hagamos oraciones aun más grandes. Aun en medio de amenazas semejantes a la Amán, los Salmos nos enseñan a orar que el nombre de Jesús sea exaltado. Oraremos que el reino de Dios avance y abruma a todos los enemigos de la luz, especialmente a Satanás mismo.

Si tu enemigo está hambriento, dale de comer

Una razón por la que es crítico que miremos a Jesús cuando enfrentamos a nuestros enemigos es que esto hará que las siguientes palabras de Jesús sean menos desconcertantes. Dios puede definir a algunas personas como enemigos, pero él dice que debemos tratarlos como amigos. Nuestro deber es considerar cómo servirles de tal manera que les dirijamos hacia Jesús y se arrepientan de sus pecados.

Ahora puedes entender por qué este último paso del conocimiento de otras personas (y actuar en correspondencia con ese conocimiento) es tan difícil. ¿Cómo podemos si quiera comenzar este proceso imposible? De acuerdo con la Palabra de Dios, comienza con el conocimiento de que hemos sido desobedientes. Hemos violado las prohibiciones de Dios y no hemos amado como deberíamos. ¿Nos damos cuenta de que éramos enemigos de Cristo? Si es así, entonces no tenemos otra opción más que tratar a los enemigos de la manera en la que Dios nos ha tratado. Nuestra consciencia se rebelaría si nos sintiéramos satisfechos en un juicio de autojusticia en contra de nuestros enemigos.

¿Qué decimos de la frase, “haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza” (Rom. 12:20)? Esta insinuación de venganza puede hacer que la tarea de amar a los enemigos sea un poco más fácil. Pero ten cuidado con esto. No hay ningún mandamiento bíblico que esté corrompido con pensamientos de venganza. Conozco algunos hombres y mujeres que parecían ser muy gentiles hacia sus enemigos, pero en sus corazones no tenían la intención de la Escritura. Ellos pensaban, “Fabuloso, tengo una manera de vengarme de mi padre sin que me metan en la cárcel. Seré excesivamente cariñoso con él, y esto lo enloquecerá”. No obstante, el pasaje tiene una intención santa. El propósito de las ascuas de fuego es llevar al ofensor al arrepentimiento y la fe. Para muchas personas, eso está más allá de su perspectiva del amor. Una cosa es la idea de mostrar misericordia temporal y terrenal hacia el ofensor, pero el pensamiento de que el ofensor pudiera ser perdonado y aceptado como hijo de Dios a veces es demasiado. Si lo consideramos demasiado, debemos orar para que no seamos vencidos de lo malo. Debemos orar para que podamos tener el amor de Jesús hacia el ofensor. También, debemos invitar a otros a orar con y por nosotros.

Ama a tus enemigos

El alimentar a los enemigos es una aplicación del principio general de amar a tus enemigos. Dios dice que tratemos a los enemigos de la misma manera como tratamos a los amigos y a la familia. ¿Imposible? Por supuesto. Pero no cuando tenemos el temor del Señor. Cuando sabemos que el poder de Dios es más grande que el de nuestros enemigos, cuando sabemos que él es justo, y cuando sabemos que él nos amó aun cuando éramos enemigos, entonces somos libres para ser siervos sencillos que imitan y obedecen al Padre. El bendice a justos e injustos con la lluvia y el alimento, y así también nosotros debemos ser bendición (Mat. 5:45).

Para amar de esta manera, necesitamos tanto poder como discernimiento. Necesitamos poder porque somos incapaces de amar de la manera como Cristo nos ha amado. Necesitamos discernimiento porque a veces es difícil saber cómo se debe manifestar el amor. Como resultado, cada vez que nos percatemos que tenemos un enemigo específico, debemos buscar el consejo de la iglesia para discernir cómo expresar ese amor. Muy a menudo, la gente interpreta el mandato de amar a los enemigos como “dales cualquier cosa que ellos quieran de ti”. Hay momentos cuando tal expresión de amor no es sabia.

¿Debería una mujer abandonada por su marido darle lo que el desea en el arreglo del divorcio? ¿Debe tratar a su marido de la manera como desearía ser tratada? El sentido común

dice, “No, no le des a esa rata nada”. Pero ¿Es esta una manera bíblica de proceder (quitando lo de rata)? Tal vez sí. El amor, en este caso, significará perdonar al enemigo, no calumniarlo ante otros, y no atacarlo con palabras para obtener cierto grado de venganza. Pero el amor no es la única categoría que se aplica a esta situación. También está la justicia. Si el marido está amenazando y pidiendo cosas que sencillamente son injustas, la mujer debe apelar a la justicia y la iglesia debe apoyarla.

El amor a los enemigos es el pináculo de la obediencia cristiana hacia Dios. Como indica el sermón del monte, es fácil amar a la gente que nos ama. Pero se requiere de la obra poderosa del Espíritu de Dios para amar a aquellos que están dedicados a dañarnos.

Hay otra cosa que debes saber acerca de amar a tus enemigos. A la luz del libro de Oseas, esto no debe ser una sorpresa. Superficialmente, el amor a los enemigos suena como un autocastigo o una tontería. Esto va en contra del consejo popular que te dice que echas por la borda a la gente que daña tu autoestima. Pero si Dios lo dice, debe ser bueno. Siempre hay bendición en la obediencia. La bendición puede ser que no sea la reconciliación o el arrepentimiento del enemigo. Tal vez sea el privilegio de no ser controlado por ese enemigo. O simplemente puede ser el gozo de llegar a ser más semejante a Jesús. Sea lo que sea, siempre hay una bendición en la obediencia.

Prójimos y Extranjeros

Un segundo grupo de personas son aquellas que no son parte de la iglesia visible. En el Antiguo Testamento tales personas eran llamadas extranjeros o forasteros; en el Nuevo Testamento se les llama prójimos.

Un amor basado en la Identidad

El Israel del Antiguo Testamento tenía leyes muy claras que protegían a los extranjeros que vivían en la tierra. Salomón, en una oración inspirada, oró para que Dios contestara todas las oraciones de los extranjeros, “para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman” (1 Reyes 8:43). Los extranjeros no debían ser mal tratados (Ex. 22:21) o privados de la justicia (Mal. 3:5); en vez de esto, se les debía dar tierra (Ez. 47:22) y amor (Deut. 10:19). El libro de Rut trata acerca de una extranjera – una moabita – quien fue incluida en la línea real de David y Jesús.

Todo esto era una imitación del amor de Dios hacia Israel, quienes habían sido extranjeros (Ex. 22:21; 23:9; Lev. 19:34). De hecho, siempre fueron extranjeros. “Esta tierra es mía” dijo el Señor, “y ustedes son extranjeros y forasteros “ (Lev. 25:23). Como extranjeros que fueron bendecidos por Dios, ellos debían tratar a las personas de la misma manera como habían sido tratados.

El Nuevo Testamento está repleto de mandamientos de amar a Dios y al prójimo (Mat. 22:39; Santiago 2:8). La ampliación clásica de este mandamiento es la historia del buen Samaritano (Lucas 10.25-37). En esta historia, Jesús expande los límites normales de lo que es un prójimo hasta llegar al punto de incluir en la historia a dos enemigos, un judío y un samaritano. Luego, Jesús hace que el héroe de la historia sea un samaritano, a quien los judíos consideraban como inferior moralmente. No pudo haber remarcado este punto con más fuerza.

Esto es muy relevante para algunas de mis discusiones familiares pasadas. Mi esposa y yo tenemos dos hijas. Cuando eran más pequeñas, ellas eran las niñas más escandalosas cuando estaban con nosotros, pero parecían estar sordas y mudas cuando estaban con vecinos o con gente que no conocían bien.

Pueden imaginar su explicación cuando les señalamos esto. “Somos tímidas” dijeron. Nosotros replicamos: “Son descorteses”.

Puede ser cierto que algunos niños son por naturaleza más tímidos cuando están rodeados de gente, pero un buen tanto de la timidez es la versión infantil del temor a la gente. Están siendo controlados por los demás.

El mejor tratamiento fue que Sheri y yo discutiéramos con nuestras hijas algunas aplicaciones del mandamiento de Jesús de amar a nuestro prójimo. Hablamos de cómo Jesús nos había dado la bienvenida, luego consideramos cómo tratar a los demás como queremos ser tratados (Mat. 7:12). Bromeamos con ellas acerca de la aflicción repentina que desarrollaban

cuando estaban alrededor de personas nuevas, y jugamos representando algunas alternativas con ellas. Les sugerimos que respuestas monosílabas o gruñidos eran ilegales.

El proceso fue lento. Nuestras hijas son como nosotros: aprenden a través de repetición incesante, práctica y oración. La santificación es como un andar torpe y lento en vez de ser como una interruptor de corriente que encendemos y apagamos. Pero crecemos por la gracia de Dios. Mis hijas ahora raras veces se comportan como zombis cuando conocen a nuevas personas. Ellas cambian cuando las preparamos y oramos por ellas.

Por supuesto, si ellas quisieran ponernos a sudar sólo tendrían que decir, “evangelismo”. El temor al hombre no respeta a nadie. Puede ser llamado codependencia en la vida adulta, presión de grupo en la adolescencia, y timidez en la niñez, pero como sea que se llame, siempre revela el mismo corazón idólatra. Para evitar este enredo necesito que mis hijas oren y me exhorten de la misma manera como necesitan que Sheri y yo oremos por ellas.

La prescripción para los evangelistas tímidos está ahora en su sitio. Una vez que entendemos la profundidad del problema podemos comenzar a buscar el temor del Señor. Es mucho más fácil hablar de Jesús cuando su vida constantemente nos tiene maravillados. Entonces nos arrepentimos de nuestro temor del rechazo de otras personas. ¿No esa acaso la razón prominente de nuestra timidez? Adoramos tener la aceptación y el favor de toda la gente. Nos desmoronamos cuando sentimos la más leve pizca de rechazo. Finalmente, recordamos lo que Dios dice acerca de los demás: debemos necesitarlos menos y amarlos más. No los necesito para llenar mi taza de amor; al contrario, estoy en deuda con ellos. Les debo una deuda de amor que puede ser pagada, al menos en una pequeña parte, al llevarles al amor de Jesús.

Para Pensar

El mandamiento de amar a los enemigos y a los prójimos es una implicación inevitable del conocimiento de Dios y el conocimiento de nosotros mismos. Si hemos sido los enemigos de Dios, y Dios se ha acercado y nos ha reconciliado con él, ¿qué podemos hacer que no sea tratar a los demás como hemos sido tratados? Al imitar a Jesús de esta manera seremos sal y luz en nuestra generación.

1. Escoge a algún enemigo y algún prójimo y comienza a orar por ellos.
2. Busca oportunidades para sorprender con amor a alguien de afuera del cuerpo de Cristo.

12

AMA A TUS HERMANOS Y HERMANAS

Jesús indicó que todas las personas son nuestros prójimos, y debemos mostrar gracia y misericordia a todos porque Dios ha tenido gracia y misericordia hacia nosotros. No obstante, aquellos que están en el cuerpo de Cristo son parte de nuestra familia de una forma especial. Son aquellos con quienes pasaremos la eternidad, y son aquellos cuya cooperación necesitamos para representar a Cristo.

El apóstol Pablo dijo, “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y *mayormente* a los de la familia de la fe” (Gal. 6:10). Ciertamente esto no disminuye nuestra preocupación por el prójimo y los enemigos; sino que tal tipo de interés en nuestros hermanos es un resultado de ser familia en el sentido más íntimo de la palabra.

Este tipo de amor y unidad no viene sin una batalla. Los mismos adversarios que se oponen al temor del Señor – el mundo, la carne y el diablo – también se oponen a la exhortación de amar y estar unidos a nuestros hermanos y hermanas. Es de sabios estar pendientes de estos enemigos al hablar de la Iglesia como una familia.

Recuerda, (1) la carne tiene una inclinación pecaminosa hacia los intereses personales. Es leal a la pregunta: “¿Qué hay para mí?” (2) Satanás es un mentiroso y enemigo de la unidad. Notemos que la mayor enseñanza explícita sobre la guerra espiritual (Efesios 6) la encontramos en el libro que enfatiza la unidad. La estrategia más prominente es fracturar y dividir. Y (3) el mundo trata de institucionalizar estas tendencias.

Permítanme desenmascarar aun más a estos oponentes.

El evangelista dijo: "Quiero que se olviden de las instituciones". "El evangelio no se trata de iglesias. Es una decisión que haces delante de Jesús y nadie más".

¿Qué piensas de su enfoque? El está en lo correcto cuando dice que los individuos deben arrepentirse y bautizarse (Hechos 2:38). Y puedo entender que algunas personas tienen una visión deformada de la iglesia, así que el evangelista no quería que esas presuposiciones nublaran los asuntos espirituales. Pero ¿no es cierto que el llamamiento a confiar y obedecer es un llamamiento más amplio que "sólo Jesús y yo"? La promesas de Dios son para "vosotros y para vuestros hijos y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (Hechos 2:39). Y ¿No es acaso la persona llamada a venir a Cristo, quien es la cabeza de una institución? En el libro de Hechos, cuando la gente se convertía, se asumía que serían parte de un compañerismo local. No pudo haber sido de otra manera. Habían sido integrados a una *comunidad* de la resurrección, una comunidad del Espíritu.

Recientemente se hizo un estudio interesante contrastaba la reacción que mostraban los japoneses y los estadounidenses ante las dificultades personales. La pregunta era ¿cómo se conforta la gente durante estas dificultades? Los japoneses consistentemente dijeron, "Pienso en mi familia. Imagino que mi familia está conmigo". La respuesta estadounidense típicamente era, "Yo puedo superar esto, solamente debo trabajar más fuertemente". O utilizaban una conversación con ellos mismos con la intención de inflar su "yo" necesitado: "Soy grandioso. Esta persona no puede vencerme. Soy mejor de lo que él es". En otras palabras, vivimos en una cultura que enfatiza al individuo por sobre la comunidad.

Los estadounidenses a menudo utilizan la frase "dependiente en uno mismo" (self-reliance). Esta frase es un problema notorio para los traductores. Por ejemplo, en Latinoamérica, la traducción más cercana a la que llegan es una palabra más parecida a la palabra en Inglés "independencia". En algunos países asiáticos la frase no tiene sentido, o es una señal de inestabilidad mental. De acuerdo con la mayoría de las tradiciones asiáticas, la persona nunca debe ser dependiente en sí mismo. La persona debe ser interdependiente.

En una ocasión escuché una variación cristiana de la canción de Frank Sinatra "A mi manera". Se llamaba "A Su manera". Por favor no piensen que estoy siendo extremista. Simplemente deseo mantener mis ojos abiertos a las maneras recurrentes en las que pensamos de una manera privada en vez de pensar corporativamente. ¿Pueden notar mi preocupación con respecto al nuevo título de esta canción? Ciertamente "Su" es mejor que "mí", pero ¿no sería más preciso decir "nosotros" en vez de "yo"? La canción retiene su sentimiento de aislamiento. Se trata de "Jesús y yo".

¿Recuerdan a la mujer cristiana que decía que Dios le había dicho que se casara con alguien que no era cristiano? Tal vez fue un ejemplo extremo, ¿cuan a menudo consultamos con el pastor, los ancianos o las hermanas de la iglesia cuando estamos pensando acerca del matrimonio, un cambio de trabajo, u otra decisión importante? ¿Cuán a menudo pido oración por parte de la iglesia cuando estoy escribiendo o dando conferencias? Siempre existe mucha discusión e instrucción acerca de conocer la voluntad personal de Dios para nuestras vidas, pero ¿has escuchado a la gente hablar acerca de la voluntad de Dios para la iglesia o aun para sus familias?

¿Has notado que mucha gente no concibe la iglesia como una familia? La mayoría de las veces escucho a la gente hablar de la iglesia como si fuera su enemiga. Algunas veces estas personas han sido lastimadas por gente de la iglesia y han tomado la decisión de no ser lastimadas de nuevo. Generalizan a partir del caso específico a la iglesia entera: Si una persona me lastimó, entonces la iglesia me lastimó. Algunas veces, actuamos como si la iglesia fuera un enemigo por nuestro propio sentido de vergüenza. En otras palabras, puesto que podemos ver las cosas en nuestras vidas que nos avergüenzan, asumimos que los demás también las ven. Usualmente, sin embargo, tratamos a la iglesia como un enemigo porque no hemos sido enseñados por la Escritura. No sabemos lo que Dios dice acerca de Su cuerpo.

Esto tiene mucho que ver con el temor al hombre. Mientras pensemos acerca de nosotros mismos como solos o aislados, estaremos siempre propensos a temer a los demás. El aislamiento y el temor al hombre son compañeros cercanos. No obstante, somos liberados cuando entendemos en verdad que Dios nos ha llamado a participar en una familia más grande (esto es, la Iglesia). El culto con la iglesia comienza a sentirse un poco más como una familia

sentada con nosotros en nuestra sala. Aun mejor, nos sentimos como una familia sentados juntos a los pies de Jesús, sentados alrededor del trono. Con la familia no hay incomodidad, pena o temor.

Puede ser que no hayas venido de una familia sólida. Puede ser que tu hogar fue un lugar donde siempre fuiste criticado y siempre te preguntabas que estarían pensando los demás. Si este es el caso, no permitas que tu experiencia de lo que es una familia corrompa tu entendimiento de lo que Dios dice acerca de ella. Debes creer que aquellos que pertenecen al cuerpo de Cristo son tu familia. Aprende que somos un *pueblo* de igual manera como somos *personas* individuales. Esta lección no necesariamente es más fácil para las personas que han venido de buenas familias. Esto ocurre porque la lección es aprendida por fe, no simplemente por la experiencia previa.

Notemos los resultados si somos negligentes en ver la importancia de la comunidad bíblica. Si privatizamos la Escritura, convirtiendo el “nosotros” por un “yo”, tendremos los siguientes dilemas:

- Yo tengo que ir a todo el mundo y hacer discípulos (Mat. 28:18)
- Yo tengo que orar sin cesar (1 Tes. 5:17)
- Yo tengo que dar el cuidado apropiado a las viudas que están en necesidad (1 Tim. 5:3)
- Yo tengo que enseñar a los hombres mayores, a los jóvenes y a las jóvenes (Tito 2:1-8).

Y de alguna manera, en los momentos que me queden libres, yo debo trabajar y ganar suficiente dinero para mi familia.

Afortunadamente, estos mandatos son dados a la Iglesia. Solamente como cuerpo es que podemos evangelizar al mundo. Se requieren personas que apoyen económicamente, agencias misioneras, amigos e iglesias que oren fielmente, y mucha otra gente del cuerpo para que un misionero vaya y haga discípulos. Y para cumplir el mandato de orar sin cesar, necesito a la iglesia porque necesito dormir de vez en cuando, y tengo que ir a trabajar. La oración practicada las veinticuatro horas del día sólo puede ser lograda por la iglesia a nivel mundial.

La Imagen Corporativa de Dios

El fundamento de la enseñanza de la unidad, amor y la familia de Dios se remonta a la imagen de Dios en el hombre. Ser imagen de Dios significa imitar y representar a Dios en beneficio de Su gloria. Significa que debemos ser semejantes a Dios en todas las maneras en las que las criaturas pueden ser semejantes al Creador. Para imitar remotamente tal gloria inmensa ciertamente se requiere de un grupo grande de personas, porque las criaturas están limitadas mientras que la gloria de Dios es ilimitada. El capítulo 9 resumió algunas de las facetas de esta gloria, y por lo tanto, describió algunas de las maneras en las que nosotros podemos imitar a Dios, pero hubo una que descuidamos.

“Oye Israel, el Señor nuestro Dios uno es” (Deut. 6:4)

Si existiera una pluralidad de dioses, serían entendibles las divisiones y facciones entre la gente religiosa. “Yo soy de Zeus”. “Yo soy de Mercurio”. Pero nuestro Dios es uno, y su pueblo lo imita y le trae gloria cuando mantiene la unidad.

¿Cuál era la identidad más prominente para los israelitas? “Soy un israelita, el pueblo que pertenece a Dios”. Intenta encontrar el concepto de “Dios y yo” en los cinco libros de Moisés. No lo encontrarás. El pacto de Dios fue hecho con un *pueblo*. “Oye Israel”, dijo el Señor.

“Andad alrededor de Sion, y rodeadla; Contad sus torres. Considerad atentamente su antemuro, Mirad sus palacios; Para que lo contéis a la generación venidera. Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; El nos guiará aun más allá de la muerte.”

Los israelitas del Antiguo Testamento tenían festividades corporativas, la Pascua se celebraba con las familias, y había un día anual de propiciación por los pecados del pueblo como un todo (Lev. 16). A los israelitas se les ordenó que hablaran del Dios y su ley a sus hijos y los unos a los otros (Deut. 6). Las promesas fueron promesas hechas a un pueblo al igual que a los individuos. De igual modo, las maldiciones por las desobediencias de los individuos a menudo eran maldiciones que caían sobre toda la gente.

Cuando Acán pecó al tomar del botín de Jericó, “los hijos de Israel cometieron una prevaricación” (Jos. 7:1). El Señor dijo que Israel había pecado. El castigo por la desobediencia cayó sobre todo el pueblo cuando el ejército fue derrotado por los hombre de Hai. Para tratar el

pecado, todo Israel debía consagrarse delante del Señor. Por supuesto, la Biblia es clara en cuanto de que cada individuo es responsable por su propio pecado, pero existe un sentido en el que todo el pueblo se contamina cuando hay pecado en uno de sus miembros.

Daniel estaba muy consciente de que aun en el exilio estaba inexplicablemente conectado con el pueblo de Dios. Lo que se decía de ellos podía decirse de él. Estaba avergonzado por el exilio, y sentía el peso del pecado del pueblo.

“Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas. . Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos.” (Dan. 9:4-8)

Recuerdo una tarea que nos dejaron en cuarto de primaria en la que teníamos que escribir una carta sin usar la palabra “yo”. Todavía no entiendo cuál fue el propósito – a veces pienso que puesto que éramos un grupo tan malo, la maestra usó esta tarea para señalar nuestro egoísmo – pero se que todos pensamos que era casi imposible.

Una tarea cristiana equivalente sería orar sin pedir por las preocupaciones específicas personales. Para mí, tal oración es tan difícil como escribir una carta sin usar “yo”. Cuando oro, típicamente, tengo círculos concéntricos en mi mente. El círculo de adentro es mi familia, el siguiente círculo son mis parientes, el siguiente es mi iglesia, el siguiente son las misiones, y así sigo. Muy a menudo, me fatigo antes de salir del segundo círculo.

¿Cómo has intentado orar “en grande”? Este es un excelente remedio en contra del temor al hombre. Intenta orar al revés partiendo del círculo de más afuera hacia el círculo de adentro; es decir, orando por el mundo y la iglesia global antes de llegar cerca del hogar. Ora las oraciones de la Biblia. Ora los Salmos. Los Salmos son para la meditación privada y para la asamblea, pero son más apropiados para la asamblea.

El Salmo 133 es un ejemplo de un Salmo corporativo explícito. Es un cuadro de las bendiciones que no pueden ser contenidas . descendiendo, descendiendo, descendiendo. Tal cuadro está reservado para la bendición más grande que Dios puede dar a su pueblo: la bendición de la unidad.

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es Habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, El cual desciende sobre la barba, La barba de Aarón, Y baja hasta el borde de sus vestiduras; Como el rocío de Hermón, Que desciende sobre los montes de Sion; Porque allí envía Jehová bendición, Y vida eterna.”

La primera imagen es la de la ordenación de Aarón como sacerdote. Fue un gran día, un día de gran celebración. Este evento confirmó el pacto de Dios con su pueblo. Por medio de esta ordenación, Dios estaba diciendo que él moraría con su pueblo, y el pueblo tendría acceso a su Dios a través de los sacerdotes. Entonces, al presenciar la ordenación, el aceite, el cual sólo se aplica a la cabeza, se mantiene cayendo hasta cubrir todo el cuerpo de Aarón. El aceite de consagración no podía ser contenido. Se mantuvo cayendo y cayendo.

De una manera similar, el Monte Hermón era la montaña más grande de la región, y Sión no era más que una colina. Si el rocío de Hermón cayera sobre Sión, sería una abundante bendición de frutos en una zona árida.

Este Salmo es una oración muy importante para el pueblo de Dios. Cuando tememos a la gente y nos aislamos o protegemos de ellos, nos aislamos y protegemos de una parte importante del remedio provisto por Dios, esto es, amor y unidad con su pueblo. Un Salmo tal como el 133 nos recuerda que oremos por el remedio provisto por Dios. Nos recuerda que una de las grandes bendiciones de la tierra es unirnos al pueblo de Dios en vez de temerle o aislarnos de él.

Unidad y Amor – Una prioridad bíblica

Tales imágenes del Antiguo Testamento seguramente estaban en la mente del apóstol Pablo cuando escribía a las Iglesias. Por ejemplo, en su carta a los Efesios casi puedes escucharle decir, “Cuán bueno y delicioso es cuando los hermanos habitan juntos en unidad”.

No obstante, Pablo estaba pensando en mucho más que la unidad de aquellos que eran hebreos de nacimiento. Estaba hablando acerca de una unidad que los profetas raras veces

imaginaron. El estaba viendo a la Iglesia: judíos y gentiles, los enemigos jurados, los limpios y los inmundos. Es en esta unidad que la multiforme sabiduría de Dios es “ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Efesios 3:10). En otras palabras, La visión que Pablo tenía de la iglesia es que ésta sería la declaración más grande de Dios tanto para el mundo como para los seres celestiales. La Iglesia está siendo observada y estudiada por poderes espirituales, y es a través de la iglesia como cuerpo que están siendo anunciadas las grandes riquezas de la sabiduría de Dios. ¿Cuál es el pináculo de esta sabiduría? Que Dios ha demostrado su gloria al traer a un grupo muy variado y unirlo en Cristo.

Para lograr esta unidad, Cristo ha dado regalos al cuerpo. Los regalos son otras personas. A través de personas – apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros, y muchos otros – Dios edifica a la Iglesia “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios” (Ef. 4:13).

En otras palabras, para glorificar a Dios necesitamos a las personas. Necesitamos ser enseñados y pastoreados, y necesitamos enseñar y pastorear. Diariamente necesitamos el consejo de nuestros hermanos y hermanas, y ellos necesitan nuestro consejo. Necesitamos que las personas nos hagan las preguntas difíciles, aunque a veces deseemos que nos dejen en paz. Aun el apóstol Pablo necesitaba de estas cosas: “Porque deseo veros . . . para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí” (Rom. 1:11-12).

Chuck Swindoll representa a mucha gente en la Iglesia que sabe que no puede crecer en la gracia aislados de los demás creyentes. Se da cuenta que la supuesta seguridad que proviene de la autoprotección y la falta de vulnerabilidad realmente es la maldición de la cual Dios desea librarnos. Cuando estaba con sus compañeros pastores, se desafiaban unos a otros con estas siete preguntas:

1. La semana pasada ¿Has estado con una mujer en cualquier lugar que pueda verse como que estás transigiendo en tus convicciones?
2. ¿Le ha faltado integridad a alguna de tus transacciones financieras?
3. ¿Te has expuesto a cualquier material sexualmente explícito?
4. ¿Has pasado un tiempo adecuado en el estudio de la Biblia y la oración?
5. ¿Le has dado prioridad a tu familia?
6. ¿Has cumplido los requerimientos de tu llamado?
7. ¿Me acabas de mentir?

Yo agregaría, por lo menos, una declaración a estas preguntas. “Ahora que te he hecho estas preguntas, permíteme decirte que has sido una bendición para mí. Permíteme decirte cuánto me has dirigido hacia a Cristo”.

Como consejero, he hablado con muchas personas que desean conocer sus dones espirituales. Ellos vienen a mí esperando algún tipo de prueba de diagnóstico que los describa con precisión. Mi impresión es que esta perspectiva representa una avería en la iglesia. Refleja una iglesia en donde estamos corriendo como individuos en vez de estar unidos como una comunidad que glorifica a Dios.

Por ejemplo, las personas que están en búsqueda de sus dones piensan que pueden “encontrar” sus dones sin tomar en cuenta al cuerpo. Se han olvidado que la orientación del pueblo de Dios es hacia fuera en vez que hacia adentro. La pregunta debe ser esta: ¿Cómo puedo crecer en amor y servicio hacia el cuerpo de Cristo? Los dones son las maneras en las que naturalmente amamos y servimos. Haciendo una paráfrasis de San Agustín diríamos, si deseas conocer el don que Dios te ha dado, primero conoce que el propósito de los dones espirituales es traer unidad a la iglesia. Entonces, “ama a Dios y haz lo que desees”.

Pero podemos decir algo más de la repartición de los dones en el cuerpo. Uno de los frutos malos de una iglesia que enfatiza el “yo” es que no le decimos a la gente cuando han sido una bendición para nosotros. Si alguien dio clase de escuela dominical y nos ayudó a entender un pasaje de la Escritura, entonces debemos decirselo a esa persona y animarle en cuanto a su don. Si el director de alabanza nos dejó gozosos por haber estado en la presencia de Dios, entonces agradecémosle por las maneras específicas en las que fue bendición para nosotros y la iglesia. Nadie debe verse en la necesidad de preguntar cuáles son sus dones; nosotros debemos señalar los dones de las personas a medida que nos ministran.

¿Puedes percibir la dirección natural hacia afuera que tiene el remedio de Dios para el temor al hombre? Aunque incluye una autoreflexión guiada por la Biblia, el propósito de esta introspección es el amor. Consistentemente la Palabra de Dios nos urge al amor a Dios y el amor a los demás. Al seguir este sendero, encontramos que ya no estamos dominados por un temor idólatra a los demás.

No obstante, el sendero no siempre es fácil. De hecho raras veces es fácil. Antes de que Cristo regrese, debemos estar preparados para algunos “topes” grandes – “topes” como los que encontró el apóstol Pablo en la Iglesia en Corinto.

“Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.” (1 Cor. 1:10)

“Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? (1 Cor. 3:3-4)

“Así que, por cierto es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos.” (1 Cor. 6:7)

Estas divisiones eran notorias inclusive durante la celebración de la Cena del Señor. No era tanto que hubieran peleas a golpes antes de la comunión (al menos Pablo no reporta golpes). La preocupación declarada de Pablo fue el caos que era el resultado de que la gente actuara como individuos egoístas y aislados, en vez de ser un solo cuerpo. El tema recurrente del libro de jueces es adecuado aquí: “Cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jue. 17:6). Con todo el respeto que se merecen los adolescentes, era como tener una cena familiar con un grupo de muchachos adolescentes voraces y egoístas. Debido a estas divisiones, el apóstol Pablo dio direcciones específicas acerca de la Cena del Señor. El apóstol les dijo que debemos examinarnos a nosotros mismos antes de participar de la mesa de comunión (1 Cor. 11:28).

Cuando se te dice que te pruebes a ti mismo antes de la Cena del Señor, ¿En qué piensas? Muy probablemente recuerdas una lista de pecados privados recientes. Si así los haces, ¡magnífico! Para algunas personas este es el único momento reflexivo acerca de sus vidas, y es un momento excelente para el arrepentimiento y la confesión de pecado. No obstante, aunque eso sea muy bueno, el pasaje está diciendo algo más. A lo que Pablo nos está exhortando es a reconocer el cuerpo de Cristo. ¿Nos damos cuenta de que la iglesia es una sola? ¿Estamos conscientes de que los que comparten la Cena son el Cuerpo de Cristo, que son nuestra familia? Claramente este es el contexto del pasaje.

Esto significa que debemos recordar que es a través de la muerte de Cristo que hemos sido reconciliados con Dios y los unos con los otros. Él nos ha hecho uno, y nosotros orientamos nuestros corazones a la búsqueda de la unidad en amor. La Cena del Señor es un gran momento para orar y planear en cuanto a esa unidad con nuestros hermanos y hermanas. Es un momento para explorar nuevas formas de ser amables, compasivos y perdonadores.

La exhortación del apóstol también significa que debemos arrepentirnos de los pecados que han dividido al pueblo de Dios. ¿Hemos chismeeado en contra de alguien o calumniado a alguien? ¿Hemos evadido a la gente? ¿Hemos estado enojados pecaminosamente en contra de alguien?

Jesús mismo nos dio direcciones específicas para buscar esta unidad.

“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. (Mat. 5:23-24)

“Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas.” (Mar. 11:25)

El apóstol Pablo dijo lo mismo en su carta a los Efesios.

“Somos miembros los unos de los otros: Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo.” (Efesios 4:25-26)

¿Puedes notar lo urgentes que son estas instrucciones? Sólo una iglesia que está unida en amor puede en verdad reflejar la gloria de Dios tanto a los poderes espirituales como al mundo, y sólo una iglesia unida puede estar firme en contra de los esfuerzos divisores de Satanás. La

Biblia no se equivoca: Si has contribuido para que haya una falta de unidad, corrígete ahora. Los avivamientos deben comenzar en la Mesa del Señor.

Una implicación de esta unidad es que se garantiza que la vida del cristiano será llena de un gozo mayor – pero también de una tristeza mayor. Tendrá un mayor gozo porque Cristo ha resucitado, se nos ha dado una comunidad, y cuando el Espíritu nos une, nos gozamos con otros hermanos y hermanas que se gozan. Pero la vida del cristiano se llena de una tristeza mayor porque sufrimos cuando partes del cuerpo también sufren. De la misma manera en la que nos afecta que alguien de nuestra familia esté sufriendo, así también sufrimos cuando alguien de nuestra familia extensa esté sufriendo. También, cuando alguien del cuerpo nos hiere, nos lastimará más porque son parte de nuestra familia. Sin embargo, esa herida, no será paralizadora. Al contrario, por la gracia de Dios, creceremos en la fe a través de ella y estaremos listos para la pregunta, ¿Cuál es mi deber hacia este hermano o hermana?

Por supuesto, nuestro deber es el amor. Una ventaja para nosotros que viene de las divisiones en Corinto es que Pablo no pudo terminar su exhortación acerca de la unidad con un “amen a Dios y hagan lo que sientan” o ni aun con un “ámense unos a otros”. En vez de esto, tuvo que ser muy específico acerca de qué apariencia tiene el amor. Tuvo que definir el amor. Como resultado, hemos sido bendecidos con 1 Corintios 13.

La Oración de Jesús a favor de nuestra Unidad

No te desanimes si el amor y la unidad de 1 Corintios 13 suena imposible. Aunque el mundo, la carne y el diablo son adversarios formidables, Jesús ha orado por nosotros. Este hecho nos recuerda lo que necesitamos, nos provee de una pauta para la oración, y nos da la confianza de que puesto que el amor y la unidad son la voluntad de Dios, él las hará realidad.

La oración de Jesús en Juan 17 nos ha ayudado a entender algo de lo que necesitamos. Necesitamos traer gloria a Dios, y necesitamos crecer en nuestra santificación y obediencia al Padre. El otro tema es prominente en la oración de Jesús es la unidad.

“Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros.” (v. 11)

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.” (v. 20-21)

“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste.” (v.23)

“Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.” (v.26)

Esta es una manera profunda de traer gloria a Dios. Como Jesús y el Padre son uno, así nosotros debemos ser uno los unos con los otros. Esto es tanto maravilloso como aterrador. Por un lado, la meta de la verdadera comunidad bíblica es una gran bendición. Somos parte del remedio de Dios para el temor al hombre, y tenemos acceso a algo por lo cual el mundo está mendigando. Pero significa que debemos ir hacia los demás en amor. Aquí es donde se puede poner aterrador. La gente, después de todo, hace que nuestras vidas se alteren. Todo está mucho mejor cuando podemos mantener nuestros mundos seguros y pequeños, y estar contentos con ser amables y dar dinero. Ahora, al conocer la enseñanza de la Escritura, es imposible tal indiferencia y egocentrismo.

La unidad y amor significan:

- Nos confesamos nuestros pecados unos a otros (Santiago 5:16)
- Compartimos con los hermanos y hermanas que están en necesidad (Rom. 12:13; 1 Jn. 3:17)
- Somos vulnerables con los demás (Oseas).
- Nos asociamos con la gente de posición baja (Rom. 12:16).
- Consideramos maneras de honrar a los demás (Rom. 12:10).
- Discernimos cuándo confrontar el pecado y cuándo pasarlo por alto (Mat. 18:15; Prov. 17:9; 19:11).
- Somos pacientes con los demás (1 Cor. 13:4)
- Estamos dispuestos a sacrificarnos (Jn. 15:12-13).

- Practicamos la disciplina eclesiástica (Mat. 18:15-19; 1 Cor. 5:1-5).

El amor bíblico nunca se satisface a menos que esté creciendo (1 Pedro 1.22). Desarrolla estrategias, pide oraciones de los demás con la finalidad de crecer, piensa en grande – no grande en términos de lo espectacular, sino grande en términos de algo más allá de las expectativas humanas. El amor bíblico no es un amor llamativo que atrae la atención hacia sí mismo, pero debe tener grandes intenciones. Queremos que sea presenciado por toda criatura viviente. Queremos que la gente y todas las autoridades y poderes espirituales sepan que somos discípulos del Dios viviente a través de nuestro amor (Jn. 13.35).

Ustedes son el Tabernáculo de Dios

Todo esto significa que aun tienes otra identidad. Somos el tabernáculo de Dios, Su templo. En el Antiguo Testamento, el tabernáculo era la casa terrenal de Dios, Su presencia con su pueblo. Este es el mismo tabernáculo que dejó admirados a los ejércitos enemigos. Por ejemplo, muy pronto después de haber capturado el arca, los filisteos la sacaron de su tierra: su ídolo Dagón se cayó una y otra vez delante de ella. Este es el tabernáculo que era tan santo que cuando los hombre de Bet-semes, el Señor los mató. El resto de los hombres de Bet-semes dijeron: “¿Quién podrá estar delante de Jehová el Dios Santo?” (1 Sam. 6:20). De igual manera, Uza fue fulminado por el Señor cuando intentó sostener el arca de Dios que se estaba cayendo (2 Sam. 6.6-7).

Ahora vayamos al Nuevo Testamento. “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Dios mora en vosotros?” (1 Cor. 3:16). El apóstol Pablo está diciendo que nosotros somos el tabernáculo de Dios. La iglesia es el tabernáculo. Aquí tenemos uno de los misterios del Antiguo Testamento que fue revelado en el Nuevo. Nosotros, como cuerpo, tenemos al Dios viviente en nosotros. Este es el misterio que fue glorioso y rico, “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Esto es suficiente para dejarnos temblando.

Enemigos, prójimos y el Cuerpo de Cristo: somos deudores.

¿Quiénes son las demás personas? Tienen tres formas diferentes: enemigos, prójimos y familia. ¿Cuál es nuestro deber hacia ellos? Amor. El amor puede manifestarse de manera diferente con cada grupo, pero nuestro deber se puede resumir diciendo “amor”. Amamos a los enemigos al sorprenderlos con nuestro servicio hacia ellos. Amamos a nuestros prójimos al tratarlos como nuestra familia. Y amamos al cuerpo de Cristo – nuestros hermanos y hermanas – de tal manera que el mundo y los poderes espirituales se admiren de nuestra unidad.

Diciéndolo de una manera más fuerte, estamos en *deuda* con nuestros enemigos, prójimos y amigos. No importa lo que hayan hecho, y no importa cuan desproporcionada sea nuestra dadivosidad hacia ellos comparada con de ellos hacia nosotros, estamos en deuda.

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. . . cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Rom. 13:8-9)

¿Será que este amor nos ponga en una posición donde sea posible el ser heridos? Sin duda alguna. C.S. Lewis indicó que si queremos algo fácilmente y sin dolor, debemos haber escogido una botella de vino en lugar de escoger a Jesús. No hay duda alguna de que el amor bíblico nos hace más vulnerables. Pero esta no será la vulnerabilidad devastadora que viene con el *necesitar* psicológicamente a las personas. Los cristianos necesitan menos y aman más.

Esta deuda de amor, ¿nos deja vulnerables a la manipulación por otros que desean usarnos para sus propósitos impíos? Probablemente no, al menos no por mucho tiempo.

Un pastor de edad media fue regañado amablemente por su médico por estar haciendo demasiado. El médico decía que el pastor necesitaba unas vacaciones o se estaba perfilando hacia la enfermedad. El pastor, por supuesto, no tenía tiempo en aquel entonces para unas vacaciones. Estaba muy ocupado atendiendo a su congregación y las necesidades especiales de su esposa y sus dos hijas.

Su esposa se había plagado de una enfermedad misteriosa en los últimos cinco años hasta el punto de que no era capaz de conducir o salir sola. Esto significaba que el Pastor tenía que llevarla a todas partes. Sólo las compras y las citas médicas le llevaban como una hora todos los días.

El pastor también estaba enseñando dos cursos en el seminario local porque necesitaba dinero extra. Una de sus hijas recientemente había comprado un carro, y él estaba pagando el seguro. Su otra hija estaba en la universidad, y él estaba pagando todas las cuotas. No obstante, ninguna de ellas trabajaba.

Con todo esto ocurriendo, ¿Cómo podría el pastor tomar un descanso de sus deberes? El era necesitado por su congregación y su familia.

¿O necesitaba sentirse necesitado? El pastor entendía el temor del Señor, pero no se había entendido a él mismo. Nunca había considerado que su autosacrificio era más bien para servirse él mismo que a su familia. Como resultado, estaba ciego a otras maneras mejores de amar.

Empezó a ver que ser “buena gente” no es lo mismo que amar. Al ser “buena gente” estaba siendo percibido como el esposo atento y sacrificado. Al ser “buena gente” estaba siendo lo opuesto de su propio padre, quien nunca tuvo interés y era distante. Pero por ser “buena gente” estaba matando a su familia porque podía ser manipulado para hacer cualquier cosa.

Gradualmente, el pastor comenzó a ver el egoísmo escondido en sus acciones. Reconoció que el amor era mucho más que decir “sí”. Pidió perdón de su esposa e hijas, y les pidió que oraran por él porque quería aprender a amarlas más profundamente. Como puedes imaginar, la familia estaba un poco confundida con lo que estaba pasando, pero el pastor se había acercado a ellas en alguna otra ocasión para pedir perdón. Este episodio en realidad *no* era tan diferente.

Pero sí lo era. Con el consejo de algunos amigos sabios y cercanos, el pastor comenzó a pensar con mayor claridad acerca de las maneras de amar a su familia. Después de algunas semanas se sentó con la familia y les presentó su plan.

Le dijo a una de sus hijas que dejaría de pagar su seguro en tres meses. Le dijo a su hija que estaba en la universidad que él sólo podría pagar un porcentaje de la colegiatura del siguiente año escolar. Esto le dio a la familia nueve meses para trabajar juntos para pensar en alternativas financieras tales como empleos o préstamos. Después de consultar con el médico de su esposa, le comunicó a ella que ya no la llevaría a más citas médicas. El doctor estaba emocionado con su decisión. El pastor también le dijo a su familia que iba a pedir un año de descanso de sus deberes en el seminario. Esto empezaría después de su siguiente semestre de enseñanza.

Luego, llegó la verdadera prueba. Su familia no pensaba que él estaba siendo “buena gente”. Se enojaron con él. Decían que ellos no le importaban. Al decir estas cosas no sabían que lo estaban tentando con su ídolo favorito. El escuchó lo que decía la familia y lo consideró en oración y con consejo. Pero decidió que su resolución era sabia y que se mantendría firme.

Después de algunos meses rocosos, la familia comenzó a florecer. Sus hijas decidieron buscar trabajos e inclusive los disfrutaban. Su esposa comenzó a ser menos miedosa y muchos de sus síntomas mejoraron dramáticamente. El pastor le expresó a la iglesia que había estado equivocado al tomar tantas responsabilidades en la iglesia porque esto limitaba que otras personas usaran sus dones. Confesó esto a su congregación y la congregación reaccionó estando dispuestos a poner sus dones al servicio de los demás.

La gente que busca agradar a las personas puede confundir el ser “buena gente” con el amor. Cuando esto ocurre, están propensos a ser manipulados por los demás, y el desgaste con toda seguridad ocurre. La gente que quiere agradar a los demás también puede confundir un “sí” con el amor. Pero “Sí” puede ser a veces algo muy imprudente. Puede no ser la mejor manera de pagar nuestra deuda de amor. Decir “sí” a una tarea puede provocar que no hagamos algo más importante. Puede significar que hacemos algo que alguien más pudo haber hecho mejor que nosotros. Puede significar que estamos reforzando las pautas pecaminosas de las personas. Puede significar que estamos interpretando la iglesia como algo egocéntrico en vez de como un cuerpo al decir; “Si no lo hago yo, nadie lo hará”.

Por lo tanto, un “sí”, ser “buena gente” y el “autosacrificio” no son necesariamente lo mismo que el amor. Pueden ser maneras en las que establecemos nuestro significado y nuestra propia identidad, en vez de ser expresiones creativas de amor hacia otros. Teniendo en mente estas precauciones con respecto a los imitadores del amor, me gustaría decir algo bueno acerca del autosacrificio y fatiga. Por cada libro o artículo que leo acerca de nuestra deuda de amor, encuentro diez acerca de la autopreservación. Parece ser que uno de nuestros grandes temores

es que lleguemos a consumirnos. En mi propia vida encuentro que a veces mi meta es mayormente protegerme del “estrés” en vez de amar a otros. Todos debemos tener algunas disciplinas físicas en nuestras vidas para cuidar de nuestros cuerpos, y debemos tener en nuestras vidas algunas prioridades sabias y bíblicamente estructuradas. Pero podemos caer en la zanja de la autopreservación tan fácilmente como podemos caer en la zanja de ser “buena gente” y querer agradar a las personas.

Nuestras vidas tienen una intensidad cuando vivimos en el temor del Señor. Tenemos celo por la obediencia, ya no somos indiferentes hacia los demás, y tenemos el deseo de que la iglesia sea brillante y sobresaliente. Tales deseos tal vez impliquen algunos desvelos y algunas tareas que preferiríamos no realizar. El amor no es la opción más fácil.

La singularidad de la Unidad

Existe un cambio peculiar que ocurre cuando comienzas a pensar menos en ti mismo y buscas la unidad del cuerpo de Cristo. Los miembros de la iglesia en lugar de uniformarse se vuelven más singulares. La unidad no significa uniformidad.

Si me hubieras pedido que te describiera a Andy, te hubiera dicho que él es aburrido. Era uno de mis amigos, y era parte de mi iglesia local, realmente no tenía nada sobresaliente.

Cuando me pidió que lo aconsejara, no puedo decir que lo esperaba con ansia. Inclusive, había pensado negarme, pero hacía algunos años que había hecho el compromiso de estar más disponible para la gente de mi iglesia local, así que acepté renuientemente.

Su problema era algo común: “Sencillamente no me siento bien conmigo mismo. Deseo quererme un poco más”. Pensé: “*Oh no, aun el problema que quiere atacar es aburrido*”.

Cuando nos reunimos por primera vez, Andy estaba esperando las preguntas normales acerca de sus padres y su dolor. Y quizá debí haber hecho todas esas preguntas, pero mi corazón no estaba involucrado. En vez de esto, le sugerí que estudiáramos un libro de la Biblia juntos.

Ni siquiera recuerdo qué fue lo que estudiamos, pero recuerdo que fue divertido. Ambos lo disfrutamos. Recuerdo que estaba orando por diferentes personas en la iglesia al igual que estar orando juntos para que podamos aplicar la Escritura que estábamos aprendiendo. Estábamos orando mucho porque cada semana me enteraba de algo acerca Andy y él de mí. Recuerdo que un día se sintió culpable por su falta de amor hacia sus hermanos, y pidió que oráramos porque les iba a pedir perdón. Poco a poco, comencé a anhelar nuestro tiempo juntos.

Luego, un día me di cuenta. Pensé: *Este muchacho es colorido. ¡No es aburrido!* Tengo que reconocer que algunos de los cambios se operaron en mí, pero se que es más que eso. Andy y sus preguntas habían cambiado. Originalmente se había preguntado, “¿Cómo me puedo sentir mejor conmigo mismo?” Ahora estaba preguntándose, “¿Cómo puedo amar a la gente de la iglesia y del mundo?” A medida que aplicaba la enseñanza bíblica acerca del amor y la unidad, más aparecía su singularidad. De repente, vi dones en él que no había visto antes.

Cuando ya estábamos por finalizar nuestros tiempos semanales formales, le dije algo que inclusive a mí me sacudió. Le dije: “Andy, te ves hermoso”. Cuando salieron las palabras de mi boca estoy seguro que yo estaba más sorprendido que Andy. El comentario requería una pequeña explicación.

“Espero que esto no suene grosero, pero cuando miro nuestra relación semanas atrás, hubo un tiempo en el que solía decir que eres aburrido – por supuesto, en el mejor sentido de la palabra”. Andy se rió.

“Pero algo te ha ocurrido. He visto a Cristo en ti en los últimos cuatro meses de una manera como nunca antes te había visto. Lo he visto en tus oraciones por mí y en las estrategias que tienes para amar a los demás. Solías decir: ¿Cómo puedo sentirme mejor conmigo mismo? Ahora la pregunta es, “¿Cómo puedo amar a Cristo y a mi prójimo?”

El asintió con la cabeza. También él había visto la obra de Dios en su vida.

Para Pensar

Este capítulo repasa una parte esencial del tratamiento en contra del temor al hombre: debemos amar más a la gente y necesitarla menos (para satisfacer nuestros deseos psicológicos).

De la misma manera como el amor a Dios expulsa el terror a Dios, el amor a la gente expulsa nuestro temor de que nos puedan avergonzar, lastimar físicamente o rechazar.

Las palabras claves son familia, comunidad y unidad. Pero ten cuidado. Los cristianos no son los únicos que las usan. ¿Has notado que muchas personas se están cansando del individualismo y el enfoque en uno mismo? Interés en uno, la dignidad de uno, autoestima, lo que tiene para mí, la generación del “yo”, la introspección y el análisis personal: finalmente estamos listos para un cambio. El individualismo está siendo echado fuera. Desde una perspectiva estrictamente pragmática, hemos encontrado que el individualismo no funciona. Como antídoto ahora la palabra es *comunidad*.

El problema es que a menos que cambiemos radicalmente la manera en la que vemos a Dios, a nosotros mismos y a otros, la comunidad se convertirá sólo en otra estrategia para que nos sintamos bien con nosotros mismos. Aliviara la soledad y nos sentiremos más “conectados”, pero si buscamos la comunidad con el fin de satisfacernos a nosotros mismos en vez de para la gloria de Dios, el movimiento que promueve la comunidad será simplemente una novedad pasajera. Animémonos unos a otros para establecer nuestra comunidad eclesial en el amor de Dios.

1. ¿Cómo puede tu iglesia promover el sentido de comunidad? ¿Cómo puedes hacerlo tú?
2. Revisa la oración de Daniel y estudia la oración corporativa de Nehemías (Neh. 1:4-11). Permite que estas oraciones estructuren un tiempo de oración corporativa en tu iglesia.
3. ¿Cómo puedes dar honor a otras personas en el cuerpo de Cristo (Rom. 12:10)?
4. Recuerda a las personas que te han señalado a Cristo recientemente. Escríbele una carta a uno de ellos y propónte decirselo al resto.

13

La Conclusión es: Teme al Señor y Guarda sus Mandamientos

Un pastor del siglo XVIII se estaba quejando de una epidemia de temor al hombre evidente en su iglesia. El decía, todos están más preocupados por las opiniones de los demás de lo que están por la de Dios. Antes de que la gente de su congregación hiciera algo, primero se preguntaban, “¿Qué pensarán los demás?” El pastor decidió predicar una serie de sermones acerca del problema, y dio esta respuesta: “Teme a Dios y conoce tu deber”.

Su respuesta, en realidad, consistía en dos respuestas relacionadas. El temor de Dios es el fundamento esencial. Sin éste, el temor al hombre florecerá. Sin embargo, el predicador notó que había algunas personas temerosas de Dios en su iglesia que tropezaban con el temor al hombre porque no conocían su deber. Es decir, no podían discernir qué forma debía tomar su obediencia a Dios. No sabían cómo aplicar el temor del Señor. El pastor sabiamente se dedicó a predicar sermones sobre varios mandamientos, especialmente el mandamiento de amarse unos a otros.

El pastor llegó a una fórmula muy bíblica:

“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.” Ecles. 12:13

Tengo la confianza de que este pastor puritano pronto tuvo gente en su iglesia semejante a algunas personas que he conocido.

Un Adolescente

Tim era un jugador popular de fútbol americano – era el co-capitán del equipo – que estaba jugando sus últimos juegos de su tercer año de preparatoria. También estaba creciendo en el temor del Señor.

¿Qué debía hacer cuando el entrenador del equipo anunció que habría una práctica especial que interferiría con un viaje planeado con su familia? No lo sabía con exactitud, pero conocía las preguntas correctas. “¿Qué quiere Dios que yo haga? ¿Cuál es mi deber?” Después del anuncio del entrenador, Tim se dirigió hacia él y le informó del conflicto.

Para el entrenador, la decisión era clara. “¿Cuál es el problema? El equipo te necesita, y tú estarás en ese entrenamiento. ¡Sólo un bebé tiene que ir con papi y mami! Y si no te veo allí, estarás en la banca el próximo partido”.

Para un estudiante de preparatoria, esto ciertamente puede despertar el temor al hombre, pero Tim se mantuvo firme. Habló con sus padres acerca de ello, y juntos buscaron el consejo de uno de los ancianos de la iglesia. Después de escuchar algunas perspectivas bíblicas, el adolescente decidió que iría al viaje programado con su familia.

Estaba bastante consciente de las reacciones que obtendría de parte del entrenador, y por supuesto, las obtuvo. El entrenador no podía creerlo. El gritó y gritó con tal de hacer cambiar de opinión a Tim, pero no lo logró. Trató de poner al equipo en contra de Tim, con la esperanza que la presión de grupo lo haría desistir de su decisión, pero Tim, lleno de gracia, explicó su decisión al equipo que, en su mayoría, entendieron.

El estaba convencido del mejor camino bíblico. ¿Qué más tenía que pensar? Para este adolescente, no cabía la pregunta: ¿Debo temer a Dios o a los hombres? La respuesta era obvia: “Debo temer a Dios y discernir mi deber”.

Sería una historia interesante si pudiera agregar que el entrenador se arrepintió de su decisión de poner en la banca a Tim, que algunos de sus compañeros se convirtieron, que Tim llegó a tener una beca por ser buen deportista, y que una película se filmó acerca de su vida. Pero, hasta donde se, nada de esto pasó. Estuvo en la banca y eso fue todo. Pero para mí, esta es una historia valerosa que captó la atención de los seres y poderes espirituales. Tim fue puesto en la encrucijada, enfrentado con la decisión de a quién iba a temer, y nunca titubeó. El impacto sobre los poderes espirituales, los amigos y su iglesia será mucho mayor que el tener algunas marcas extras en su registro deportivo.

Un monje: Martín Lutero

Martín Lutero tuvo momentos de vacilación, pero consistentemente escogió temer a Dios en vez que al hombre. Nacido en Alemania en 1483, Martín Lutero fue un reformador de la iglesia colorido e influyente. Pero de todos sus logros, lo que resalta es su temor del Señor. Su crecimiento en el temor se ilustra en tres diferentes incidentes.

El primero fue el 2 de julio de 1505, cuando Lutero era un estudiante de veintiún años de la Universidad de Erfurt. Hasta entonces, Lutero había planeado terminar su grado académico y luego, siguiendo los deseos de su padre, estudiaría leyes. Pero cuando estaba rumbo a casa para visitar a sus padres, se vio atrapado en medio de una tormenta eléctrica. Los rayos caían tan cerca que temiendo por su vida, Lutero exclamó: “¡Ayúdame Santa Ana y me haré monje!”

Lutero tomó este voto muy en serio, aún cuando su voto fue hecho sin reflexión previa. El creía que su voto era parte de un llamamiento del cielo que no podía desobedecer. Por lo tanto, en contra de los deseos de su padre (a quien Lutero siempre había esperado complacer), el 17 de junio ingresó al Claustro Negro de los Ermitaños Agustinos localizado en Erfurt.

Su temor del Señor no era maduro hasta este punto. Casi exclusivamente era un temor al Dios Terrible, y estaba mezclado con temores supersticiosos a pequeñas criaturas que supuestamente habitaban los bosques. Pero dejó claro que Martín Lutero tenía un sentido de lo santo, y que tenía mayor temor a lo santo que al descontento de su padre o a su propia incomodidad en el monasterio.

Una segunda crisis ocurrió en 1507 después de haber sido seleccionado para ser sacerdote. La ocasión fue la primera Misa en la que iba a ser el sacerdote oficiante. La fecha estaba establecida pero luego se pospuso para que su padre pudiera asistir. Esto hizo que el momento fuera aun más significativo para Lutero.

La Misa era (y es) considerada una repetición de lo sucedido en el Calvario cuando el sacerdote transformaba el pan y el vino en la verdadera carne y sangre de Cristo. En otras palabras, el sacerdote estaba sumamente cerca a la presencia de lo santo. Habían directrices extensas para los sacerdotes que se usaban como medidas de precaución, y la Misa había sido celebrada miles de veces anteriormente, pero esta seguridad no consoló a Lutero. Dios era todavía el todo-aterrador Dios. Era atractivo en algunas maneras, pero era más para evitarse que para abrazarse. Por lo tanto, Lutero estaba casi sin habla cuando comenzó la ceremonia.

“Estaba completamente estupefacto y aterrado. Pensaba: ¿Con qué lengua me dirigiré a semejante Majestad, viendo que todos los hombre deben temblar en la presencia de, inclusive, un príncipe terrenal? ¿Quién soy yo que pueda levantar mis ojos y mis manos hacia la majestad divina? Los ángeles están a su alrededor. Al mover su cabeza asintiendo la tierra tiembla. ¿Diré yo, este miserable pigmeo, quiero esto o pido aquello? Pues soy polvo y ceniza y lleno de pecado y estoy hablando al Dios vivo, eterno y verdadero”³¹

No obstante, Lutero pudo terminar.

Aquí vemos algo de progreso. Lutero está siguiendo la gran tradición de Isaías y otros quienes se maravillaron con la presencia de Dios. El rey David, quien con certeza conocía el amor de Dios, estuvo tan admirado de Dios que inclusive tuvo valor para orar (2 Sam. 7:27). Pero para Lutero, no había todavía un nexo claro entre la justicia y el amor de Dios.

Con el fin de hacer un puente entre la justicia y el amor, Lutero intentó trabajar con más ahínco. Como la mayoría de la gente, él pensó que podía ganar el amor de Dios. Por lo tanto, buscaba la santidad personal con una diligencia sin par. Intentó de todo: ayunos de tres días, confesiones de seis horas, dormir en el frío sin cobertores, y oración constante, todo ello hasta el punto de que peligraba su vida. Pero la tranquilidad no llegaba.

Sin embargo, Dios estaba obrando en la vida del monje. Lutero era un buen erudito que estudió los idiomas bíblicos y las Escrituras. En 1509 recibió el grado de bachiller en estudios bíblicos, y en 1512 recibió el grado de doctor en teología. Estos estudios lo prepararon para su cargo de profesor de Biblia en Wittenberg, en donde su responsabilidad era dar conferencias exegéticas acerca de los libros bíblicos. Haciendo esta tarea él se sentía como pez en el agua.

En 1513-15 dio conferencias sobre los Salmos, en 1515-16 sobre Romanos, en 1516-17 sobre Gálatas, y en 1517-18 sobre Hebreos. El evangelio se le empezó a aclarar. El vio a Cristo como el todo-misericordioso en los Salmos. Luego, cuando estudió Romanos, todo cuajó. Para Lutero, el resumen de la obra de salvación de Dios se volvió: “La justificación sólo por fe”. Finalmente Lutero estaba conociendo a Dios en Cristo como el Dios todo-justicia y todo-misericordia.

“Deseaba grandemente entender la epístola de Pablo a los Romanos y nada me estorbaba como la expresión, “la justicia de Dios”, porque yo consideraba que se refería a la justicia por la cual Dios es justo y trata justamente al castigar al injusto. Mi situación era que, aunque era un monje impecable, estaba delante de Dios como pecador atribulado en su consciencia, y no tenía confianza en que mi mérito pudiera ayudarme. Por lo tanto, no amaba a un Dios justo y airado, sino que lo odiaba y murmuraba en su contra. No obstante, permanecía atento al querido Pablo y tenía un grande anhelo de saber qué quería decir.

Noche y día pensaba esto hasta que vi la conexión entre la justicia de Dios y la declaración “el justo por la fe vivirá”. Entonces entendí que la justicia de Dios es esa rectitud por la cual a través de la gracia y la misericordia pura, Dios nos justifica a través de la fe. A partir de ese momento, sentí que renací y que era transportado a través de puertas abiertas al paraíso . . . Es decir, ver a Dios con fe, es ver su corazón paternal y amistoso, en el cual no hay enojo ni falta de gracia. Aquel que ve a Dios como enojado no le está viendo correctamente sino que está mirando sólo a través de una cortina, como si hubieran puesto una nube negra enfrente de su rostro”.³²

Un temor del Señor robusto se había nutrido por medio del estudio y la meditación de las Escrituras. Muy pronto sería puesto a prueba.

Lutero es más conocido por su reacción en contra de las indulgencias. En sus días, la iglesia a menudo recaudaba dinero por medio de vender lo que ellos percibían como favores

³¹ Roland Bainton, *Here I Stand: a Life of Martin Luther* (New York: New American Library, 1950), 30.

³² *Ibid.*, 50.

divinos. Si tenías dinero cuando se ofrecían indulgencias, entonces podías liberar a algún familiar o a ti mismo del purgatorio. Este sistema violaba de tal manera el principio de la justificación por la fe que Lutero se sintió compelido a responder. Así lo hizo al clavar las noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg.

Estas tesis, al igual que docenas de publicaciones subsecuentes, pusieron a Lutero en tal disparidad con la iglesia católica romana que estaba en constante peligro. Podía pasar que sus enemigos trataran de asesinarlo o que la iglesia lo quemara como un hereje. Cualquiera que fueran los medios, Lutero asumía que la muerte era inevitable. Sus libros ya habían sido quemados públicamente en Roma. No obstante, las amenazas no lograron que Lutero dejara de escribir más panfletos que apoyaran lo que él entendía como las palabras de Dios mismo.

Los juicios eclesiásticos no le dieron a Lutero la oportunidad para debatir. En vez de eso, eran ataques en su contra, demandándole que se retractara de sus escritos y humildemente se sometiera a la iglesia. Lutero inclusive se “retractó” de un punto.

“Estaba equivocado, lo admito, cuando dije que las indulgencias eran un engaño piadoso a los fieles. Me retracto y digo, las indulgencias son los fraudes más engañosos e impostores cometidos por los pontífices más bribones, por medio de los cuales engañan las almas y destruyen los bienes de los fieles”.

Tal clase de sarcasmo multiplicó tanto el número de sus amigos como el de sus enemigos.

La apelación final de Lutero con el tiempo lo llevó a una reunión ante una prestigiosa asamblea en Worms. Después de mucha discusión acerca de si se le permitiría hablar a Lutero o no, el 16 de abril de 1521, Lutero llegó a Worms. El debate esperado simplemente fue un juicio público. No se le permitiría a Lutero la oportunidad de discursar sobre sus conclusiones. Después de mostrar los libros de Lutero, el examinador hizo una simple pregunta: “¿Los defiendes por completo, o deseas rechazar una parte?”

La respuesta de Lutero fue curiosa, especialmente a la luz de sus escritos tan osados. Quizá se sintió intimidado por el conjunto de los hombres más poderosos que jamás se hubiera reunido en esa región. Respondió con voz apenas audible, “Decir demasiado o poco sería peligroso. Les suplico que me den tiempo para pensarlo”.

Parecía estar vacilando entre el temor al hombre o el temor al Señor, pero algo ocurrió al dar las seis en punto de la noche siguiente. Lutero demostró la osadía que caracterizaba sus escritos. Tal seguridad no era una autoconfianza porque caminaba en humildad delante de Dios, sino fue una confianza en la Palabra de Dios.

Con sus comentarios, defendió sus escritos y les dijo a los hombres que tenían el poder de matarlo, “Debo caminar en el temor del Señor”. El concluyó sus comentarios declarando, “Mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios. No puedo y no me retractaré de nada, porque ir en contra de la consciencia no es correcto ni seguro. Dios me ayude. Aquí estoy firme, no puedo hacer otra cosa. Amén”.

Lutero demostró que es posible temer al Señor al mismo tiempo que tienes miedo. Después de todo, estaba ante un augusto tribunal de grandes poderes espirituales y políticos. No es ninguna sorpresa su temor. Pero, en medio del temor, escogió confiar y obedecer a Dios. Este es el temor del Señor en su forma más elegante.

Un profeta hebreo y sus amigos

Los modelos que Lutero estaba siguiendo seguramente fueron los hombres del libro de Daniel: Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego. Después de Jesús mismo, no hay otros modelos más grandes que ellos con respecto al temor del Señor. Estos hombres llegaron a ser prominentes en el peor tiempo para el remanente de Israel. El reino de norte había sido exiliado, y Babilonia había invadido Judá y establecido reyes que eran sus títeres. Al principio de la ocupación babilónica, llevaron a los jóvenes más brillantes de las familias nobles de Judá para que sirvieran en la corte de Nabucodonosor, entre ellos estaban Daniel y sus amigos.

No sabemos a ciencia cierta cómo aprendió Daniel el temor del Señor. El rey de Judá que reinaba durante la ocupación babilónica era el perverso Joaquín, y él fue precedido por el reinado breve de otro rey malvado. No obstante, catorce años antes de la cautividad babilónica, Josías había sido rey y el trajo un avivamiento al reino. Es muy probable que Daniel y sus amigos fueron educados en el espíritu de Josías.

El peligro con el libro de Daniel es que nuestra familiaridad con las historias y la aparente facilidad con la que estos hombres escogieron temer al Señor, haga sonar este libro bastante ordinario. Por ejemplo, el libro comienza con la negativa por parte de Daniel de comer la comida asignada por el rey. El comer tal comida hubiera traído inmundicia de acuerdo con la ley mosaica, y Daniel escogió seguir esa ley. Para Daniel su deber era obvio.

Pero Daniel con facilidad pudo haber sido sentenciado a muerte por su negativa a comer de la comida del rey. El era un prisionero hebreo, y Nabucodonosor ciertamente no hubiera tolerado a tal buscador de problemas. Ante tales circunstancias sospecho que mucha gente hubiera pasado por alto la ley, haciendo la racionalización de que algunas leyes son más importantes que otras. Estoy seguro que los fariseos hubieran podido diseñar una interpretación que acallara su conciencia en cuestión de minutos. ¿para qué hacer tanto escándalo por comida inmunda o comida que había sido sacrificada a los ídolos? Pero esto estaba absolutamente claro para Daniel. “Pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse” (Dan. 1:8). Sin embargo, esto sólo fue una cortesía. No importaba lo que el oficial dijera, Daniel había determinado su curso de acción.

El temor del Señor simplifica la vida.

Parece ser como si el libro de Daniel es el salón de la fama del temor del Señor. Los siguientes fueron los tres hebreos – Sadrac, Mesac, y Abednego. Se les indicó que adoraran una gran estatua de Nabucodonosor. Las instrucciones eran muy claras: Cuando escuchen la música, caigan al suelo y adoren la imagen. Si no lo hacen, serán echados inmediatamente al horno de fuego.

El texto bíblico no nos menciona cómo vieron los hombres de Nabucodonosor que los hebreos no obedecían el decreto, pero como los tres hebreos eran hombres prominentes, esta desobediencia al edicto debió haber sido obvia. Fueron traídos inmediatamente delante de un rey airado. Como un gesto de misericordia sin precedentes, Nabucodonosor les dio la oportunidad de retractarse y obedecerle, pero los hombres no necesitaron una noche para pensarlo.

Su respuesta al ofrecimiento del rey es absolutamente admirable.

“No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.” (Dan. 3:16-18)

Para mí, el hecho de que hayan sobrevivido a la prueba del horno no es el clímax de la historia. El hecho de que Dios pueda levantar hombres como estos para mí es suficiente. Ellos son evidencias de su gran poder.

La tercera historia prominente acerca del temor al hombre está relacionada de nuevo con Daniel. Mientras el orgullo fue la razón del edicto de Nabucodonosor que condenaba a los tres hombres hebreos, los celos fueron el motivo detrás del decreto real que afectó a Daniel. Daniel era uno de esos hombres notables que tenía grandes talentos dados por Dios, una reputación impecable, y un temor incesante al Señor. Esta es una combinación raras veces observada que provocaría la envidia de mucha gente, así que no es una sorpresa el hecho de que los compañeros administrativos y gobernantes de Daniel estuvieran llenos de celos.

Pero ¿Cómo podrían hacer caer a Daniel? Todos tienen un talón de Aquiles. Si espías lo suficiente a alguien podrías ser capaz de encontrar algo que dañe su reputación y lo mantenga fuera del poder. Pero estos hombres sabían que, a menos que fuera algo relacionado con la ley de su Dios, nunca serían capaces de atraparlo.

Quizá sacando una página de los anales del reinado de Nabucodonosor, los gobernantes le sugirieron al rey Darío que promulgara un edicto irrevocable, vigente sólo por un mes, en el que se prohibiera que se hiciese oración a cualquier hombre o dios, que no fuese el rey. Darío estuvo satisfecho con la sugerencia pero pasó completamente inadvertidas las implicaciones.

Como antes, Daniel hizo que la cosa pareciera fácil. No tomó un día para reflexionar. Sencillamente continuó su hábito de orar de rodillas, tres veces al día, en la ventana abierta en dirección a Jerusalén. No estaba tratando de hacer un espectáculo por medio de esta oración pública. Sino que se orientaba hacia Jerusalén debido a su gran amor por su pueblo y por las promesas de Dios a Jerusalén. Ofrecía oraciones de gratitud, y sin duda, oraba para que el Mesías, que perdonaría y salvaría a su pueblo, viniera pronto.

No existe un registro de lo que Daniel dijo antes de ser echado al foso de los leones. ¡Qué lástima! Sus comentarios serían fabulosos para un drama. Pero Daniel, quien escribió el libro, no era del tipo de personas que les gusta llamar la atención. Estoy seguro que tuvo que atravesar la agonía al considerar lo que estaba a punto de suceder. Al igual que sus amigos hebreos él sabía que Dios *podía* salvarlo, pero también sabía que esa salvación no era muy probable.

Daniel no estaba interesado en llamar la atención hacia sí mismo. Al contrario, deseaba que supieramos que Dios es más grande que reyes, más grande que fuegos, más grande que leones hambrientos. El deseaba que el nombre de Dios fuera santificado en todo el mundo, y así fue. Después de que Dios salvó a Daniel, el rey Darío castigó a los administradores celosos juntamente con sus familias, y promulgó otro edicto:

“De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. El salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones. (Dan. 6:26-27).

Una ama de casa: Nancy

Nancy no es un personaje bíblico. A sus veintiséis años, es una esposa y madre de dos hijos que dijo que estaba absolutamente desesperada.

Habiendo crecido con un padre borracho y una madre que ignoraba sus ruegos cuando su padre era cruel, Nancy se sentía sin valor y vacía. Ella vino a su pastor porque sentía que su esposo no estaba llenando sus necesidades, y como resultado, ella iba del enojo a la depresión, y viceversa.

Sin duda es una tragedia tener una historia de crueldad y descuido en tu familia, y Nancy necesita entender lo que Dios dice a las personas que han sido lastimadas por otros. No obstante, esta es sólo una parte del fundamento bíblico necesario. Si su sentimiento de vaciedad y falta de dignidad revela que se está viendo como una taza de amor agujerada, entonces ella también necesita ser transformada en un tipo diferente de recipiente.

Una razón por la que los cristianos responden positivamente a la psicología de la necesidad es porque estas teorías toman en serio el dolor de la gente. Sin embargo, esta perspectiva puede realmente hacer que el dolor sea peor. Aumenta el dolor al sugerir que el pecado de los demás no sólo te hirió, sino también te privó de algo – un derecho, algo que se te debía – que es necesario para la vida. El ser herido por otros ya es suficientemente duro, pero la herida se intensifica cuando creemos que el pecado de otros fue casi una explosión letal que dañó el núcleo de nuestro ser. Por ejemplo, es muy problemático si alguien nos roba una joya valiosa, pero si esa joya era nuestro único recurso financiero para nuestra jubilación inminente, entonces la pérdida es mucho más grande. Por lo tanto, una de las tareas de la consejería es empezar a separar la herida verdadera del dolor que es amplificado por nuestros propios deseos y anhelos. El resultado será simplemente el dolor piadoso.

El pastor comenzó enseñando a Nancy acerca de la compasión de Dios sobre aquellos quienes han sido el objeto del pecado de otros. Su meta era sorprender a Nancy con el amor santo que Dios tiene hacia ella. Al estar compartiendo con Nancy la perspectiva de Dios sobre las víctimas, el pastor también le pidió que considerara tres preguntas. La primera era ¿Qué necesitas? Después de un tiempo corto de reflexión, Nancy respondió, “Necesito que mi esposo me escuche y satisfaga mis necesidades emocionales”.

El pastor respondió con una observación que ha sido hecha a través de la historia. “Nancy ¿has notado que tendemos a ser controlados por las cosas que necesitamos? ¿Puedes ver esto en la relación con tu esposo? Mientras necesites a tu esposo para llenarte emocionalmente, te sentirás controlada por él”.

La segunda pregunta estaba basada en esa observación. El pastor le pidió a Nancy que considerara la pregunta, ¿Qué o quién te controla? Se le pidió que estuviera especialmente atenta a los eventos o la gente que la dejaban deprimida o enojada.

Ella regresó con una lista bastante larga. Incluía a su esposo, sus hijos, su madre, su padre y sus amigos de la iglesia. Ella había escrito eventos de cada día que le demostraban que estaba controlada por otras personas.

Luego se le dio una tercera pregunta, “¿Dónde pones tu confianza?” Nancy inmediatamente vio que las tres preguntas eran idénticas. Lo que necesitaba la controlaba; lo que la controlaba era el objeto de su confianza o temor. Su pasado fue ciertamente problemático y doloroso, y necesitaba ser tratado. Pero el asunto que hacía que su vida fuera tan difícil ahora no era tanto su pasado como lo era el objeto de su adoración. El problema estaba dentro de ella, no afuera.

Nancy comenzó a señalar su problema como temor al hombre y una falta de temor a Dios. Como en el caso de muchos cristianos, la gente había llegado a ser el punto de control en la vida de Nancy. Ella admiraba a los demás. Ponía su esperanza en ellos. Además, como en todos los casos de temor al hombre, la fuerza detrás de todo era una preocupación por ella misma. Se apoyaba en los demás porque creía que ellos tenían el poder para darle lo que deseaba. Necesitaba a la gente debido a lo que *ella* deseaba. En otras palabras, las demás personas eran grandes porque sus deseos eran grandes.

Nancy comenzó a distinguir entre la vergüenza de haber sido objeto de pecado y la vergüenza de su propio pecado. De los dos comenzó a notar que la vergüenza por su propio pecado era más seria. Aunque su dolor era muy profundo, empezó a darse cuenta que su problema con el pecado era más profundo que su problema con el dolor.

Ciertamente, notó varios pecados obvios en su vida, pero estuvo más turbada por el tema profundo del temor al hombre que había venido de su propio corazón. Estaba adorando a los demás debido a sus propios propósitos. Ella encontró que esta era la pauta dominante de pecado en su vida.

Con esto en el centro, sabía que la respuesta no era ir a Cristo para satisfacer su necesidad sentida. Eso hubiera sido hacer de Jesús su talismán o ídolo personal. En vez de eso, su respuesta era matar sus deseos egoístas y aprender a temer sólo a Dios. Como resultado su pregunta comenzó a cambiar. Ya no era “¿Dónde puedo encontrar mi valor personal?” sino “¿Por qué estoy tan preocupada por mí misma?” Ya no era “¿Cómo puede Dios llenar mis necesidades?” sino “¿Cómo puedo ver a Cristo tan glorioso que me olvide de mis necesidades percibidas?”

Descubrió que Jeremías 17:5-10 fue muy útil. Le mostró que el temor al hombre era la causa real de su sentimiento de vacío. Era una maldición que dejaba a sus víctimas destituidas o vacías. La alternativa, es decir, confiar en Dios, era una bendición que llevaba a la vida y a la plenitud.

Comenzó a orar el Padre Nuestro. Cuando oraba, “perdónanos nuestras deudas”, a menudo pensaba en los momentos cuando su esposo había ocupado el lugar de Dios. Confesó que había estado tomando el matrimonio como una manera de satisfacer sus necesidades sentidas. Confesó que había designado a su esposo como su proveedor de satisfacción. Estos tiempos de confesión hubieran sido en el pasado como heridas autoinfligidas, pero ahora, teniendo un entendimiento mayor del amor santo de Dios, eran tiempos liberadores.

También comenzó a orar por crecimiento en el temor del Señor. Sabía que la confesión por sí misma no haría que Dios fuera más grande que la gente en su vida. Con la confianza de que Dios le concedería mayor temor del Señor, comenzó a buscar en la Escritura imágenes asombrosas de Dios. Fue a Isaías 6, Ezequiel 1, y el libro de Apocalipsis. Comenzó a buscar la gloria alrededor de ella durante su día. Inclusive leyó *Las Crónicas de Narnia* de C.S. Lewis como una manera de pensar más acerca de su Dios poderoso.

A medida que desarrolló un portafolio más brillante de imágenes de Dios, Nancy comenzó gradualmente a entender su verdadera forma. La taza de amor estaba de salida, aun cuando emergió muchas otras ocasiones. Estaba siendo reemplazada por imágenes dadas por Dios tales como amiga, sabia, profetiza, sacerdotisa, reina y esposa. Inclusive identificó imágenes tales como la de sierva o esclava de Cristo. Pero especialmente se veía a sí misma como cristiana.

Nancy estaba aprendiendo a temer al Señor, y estaba entendiendo la naturaleza de su propio corazón. Sólo restaba una parte: ¿Cuál era su deber hacia los demás? Su pastor nunca discutió específicamente esto porque Nancy ya había dado pasos agigantados hacia el amor a los demás. Ya no hablaba como si los demás le debieran algo. Al contrario, comenzó a pensar sobre maneras creativas de amar. Su pregunta fue bastante sencilla, “¿Cuál es mi deber delante de Dios quien me ha amado?”

Para Nancy, su deber implicaba cierto número de cosas. Debajo de la categoría de amor, buscó la viga en su propio ojo antes de hablar con su esposo acerca de sus faltas. Luego le dijo acerca de cómo algunas de sus acciones la habían lastimado. Su amabilidad y preocupación obvia por su relación hicieron sus palabras fáciles de escuchar. Juntos, empezaron a orar acerca de cómo amar a sus padres, y buscaron el consejo de otros amigos en la iglesia.

Ella decidió que trataría a sus padres no creyentes de esta manera:

- Ella les compartiría lo que ha estado aprendiendo acerca de ella misma y del temor al Señor (en la medida de que sus padres estén interesados en escuchar).
- Les pediría perdón por las maneras específicas en las que había pecado en contra de ellos, y los invitaría a hablar de asuntos que ella había descuidado.
- Les hablaría a sus padres en privado acerca de cómo ellos también habían pecado, y agregaría que los había perdonado. También decidió pedir a sus padres si querían hablar más específicamente acerca de los eventos del pasado. Si fuera así, ella estaría lista para hablar con ellos.

El pastor la bendijo luego con la Palabra de Dios: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom. 5:5). Esto puede sonar extraño después de todo lo que hemos dicho acerca de rechazar el punto de vista que dice que la persona es una taza vacía necesitada de amor. ¿Está diciendo la Escritura que después de todo sí somos tazas de amor? Realmente no. Aunque la metáfora de la taza es clara en el pasaje, esta es una taza que está necesitada espiritualmente, no psicológicamente. El contexto clarifica la naturaleza exacta de este amor: “Siendo aun éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom.5:8). Cuando reconocemos que la gente viene a Dios en la forma de pecadores desesperadamente necesitados de gracia, todos los consejeros deben buscar rebozar a los aconsejados con el amor de Cristo. Si eres el consejero, este debe ser tu más grande gozo: derramar y derramar el amor de Dios sobre aquellos que están resecos espiritualmente. Después de todo, esto traerá gran gloria al nombre de Cristo.

Un Consejero - Maestro

Al haber sido instruido por la Palabra de Dios y al estar rodeado de ejemplos tan impresionantes como el de Tim, Martín Lutero y Nancy, yo también estoy gradualmente aprendiendo a temer a Dios en vez que al hombre.

Cuando mi esposa me corrige justamente, soy capaz de escuchar y aprender — usualmente. Cuando me siento un fracaso, en vez de arrastrarme por algunos días, soy más rápido para preguntar, “¿Cuál es mi deber?”

Déjenme darles una foto “antes y después” que espero que les anime.

Estaba enseñando en la Fundación de Consejería y Educación Cristiana donde trabajo. El curso tuvo sus altas y sus bajas, pero una conferencia en particular estaba realmente mal. Aun a mí me pareció aburrida.

¿Has estado en un escuela primaria en el momento en que suena el timbre de salida? Se ve algo parecido a la carrera de los toros en España. Se ve como si los niños literalmente explotarán hacia fuera del edificio, liberados de la prisión. Por supuesto, tal comportamiento disminuye cuando los niños crecen.

Cuando sonó la campana señalando el final de mi clase, los estudiantes se veían como si estuvieran de vuelta en la primaria. Nunca había visto un salón de clase que se quedara vacío tan rápidamente. Nadie hizo una pregunta. Nadie dijo adiós.

Conduje a casa, me senté en la mesa del comedor, e inmediatamente comencé a mirar en los anuncios clasificados del periódico esperando encontrar un trabajo en donde no tuviera que ver o hablar con una persona.

“Ay de mí” pensé. “¡Qué horrible fracaso! Estoy humillado. No quiero volver a ver a esos estudiantes otra vez”.

Al estar revisando el periódico, pareciéndome a un niño pequeño que perdió su perro (y esperando que mi esposa me preguntara qué pasaba), mi esposa finalmente me preguntó por qué estaba tan apagado. Después de escuchar mi lamentable relato, me dio un gran consejo.

“Párale” dijo, “Tú tienes responsabilidades hacia tus estudiantes”. No era exactamente el consejo que deseaba escuchar. Deseaba ser llenado con empatía y amor incondicional. Algo como “Oh mi amor, estoy seguro que la clase estuvo fabulosa, y aun si no fue así, todavía sigo pensando que tú eres fabuloso . . .” Si me lo hubiera pedido, hubiera podido darle el guión para su respuesta. Pero ella escogió algo que fue directamente al corazón.

“Párale” era exactamente lo que necesitaba. Fue una manera breve de decir, “¿Por qué estás tan consumido en ti mismo? Quiero que seas liberado de la preocupación sólo por ti mismo por medio de temer a Dios y conocer tu deber”.

La llamada de atención de Sheri me puso en un nuevo rumbo. Comencé a mirar con mayor seriedad mi egoísmo y orgullo que se hallaba justamente debajo de la admiración por mí mismo. Fue hermoso. Como alguna vez sugirió Juan Calvino, Yo no era una taza de amor; yo soy una fábrica de ídolos. Deseaba adorar a algo o a alguien que me diera gloria. Por supuesto, no tanta gloria. Justamente la necesaria para hacerme sentir bien conmigo mismo. Si mis estudiantes-ídolos hubieran hecho unas cuantas buenas preguntas después de clase y no hubieran salido con tal prisa, eso hubiera sido suficiente – por ese momento.

Mi taza estaba llena de mí. No estaba vacío.

Mano a mano con este entendimiento de mi corazón engañoso estaba también una comprensión más profunda del perdón de Dios. De hecho, pudo haber sido la primera vez que me di cuenta de que el perdón de Dios hacia mí era un perdón santo, tan santo que él debía ser temido. Estaba maravillado y bendito por el amor de Dios por mí como pecador. Armado con tal confianza en su amor perdonador, pude orar aun con más confianza para que Dios continuara explorando y exponiendo mi corazón.

Los siguientes seis meses no fueron llenos de introspección dolorosa. En vez de eso, fueron buenos tiempos de autoexamen bíblicamente guiado apoyado por el consejo de la familia y los amigos. No hubieron explosiones de comprensión, sino sólo claridad gradual en los asuntos del corazón.

Encontré que mi orgullo era profundo. Debajo del desaliento por los pequeños fracasos estaba el deseo de ser alguien. Deseaba ser el gran maestro. Deseaba ser lleno del respeto de mis estudiantes. Deseaba tener la clase más popular. “Deseaba . . .”

Encontré que la gente era grande, mis deseos de autoglorificación eran aun más grandes, y Dios era pequeño. Me importaba más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios. Era un adorador de la gente, esperando que ellos me dieran la bendición que deseaba. Encontré que necesitaba a mis estudiantes *para mis propósitos* más de lo que los amaba. El sendero que me alejaría del temor al hombre era el sendero de la confesión de pecados y el arrepentimiento. No había otra opción.

La prueba vino tres años después. Era la mitad del semestre y estaba dando una clase. Todo estaba yendo bien, pero una conferencia fue sencillamente aburrida. Estaba dando información que no tenía propósito. Hasta yo me hubiera dormido. Sencillamente retire temprano a mis amables y adormilados alumnos.

El camino a casa fue . . .diferente. No estaba pensando, “¿Qué estarán pensando esos estudiantes de mí?” En vez de eso, comencé a considerar mi deber. Me di cuenta que necesitaba pasar más tiempo de preparación para la siguiente clase. Quería llegar a casa para comenzar a preparar la conferencia de la semana siguiente. Me di cuenta que Dios me había llamado a enseñar ese semestre, y estaba seguro que su plan era más que sólo hacerme más humilde. Tenía confianza de que él quería que yo enseñara y disciplinara a mis estudiantes. Estaba comprometido para ir preparado a la siguiente clase, emocionado por lo que estaba enseñando y habiendo sido transformado por la enseñanza de manera personal.

Fue una semana grandiosa. Fue una semana de liberación de las ataduras del temor al hombre. En vez estar consumido con las dudas y la autoconmiseración, le pedí a mi esposa y amigos que oraran por la conferencia. Por supuesto, yo oré también. Probablemente oré más esa semana que lo que había orado en meses. Pero mi oración no era “haz que sea un éxito” como había orado a menudo. Mi oración era: “Que tu nombre sea glorificado y que mis estudiantes crezcan en tu conocimiento y en su obediencia a ti”.

Ciertamente, he tropezado algunas veces desde entonces, pero ya no he regresado a los días solitarios de la preparatoria. Ahora tengo la admirable presencia de Dios. Vivo bajo Su

mirada. ¿Recuerdas la mirada? ¿La mirada que expone la desnudez y la impureza? Esta es una mirada diferente.

Es la mirada de aceptación. Fue la que experimentaron los israelitas que tenían sangre en sus puertas. Cuando veía la sangre, el ángel de la muerte seguía de largo.

Es la mirada que ve las coberturas de la vergüenza y la culpa. El Padre, que siempre cumple su palabra, dice que él perdona y limpia. Cuando él dice que glorificará su nombre a través de nosotros, en verdad lo hará.

Es la mirada de la protección y poder. Viene del Rey que ama el darnos el reino (Lucas 12:32).

Es la mirada del esposo que ama el dar los mejores regalos a su esposa, y el regalo mejor es su presencia, el Espíritu Santo (Lucas 11:13).

Esta es la mirada que transforma. Es la mirada que expulsará el temor al hombre y será una bendición para todo el pueblo de Dios. Como sacerdotes de Dios, debemos orar para que la tengan nuestros cónyuges, amigos, hijos y la iglesia entera.

Jehová te bendiga, y te guarde;

Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia;

Jehová aice sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.